

FRANK LESLIE

Illustration

Americana

Entered according to Act of Congress, in the year 1866, by FRANK LESLIE, in the Clerk's Office in the District Court for the Southern District of New York.

Año 1º

NUEVA YORK, 26 DE DICIEMBRE DE 1866.

Número 10.

EL MODELO MUERTO.

RESPLANDECIA en el lienzo é inundaba el cuarto de luz; hablaba por los ojos del alma: era un poema—un poema del arte. Representaba á Jesus, el Salvador, Cristo, el hijo de María, el cordero de la Crucifixion, el amado de Dios. ¡Qué admirablemente hermoso! Llenaba un cuadro muy grande, y era la imagen de un ser radiante y glorioso, vestido de blanco como con una vestidura de luz; la abundante barba de oro le caía sobre el cuello, dejando ver en parte la inexplicable belleza de la boca pura y pensativa; las cárdenas ojeras manifestaban la grandiosa tristeza como única sombra de aquel conjunto esplendoroso; la despojada frente de purísimo alabastro revelaba la naturaleza angélica, sobre humana; la perfeccion absoluta de las facciones hacia ver que la simetria de la forma no es incompatible con lo intenso de la expresion.

El ropaje era admirable: entre pliegues de nieve se veía envuelto lo que solo podria definir una vestidura de radiante luz: la forma que la cruz habia soportado, pero que no habia hecho mortal. En las manos, extendidas en actitud de dar la bendicion, se veian las amoratadas llagas de los clavos crueles; y veianse así mismo en los desnudos piés. La frente habia goteado sangre de las punzantes espinas. En la gloria de los ojos quedaba un recuerdo de agonía. Y aquellas hermosas manos extendidas parecian decir: *Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, y yo os aliviaré.*

Pero lo que sobre todo era maravilloso en esta maravillosísima pintura era la aureola de luz que le cercaba la frente, cuya irradiacion llenaba el lienzo con un torrente de gloria. El pintor habia resuelto el gran problema del arte: habia pintado luz.

Y Rovere Ethemere, recostado en su silla, contemplaba su obra con una especie de veneracion.

Apoyábase tras él en su silla una mujer muy bella; tanto que es difícil describirla, por lo peculiar de su naturale-

za y el carácter etéreo de su hermosura. Describir una flor! describir un canto! describir la alegría! describir el amor! No ménos vano empeño fuera el de describir á Angela de Ethemere.

Sí; era su esposa. Solo una esposa podria contemplar de tal modo, primero el semblante del pintor y luego la pintura: parecia arrobada en la doble contemplacion del artista y de la obra; descubriendo acaso la semejanza que

ciertamente existia entre el rostro del Cristo y el rostro humano en que sus tiernos y derretidos ojos azules fijaban su amorosa mirada.

¡Ojos dulces y constantes! ¡Cuántos recuerdos hacias de horas que palpitaban con la exhuberancia del contento, de dias que amaba un caudal de sonrisas!

¡Y qué facciones las de Angela! Medio griegas pero sin frialdad; no del todo simétricas, pero tan delicadas que no era posible definir en ellas un defecto *positivo*; realzada su hermosura por una blancura de mármol sin mas rojo que el de los apasionados labios, tan castos como cariñosos; cabellos entre castaños y rubios; frágil la forma del cuerpo como el pensamiento de un poeta; y la gracia en todas sus actitudes.

El último de los tres objetos que ocupaban el estudio con su poética presencia—el cuadro, Angela y el Artista—no era por cierto el ménos digno de contemplacion. Brillaba el genio en la frente de Rovere; la verdad tenia su asiento en la viva luz adamantina de sus hermosos ojos, cuya intensa mirada contenia un mundo. Los hombres todos lo querian; las mujeres lo idolatraban.

Y él era digno de amor. Jamas, en toda la duracion de su brillante carrera que habia precedido al momento de que hablamos, habia turbado la felicidad de la vida de ninguna mujer, y existia, con todo, una que le odiaba.

Detesto su nombre; y si he de decir verdad, presentarla en mi cuento, y describir una mujer como Zenobia Althorst, es ingratísima tarea.

Pero me he propuesto escribir esta relacion para memoria: recordádmela, honradas y lamentadas sombras de Angela y de Rovere! Es como hacer una oracion: tal vez algo mejor que las inútiles é infructuosas lágrimas que á su memoria vierto.

Ellos se habian visto en el mundo, en medio de la turba que llena los salones de Nueva York. El ya célebre artista tenia una hermosura peculiar, una elevacion, una originalidad de tipo, de porte y de presencia que habia he-



EL MODELO MUERTO.—EL DIABLO TRAE UN ENCARGO PARA V., LE DIJO AL OIDO. ELLA DIÓ UN PASO ATRÁS, Y TODOS SE ASUSTARON. LOS HUÉSPEDES FIJARON EN EL DESJUICIADO ARTISTA SUS OJOS ESPANTADOS; Y ÉL TENIA ASIDA Á ZENOBIA POR EL PUÑO.



ruido el nervio artificial de la naturaleza afectiva de Zenobia, llenando su corazón egoísta de un encendimiento profano.

Desde su primera vista repelió á Rovere, que huyó de ella como huye lo generoso de lo innoble, lo que es elevado de lo que se arrastra, la estrella del terron, la luz de la oscuridad. Y con todo, no parecía hecha aquella vistosa persona para que se huyese de ella. Solo la naturaleza refinada y espiritual, aunque al mismo tiempo verdaderamente varonil del artista, hubiera adivinado y repelió la innata vulgaridad que no podía disfrazarse á sus ojos en el esplendor poco común de su material hermosura.

Una cabeza de princesa; cabellos abundantes y negros como azabache; ojos que parecían dos joyas resplandecientes, como ágatas con luces de diamantes penetrando sus oscuras é insondables profundidades, y cercados de largas pestañas; frente estrecha y sienes apartadas, sobre las cuales caía rizado el pelo negro semejante á las gudejas serpientes de la cabeza de Medusa; labios llenos en que se marcaba la curva imperial de la altivez; estatura regia, la de Semiramis en toda su extension; color no blanco pálido como el de Angela, sino trigueño aunque claro; en las mejillas encendidas rosas, que si la naturaleza hacia palidecer, se renovaban con el arte; cuyo crimen de lesa-realidad habia bastado para que Rovere no la estimase, aun cuando no hubiese en aquella bárbara naturaleza nada mas que afectase los nervios del pintor-poeta.

Los artistas detestan todo lo que es artificial en el tocado de una mujer: pelo postizo, almohadillas, crinolínes, polvos, ridículos solamente para los demás, son para ellos abominables; las mejillas pintadas, sobre todo, son la aversión del artista: la mas morbida palidez es menos repugnante al ojo del arte que el impudico lucimiento del arbol.

Bien pudo ser que la presencia de una espantosa tia, en la ocasión en que Rovere vió á Zenobia Althorst por primera vez, tuviese alguna parte en el ingrato recuerdo que dejó en su memoria. La señora Barnbridge debia su elevación á las minas de petróleo, y en su primera visita al estudio del pintor, no habiendo logrado todavía aplacar el horror de lo que ella hubiera denominado su gusto en el vestir, se presentó ataviada en estilo elevado, es decir, con una mezcla de rojo relumbrante, verde chillón y azul de lo mas vivo. En la gorra llevaba encarnada la demencia, y era tal el furor de joyas que ostentaba, que causaba inevitablemente la impresion de estar destinada á encierro perpetuo en una casa de orates: tal era su atavío.

Zenobia acompañaba á esta extraña mujer, en su estilo siempre regio, aunque algo oriental. Rovere, segun se expresó despues de Angela, sintió por toda una semana una dentera como si hubiera comido encurtidos.

Aquella pesadilla de colores se sentó y manifestó su deseo de que el señor Ethemere sacase el retrato de su sobrina.

Zenobia, que si carecia de la vulgaridad de su tia era por no haber vivido con ella mas que un invierno, y éste por participar de la abundancia que habia proporcionado á su tia el negocio del petróleo, manifestó tambien el deseo de poseer en un retrato suyo una muestra de la habilidad exquisita del señor Ethemere.

Tal fué su primera entrevista en que solo mediaron frases del estilo mas trivial, pero Zenobia, sin pensarlo, habia rendido su corazón á aquel nuevo Rafael, y á donde quiera que dirigia los ojos, se le figuraba ver un busto pálido sobre un cuerpo gallardo vestido con una túnica de terciopelo de artista, y cuyos ojos revelaban la imaginación del poeta.

Ella amaba de un modo absorbente; lo demostró sin rubor; fué rechazada con cortesía, pero con firmeza; y aborreció como aborrecen las almas viles.

El dia que supo que él se habia casado con Angela Winthrop, rica heredera, lo cual se efectuó de un modo clandestino,—lo asesinó mil veces en su mente cruel, lo condenó á mil linajes de muerte, á cual mas espantosa, y se atormentaba con la idea de su desengaño y del triunfo de su rival, tanto mas cruel cuanto que habia abrigado esperanzas hasta aquel momento.

Habíanse visto las dos, Angela y ella: la belleza espiritual y la belleza material; la poesia y la prosa; el oriente y el norte; el calor y la luz; el amor y la pasión; y segun Rovere un ángel y un demonio: ambas hermosas, la una en la gloria de su malicia; la otra en su tierna amabilidad. Se habian visto y se habian repellido mutuamente.

La riqueza es poder. Zenobia, que tenia á su disposición la bolsa de su tia, se propuso acabar, por medios reprochados, con el artista á quien no habia logrado atraerse por los que consideraba medios licitos.

Habéis tropezado alguna vez, lectores míos, con alguno de esos mercenarios de la prensa, de esos críticos pagados, cuya máxima cruel es:

"Oderint metuant?"

Zenobia tenia asalariado uno de estos ban doleros de la pluma.

Dios ampare al infeliz que caiga bajo el zurrado de Shelsbury Lynch! Cruel, implacable, complaciéndose en la contemplación de cada una de las agonías de su víctima, habia vivido este hombre muchos años en Londres y en París ejerciendo esta profesion de asesino mental. El no mataba el cuerpo sino el corazón. El abatía hasta el suelo no la armazón material sino la aspiración del espíritu: no mataba el ser físico, sino su tranquilidad.

Dotado de grande ingenio y de rara capacidad crítica, y con mucha experiencia, no titubeaba en falsear la verdad, en abusar de sus dotes y en venderlas al precio que le ofrecía una mujer desapiadada y sin remordimiento.

Habéis visto al pintor cuando hubo acabado su cuadro: estrechó á Angela contra su corazón triunfante, satisfecho íntimamente de haber completado un gran pintura; de haber dado á luz un hijo del arte que le haria sumo ho-

nor; y él juraba á su esposa que la riqueza que ella habia perdido casándose con él, se la restituiria con su pincel y su constancia. Pero este dia fué, por el contrario, el último de su felicidad.

Al dia siguiente se efectuaba una grande exposicion de pinturas; y por medio de algunos buenos amigos se consiguió para su cuadro del Cristo la luz particular apetecible para el buen efecto, colocándolo en un cuarto cuyas cortinas estaban dispuestas con todos los requisitos del arte.

La exposicion del cuadro produjo en los espectadores todo el efecto que podia desearse. Una señora perdió el sentido al asomar de repente á sus ojos la pintura en todo su esplendor; y al volver en sí, exclamó:

—Me pareció que subia al cielo!

Pero el perro de presa estaba suelto al dia siguiente para lanzarse sobre la determinada víctima: Shelsbury Lynch comenzó su vil tarea. Aspiraba á algo mas que dinero, y ponía los ojos en Zenobia Althorst para hacerla suya.

¿Por qué no? Tenia treinta y cinco años y talentos si no riquezas; era de buena familia, y aunque gitano, no de la clase mas humilde. Por otra parte, su posicion como literato estaba claramente definida, y, á pesar de su implacable pluma, todo podria ocurrirle á cualquiera menos negar su talento. Además, era de persona mas bien hermoso que feo; sus modales eran buenos; sus conexiones sociales intachables. Fuera de su país habria sido una notabilidad.

La crítica del Cristo de Ethemere fué una cosa cruel: el sarcasmo puso en juego toda su malignidad; y la mentira arrojó sobre el admirable lienzo el humo vil salido del fuego infernal del odio y la perversidad. El odio es el Calvario del genio: la malicia, la lanza en el costado.

Todas las maravillas del cuadro fueron negadas; su bella luz se calificó de intolerablemente relumbrante; el hermoso ropaje se llamó tosco; y se aseguró que carecia absolutamente de expresion la fisonomía. Los cabellos, la barba, los ojos, las manos, los pies, para todo era igual la desaprobacion; en nada habia mérito. Aquel cuadro que en su gloriosa hermosura no podia contemplarse sin derramar una lágrima; aquel poema interesante obra de un pincel poético, fué ridiculizado sin compasion, y con una irreverencia que su asunto solo debiera hacer imposible al mas salvaje de los críticos del arte. Y al escribir así confesaba Shelsbury Lynch en lo íntimo de su corazón que jamás habian visto sus ojos una cosa mas interesante y bella, ni cuadro mejor pintado en América ni en Europa. Pero á él le pagaban por escarnecer y mentir, y escarnecía y mentía á mas y mejor.

A Keats le causaron la muerte estas cosas: Ethemere lloró.

Publicada la crítica de Lynch, siguieron el mal ejemplo otras varias publicaciones. Rindiendo homenaje los ignorantes al que tenían por superior en conocimiento del arte—conocimiento que en verdad habia sido manifestado repetidas veces en juicios críticos hechos con buena conciencia—siguieron las huellas del que habia pisoteado el corazón honrado, bueno y adolorido del pintor poeta.

El largo y minucioso juicio crítico intitulado "Falsa y prostituida escuela del Arte," fué reproducido: todo el que presumia de *Connaisseur* tenia alguna burla que agregar, y el Cristo de Ethemere se hizo invendible.

Menospreciada tanta hermosura yacia el cuadro en una pared del estudio de Rovere, sin que se apreciase sus escondidos colores, y como un poema no leído.

No obstante lo cruel de aquella crítica, no hubiera sido bastante á dar muerte al artista como artista; pero comenzaron á escasearse los medios para seguir la profesion.

Angela habia sido desheredada á favor de un sobrino de Mr. Winthrop, y á Ethemere le habian costado mucho los estudios en países extranjeros.

Triste y excusado seria seguir trazando paso á paso la pérdida de los recursos del artista, y el quebranto gradual de su corazón: baste decir que la venganza de Zenobia habia llegado á tal punto, que diez y ocho meses despues de haber jurado en su mente la ruina de Ethemere, vivia el artista con su esposa en un desvan, y ambos experimentaban satisfaccion y contento cuando la venta de alguna pintura, ó el desempeño de algun encargo insignificante les permitia juntar un bocado de carne á su frugal alimento diario. El genio, aunque inmortal, sucumbe pronto al hambre.

Una palabra al bello sexo. ¿Por qué no toman las mujeres á su cargo estimular el arte? ¿Quién ha visto, sino en raras ocasiones, mujeres comprando pinturas? Compran diariamente cintas, joyas y sederías las bellas de nuestro país, cuya delicada hermosura pudieran muy bien prescindir de los despidarros de un adorno exterior exagerado, adquirido á costa de centenares y de miles de pesos, mientras que las preciosas joyas de los paisajes, las lindas estatuas, y los hermosos dibujos, cuya contemplación diaria, en la soledad del hogar, elevaria el alma de las jóvenes y las matronas, reciben apenas de ellas, al paso, alguna mirada indiferente. Ninguna joya agrada sino por corto tiempo; las cintas, las telas de seda y los encajes pierden pronto su atractivo, tanto para quien los posee como á los ojos ante quienes se ostentan con prodigalidad; pero una bella produccion del arte vive, y mas admira y crece en estimación mientras mas se contempla.

La miseria es un agujon cruel. Angela comenzó á decaer, porque á su delicada constitucion eran necesarias las comodidades de la vida. Por sano que fuese el alimento, si no era de naturaleza exquisita, era pesado para su delicada organizacion. Habia sido criada en la abundancia; con las privaciones desfallacia. Ya la consuncion, ocasionada por esas privaciones juntamente con las penas mentales, habia estampado su desapiadado sello en el camino de su corta vida: la esposa de dos años murió en las mayores agonías el dia mismo del aniversario de su matrimonio.

Rovere contempló el cadáver que estaba en su presencia y en seguida echó una mirada al rededor de sí. Angela habia muerto con palabras de amor en los labios: le habia dicho cuán feliz habia sido á pesar de tanto infortunio, y que volverian á encontrarse en el cielo; se habia esforzado hasta el instante de morir en infundirle esperanzas; pero en vano: aunque al espirar ella, vivia aún en el cuerpo, el hombre que la idolatraba tampoco existia ya.

Una sonrisa extraña y horrible trastornó su semblante mirando á su difunta esposa, y despues de un instante de contemplacion se levantó.

Se puso á pintar como inspirado por algun incentivo nuevo, y retrató á la hermosa muerta. Traslado al lienzo la forma marmórea, inmóvil y estenuada; las largas pestañas sobre las hundidas mejillas; la rígida belleza de los perfectos labios; la amable y horriblemente bella fisonomía; las manos mortalmente encadenadas; el abundante y todavia lustroso cabello.

Pintaba como no habia pintado jamás: sus trabajos anteriores venian á ser insignificantes en comparacion del presente; parecia que el ángel de la muerte guiaba su mano.

—Tengo que comprar un ataúd—dijo para sí—y flores para su tumba. Y tengo que dejar dinero para que me entierren á su lado. No hay que descansar!

Y siguió pintando, sin pensar en dar alimento al cuerpo, deteniéndose solo de vez en cuando para enjugar el sudor de la frente, ó para encender luces, ó para combinar los colores en su paleta.

Yo creo que esta caída de un grande entendimiento hubiera hecho estremecer á Zenobia. Era horrible contemplar aquella faz livida y estenuada, aquella extincion gradual de la luz de la esperanza, y aquellos primeros albores de un horror intangible.

Solia verse atacado de fiebre, y entónces movia la mano hácia el Cristo y se sonreia, como si dijese: "Paciencia, ya me acerco!"

En la noche misma de la muerte de Angela se daba un baile de disfraces en casa de Zenobia; y la mujer que le habia arrancado la vida se presentaba llena de joyas relumbrosas con el fantástico traje de hechicera morisca.

Cefia sus sienes una serpiente de diamantes con ojos de rubies; el adorno mas propio que hubiera podido escoger para dar realce á la sutileza y malignidad de su hermosura. El vestido era de terciopelo negro, con caracteres cabalísticos bordados de hilo de oro; especie de atavío que hacia siniestra su presencia. La oscura belleza de su rostro resaltaba sobre los abundosos y negrismos cabellos que en forma de serpientes lo cercaban, y ostentaba todo su poder, cuando se acercó á ella Shelsbury Lynch.

—Tiene V. algo que decirme? ¿Ha desempeñado V. su comision?—le preguntó Zenobia.

—Casi—contestó Lynch.

—Pero nada menos que su completa desgracia como artista puede satisfacerme.

—Es completa y vengo á reclamar mi recompensa.

—¡Completa! ¿Se ha...?

—No; no se ha muerto de hambre todavia. Pero, mujer, ¿es posible que no le satisfaga á V. nada que no sea su muerte?

A haber dicho la verdad, hubiera contestado Zenobia: "nada mas, y muerte de tormento;"—pero fingió horror y palidez, y dijo:

—V. se chancea.

Estudiaba su fisonomía una mirada escudriñadora, y una risa burlona le resonó en el oido.

—Sabe V., hermosa hechicera, que para aborrecer á ese hombre como V. lo aborrece—y creo que la vista de su cadáver le haria á V. mas feliz de lo que lo ha sido en muchos años—para aborrecerlo así, digo, es preciso haberlo amado?

—¡Haberlo amado!

—Sí.

La indignacion que ella fingia fué infructuosa.

—No importa; siendo mi esposa lo olvidará Vd.

—¡Esposa de V.!

—Esposa mia. Así ha de ser. La historia que yo puedo referir no es buena para contada. Yo la amo á V.: me gusta su hermosura de demonio.

—Y yo lo detesto á V.!

—Puede ser muy bien; pero se casará V. conmigo.

—No es posible.

—Lo hará V.—¿Le he dicho á V. ya que Ethemere sabe á quien es deudor de su atraso y su ruina?

—V. me ha vendido!

—No.

—Pues cómo!

—No sé: acaso por intuicion; pero lo cierto es que lo sabe.

Zenobia temblaba: habia oido decir que el reptil que se pisa ofende; y los malos son siempre cobardes.

En este instante se notó un movimiento extraordinario en la turba de que estaban henchidos los salones; y los grupos se deshacian y abrian campo para dejar pasar á un hombre que se adelantaba por medio de ellos.

Este hombre estaba pálido: rostro mas cárdeno que el suyo no se habia visto jamás sino en los muertos. De sus estenuados hombros pendia una túnica caída de terciopelo, por el estilo de la que usaba Ticiano, y que está ahora tan en voga entre los artistas. La barba larga y descuidada le caia sobre el pecho, y los ojos le brillaban con luz incierta y espantosa.

Se encaminaba hácia Zenobia en derechura.

—El diablo trae un encargo para V.—le dijo al oido.

Ella dió un paso atras, y todos se asustaron. Los huéspedes fijaron en el desjuiciado artista sus ojos espantados, y él tenia asida á Zenobia por el puño.

—Venga V.—le dijo él.

Y ella no intentó hacer resistencia: conoció que la razon habia perdido allí en parte, si no del todo, su asiento; y obedeciendo al impulso que la arrastraba, pasó por medio de la turba,

que miraba aquella escena con una mezcla de asombro y de terror.

Era ciertamente una escena singular: una mujer en traje de capricho del mas rico y vistoso linaje, conducida á paso redoblado por un hombre que no llevaba la cabeza cubierta, y que no cesaba de dar presa á la mujer.

Llegaron al estudio; y allí se presentó á la vista el cadáver de Angela; y su retrato se destacaba del lienzo como imagen fiel y espantosamente terrible del cautiverio de la muerta.

—Sientese V.—dijo Rovere á Zenobia.

Y ella se dejó caer en una silla.

Y él comenzó á pintar. Sobre la forma del cadáver pintó en el cuadro de la muerte una figura horrible: la de Zenobia; pero no en la regia hermosura en que allí resplandecía, engalanada y cubierta de joyas, sino como un espíritu maligno. No habia una línea que no fuese fiel en el rostro retratado; todo era verdadero pero sin disfraz. La expresion era la de las almas perdidas, de las que viven triunfantes en el infierno: de las que han hallado su mansion propia entre los demonios y viven allí por el mal.

Tenia alas oscuras esta repugnante criatura, y en su mano pálida un puñal que destilaba sangre de la inocente víctima herida por ella y muerta á sus pies: la sangre de Angela.

—La he entregado á V. á la justicia—le dijo el artista; ahora váyase V.

Y empujándola desde el umbral de la puerta la echó á la calle.

Al dia siguiente, el padre de Angela que al fin volvia, aunque tarde, á traer á la memoria á su hija, y que deseaba volver á verla, tropezó con el único amigo que habia descubierto la desesperada situacion de Ethemere.

Pasando por Broadway este individuo, cuyo nombre era Francis Elster, le llamó la atencion el cuadro de la muerte, al rededor del cual se habia apiñado la gente junto á la ventana de uno de los almacenes mas grandes y concurridos de la ciudad en el comercio de pinturas.

Por la noche se referia el asunto en toda la ciudad; aquella noche dió sepultura á su hija el padre de Angela; aquella noche conocieron los amigos de Zenobia lo que ella era; porque cuando esta mujer despidió frenética á Lynch con escarnio y con improperios, fué él quien primero divulgó el hecho de haber sido Zenobia quien con una persecucion cruel y por sus desapiadados celos, habia causado la ruina de Ethemere.

La noche era fria y triste. Elster habia acompañado á Ethemere de vuelta á su casa. Lynch compró el cuadro, y pagó por él un precio que en manos del artista algunos meses antes, habria salvado la vida á su esposa y le hubiera proporcionado cómodo alojamiento. El pintor apretó en su mano el abultado paquete de billetes de banco.

Una hora despues estaba la tumba de Angela cubierta de las flores mas exquisitas.

A la mañana siguiente, cuidadoso Elster de la situacion de su amigo, á quien por tantos años habia tenido perdido de vista, se encaminó al estudio del miserable desvan.

Ethemere estaba muerto. Con el rostro vuelto hácia la luz, estaba tendido al pié del Cristo. No se habia alimentado desde la muerte de su esposa.

Lynch ha escrito repetidas retracciones de sus juicios críticos; y los *connaisseurs* no dudan ya en pagar á precio de oro la menor hilacha del lienzo de un cuadro genuino de Ethemere.

Zenobia, esposa ya de Lynch, pasa en expiacion cada hora de una vida que es muerte. El artista de cuya ruina fué causa, duerme el último sueño. Elster lo colocó en el lecho en que habia muerto su esposa: el Cristo veó solo hasta que fueron llamados algunos amigos del difunto, que le dieron en silencio su adios hasta la eternidad.

Rovere habia trabajado, y habia llevado una carga pesada; y ya descansaba en paz.

El "Water Witch," nuevo buque ingles acorazado.

Este buque es una nueva invencion inglesa, al menos su fuerza motriz, que no es otra que el agua donde flota, la cual absorbe y escupe una máquina poderosa por dos tubos á flor de agua en ambos costados. Con cambiar la direccion de esos tubos puede pararse el barco, hacerle clar, birar de bordo, ó navegarse á donde se quiera, sin necesidad de parar la máquina.

Es tal el ingenio con que está construida la maquinaria del *Water Witch*, que el inmenso volumen de agua que se arroja á entrambos costados del buque en medio, y á la linea de flotacion, por medio de manubrios en la cubierta ó en el puente, puede dirigirse hácia proa ó hácia popa, segun convenga, empujando el barco en cualquier direccion, haciéndole birar, sin el menor ruido y sin que la máquina ni las bombas dejen de funcionar. Estas pueden trabajar constantemente, mientras que con la mayor independencia se ejecutan sobre la cubierta cuantas maniobras se le antojen al comandante ó hagan necesarias el viento, la mar ó el enemigo.

Consiste la maquinaria de una gran bomba centrífuga fija en el centro del buque y movida por tres máquinas horizontales de vapor de 160 caballos de fuerza. Es hueco el fondo del buque bajo la maquinaria, formando un canal en que entra el agua por cuatro compuertas grandes. En el tope de dicho canal, hay una abertura circular amplia, sobre la que está fija una turbina hueca que gira, metida en una enorme caja de hierro fundido, y tiene una serie de paletas curvas, las cuales atraen el agua del canal, y la arrojan del mismo, con su fuerza centrífuga, por dos tubos de salida, uno á cada lado de la caja. Cada uno de esos tubos de salida conduce un grueso chorro de agua, de unos 3½ pies cuadrados de área, á un orificio en el costado del barco, el cual la dirige bien á proa, bien á popa, y mueve aquel á razon de nueve nudos por hora. Esta sencilla explicacion creemos que bastará para dar una idea de las in-

mensas ventajas que se consiguen con este método de impulsar en la maniobra del buque.

El *Water Witch*, es todo de hierro y mide 778 toneladas de arqueo, teniendo 162 pies de eslora, 32 de manga y 13 con 9 pulgadas de puntal. Es chato en el fondo, ancho en medio proporcionalmente á su largura, y de doble popa, en cada una de las cuales tiene timón fijo. Su poder de resistencia como cañonera consiste de una coraza de hierro de 4½ pulgadas de espesor, que baja hasta la línea de flotación, y centralmente en la batería bordos de hierro y de babor á estribor á través de la cubierta mamparas acorazadas, con el objeto de disparar sobre la cubierta en la línea de la quilla y por las portas. La coraza se apoya en una armadura de teaca que tiene 10 pulgadas de espesor, que á su vez fortalece el forro usualmente puesto á los buques de hierro.

Perseguido por un León.

YO HABIA llevado algunos meses la vida agitada y turbulenta del cazador africano por entre los llanos y bosques que se extienden mas allá de Puerto Natal.

Esta era la segunda expedición en que emprendía, y aunque á la vuelta de mi primer viaje habia prometido que nada podría tentarme á que me expusiera á tales fatigas y peligros, allí estaba yo otra vez cuando aun no habian transcurrido cinco años de mi salida en busca de los goces del hogar y de la vida civilizada.

Tuvimos tan mala suerte durante muchos días, que carecíamos absolutamente de carne en nuestro campamento: cada cual salió por su lado en solicitud de algo que comer, y habíamos llegado á un estado de necesidad que hizo á nuestras ideas de tal orden, que habríamos aceptado de un elefante á un conejo cualquiera cosa como una presa legítima.

Algunas horas habia yo andado cabalgando y arrendaba hacia el campamento mi caballo con mucho desconsuelo y mortificado al pensar que fuera yo el único que no levase nada, porque varios tiros de rifle que á intervalos oí, me dieron á entender que mis compañeros habian tenido mejor éxito.

Justamente entonces vi á una distancia adelante un búfalo hermosísimo pasciendo muy tranquilo, y evidentemente tan descuidado y ageno de peligro, como podian haber estado sus antepasados antes de que los aventureros europeos hubiesen plantado el pie en esas desiertas regiones.

Tomé la puntería y disparé, hiriendo al animal ligeramente en el lomo. El ardor de la herida parecia causarle mas rabia que dolor, y empezó á correr en un círculo, sacudiendo la cabeza, escarbando el suelo y bramando del modo mas desaforado.

Entróme el deseo de conducirlo al campamento y dirigíme á él aguijoneando mi caballo y blandiendo el rifle, pues suponía que tratase de escaparse cuanto antes, y que yo podía hacerle tomar el camino que se me antojaba.

Pero nada de eso! Apenas me vió cuando dió un salto que levantó una nube de polvo, su bramido fué mas terrible y partió como una flecha sobre mí.

Mi fiel caballo se despidió al galope, y el búfalo me persiguió mas de cien varas con una marcha que tomaba un carácter muy diferente de lo que yo me esperaba. Atravesamos un espeso matorral cubierto de espinas que ensangrentaron los costados del caballo y me arrancaron literalmente la ropa de la espalda; pero no habia otra vía que seguir.

Cuando ya estaba como á ocho pies detras de mí, me volví de pronto y le hice una descarga que pasándole lo oreja derecha le rozó el anca, sin que la herida fuese de mas importancia que la primera; aunque con ella el temor venció á la rabia, se detuvo y dió señales de huir.

Yo me tiré del caballo que quedó como una estatua sin moverse, y me di prisas en cargar de nuevo el rifle. Entonces tomé mejor la puntería, porque mi vista estaba mas tranquila, hice fuego y con el último bramido del dolor, el animal cayó en tierra, para no volverse á alzar jamas.

Esto sucedió, como ya he dicho, durante mi segunda expedición y no lejos del lugar de mi primer encuentro, de modo que empecé realmente á volverme supersticioso y á pensar que si allí tenia el tercero, este daría fin á las salvas aventuras que tanta ansiedad causaban á los pocos que se interesaban por mí.

Por la mañana al levantarme, me dijeron los guías que habian encontrado el rastro de un león que se estuvo divirtiendo durante la noche con pasearse tan cerca de nuestras hogueras como consideraba prudente.

Todos habíamos salido en busca de él. Yo perdí el camino, y cuando una vez mas me encontré en una latitud conocida, alcancé á mi criado cuyo caballo estaba cojo á causa de una caída, y me previno que el león habia sido descubierto algunas millas rio abajo.

Dejé al criado se hiciera camino al campamento como mejor pudiese, y yo tomé la orilla del rio á la carrera, ansioso de llegar á la escena antes que el rey de las selvas hubiera caído á manos de otro.

Cuando llegué, el grupo habia perdido las huellas del león y estaban debatiendo lo que debiera hacerse; yo los dejé adelantándose como un cuarto de milla.

Ya empezaba á temer que la fiera se nos habia del todo escapado, y estaba á punto de ir á reunirme á mis compañeros, cuando en una curva del camino distinguí el objeto que buscaba.

El león—el mas grande que yo habia visto—atravesó el camino y como á cien varas de distancia se ocultó en la maleza.

Anduve hacia allá y me desmonté del caballo. Observando por entre las hojas pude verlo echado en el suelo sobre la hojarasca.

Le disparé y fué tan instantánea su caída sin rugir siquiera, que supuse le habia atravesado el corazón.

Volví á cargar el rifle, monté, describí un semi-círculo, y descansando en los estribos, busqué con los ojos á mi víctima. Una mirada, y se agolpó la sangre al corazón:—no le veía!

Pero allí estaba echado el animal; no mostraba señales de vida excepto en las orejas vueltas hacia arriba que movía de vez en cuando, y en el terrible fuego de los ojos que parecían amenazarme.

Estaba cerca de él, delante habia un inmenso hormiguero, decidí subirlo y apresuré el caballo para asestarle desde allí con mas seguridad.

Súbito se alzó el león y con un espantoso rugido dió un salto adelante, mi caballo retrocedió y partió con la rapidez del viento.

A medida que él corria, el león nos perseguía mas de cerca, yo me eché sobre la silla y con las espuelas clavadas en los hijares volví la cabeza para ver atras. Furioso el león daba dos saltos por cada uno de mi fiel cuadrúpedo,—terrible persecución que ninguno deseara verla repetida.

¿Podia yo volverme y disparar, mientras mi caballo galopaba tan de prisa? Dudoso como era esto—debo decirlo—tambien era cierto que con unos cuantos brinco mas la fiera estaria sobre mí.

Apuntar era imposible. Yo me recliné en el cuello del caballo al costado izquierdo, y con la mano derecha sostenia el rifle sobre mi cabeza obedeciendo al instinto de la propia conservación.

Otro rugido, otro salto mas grande, y pasó el león dándome un golpe tan fuerte con sus garras en la espalda, que casi caí al suelo. Pero á ese tiempo el caballo se inclinó á la izquierda con tal fuerza, que el león cayó en tierra dando vueltas. Antes que él se levantara llegué á la loma, me desmonté y le hice fuego con tan buen resultado que pareció dirigido por mi ángel salvador.

Quebré la uña del bruto, precisamente en la misma coyuntura.

Echése á un lado en direccion del bosque, hendiendo el aire sus rugidos, y aún el caballo, á pesar de ser tan valeroso temblaba espantado, aunque siempre obedecia mis palabras y señales.

En estos momentos apareció el resto de mis compañeros, ellos me habian seguido y los disparos del rifle les habia anunciado mi aventura.

Esta no era hora de pensar en el peligro: el instinto del cazador habia llegado á su colmo. Solo me acordaba de la presa, que podia escaparse. Ellos todos cercaron el matorral, y yo lo perseguí tomando ansioso el mismo camino por donde él habia entrado, hasta que al fin lo vi amenazando con otro salto y rugiendo de furor y de pena. A uno de mis compañeros le habia yo arrebatado la escopeta: hice fuego otra vez y un profundo gemido de la fiera indicó mi buen éxito. Silvó en el aire otra bala y el gigantesco animal quedó, dando vueltas sobre el lomo; por última vez volvió á rugir, batalló con la muerte y despues quedó sin movimiento.

Cuando examinamos el cuerpo tuvimos ocasión de ver que era un león viejo, muy gordo, enorme en tamaño, sus grandes uñas amarillas ya gastadas, quebradas y reducidas á cuatro en las garras delanteras.

Cuando volvimos al campamento y yo recibia el parabien y las felicitaciones de todos, lejos de sentirme orgulloso, solo daba gracias por haber escapado de riesgo tan inminente. Aún hoy cuando miro su lustrosa piel en mi biblioteca, que mis hijos contemplan con satisfacción, solo me admiro del espíritu osado que pudo hacerme desafiar las fatigas y peligros por que pasa el cazador en esas tierras lejanas.

La Promesa de Mita.

ERA UN hermoso lugar—tan hermoso que parecia un paraíso! La naturaleza se habia esmerado allí; porque á distancia se veía una cadena de montañas levantada á tanta altura que sus picos empinados parecia que tocaban el horizonte; mas acá habia un lago, tan puro y terso como una lámina de cristal; allí habia una casa, vivienda de campo, por supuesto, pero que era un adorno para el pueblo; tenia un pórtico al frente y cubrian sus pilares vides y yedras que le daban sombra. Sobre la verde y recortada yerba brotaban flores en abundancia, desde la violeta de dulce aroma hasta la dalia real, y árboles magestuosos levantaban sus copas con orgullo por encima de ellas como si fueran otros tantos centinelas que las guardaban.

Esta era la mansion de Mita, única hija y heredera de los bienes de Ralph Lee. Es verdad que habia otro niño; pero nunca se nombraba sin que la palabra "infeliz" se juntara con su nombre porque el "pobre Irvi" era idiota. Ni un solo rayo de la luz de la razon habia iluminado jamás su frente, y eso contribuyó tal vez á la temprana muerte de la esposa de Lee. Sin embargo, cuando estaba para morir, llamó á Mita, y con voz solemne le suplicó que no olvidase á su desgraciado hermano.

Hazme la sola promesa, Mita, le dijo; de que por mas poderosa que sea la tentación, nunca, nunca lo apartarás de tí; y moriré contenta.

Os lo prometo, madre, le dijo, anegada en lágrimas.

Mita habia cumplido fielmente su promesa sin pensar nunca que llegase el dia en que deseara alejarlo; pero ahora el deber y el amor estaban en la balanza. ¿Cuál pesaria mas?

En el mismo pueblo de Mita vivia la viuda del Dr. Delmore con un hijo único. Este, que se llamaba Frank, habia sido compañero constante de Mita desde su infancia, y cuando tuvieron mas edad su amistad se convirtió en un afecto que prometia durar por toda la vida, pero cuando Lee supo esto prohibió á Frank que volviera á su casa y á Mita volverlo á ver.

Pocos dias despues se alejó Frank del lugar de su nacimiento, y se fué á una ciudad distante, y Mita se quedó sola y sin consuelo.

Dos años de esperanza monótona habian pasado desde entonces, y Mita no habia sabido otra cosa de su amante que lo que le decia su madre, cuando, un dia que estaba sentada sola en su cuarto, entró una persona y se paró delante de ella.

El nombre de Frank se escapó de sus labios, al verlo.

—Mita, dijo él, y se acercó y se sentó á su lado.

Era el mismo de antes, la amaba lo mismo, no habia cambiado en nada, y hablaron de lo futuro, é hicieron castillos en el aire para lo futuro, sin pensar en las muchas dificultades que se presentaban en su camino.

Pero unos pasos repentinos y pesados los despertaron de su sueño feliz, y una voz ruda y encolerizada exclamó: ¿Tú aquí Frank Delmore? Sal de mi casa al instante, rapaz hambriento, y nunca vuelvas á pretender ver á mi hija; vete inmediatamente, te digo.

Y Frank con un leve y desdeseoso movimiento en los labios cogió su sombrero y se fué sin esperar que se lo ordenaran otra vez. No aplacó empero su partida la cólera de Lee, que con palabras terribles por la intensidad de su rabia, denigraba á su hija como si fuera la mas criminal de los criminales.

Algunas horas despues caminaba ella hacia el lago, aquel querido lago, adonde iba siempre que padecia; y allí encontró á Frank esperándola.

—Mita amada, exclamó, adelantándose á recibirla, "hace dos horas que estoy aquí con la esperanza de que tú vendrias. ¿Qué le dijo, cuando le vió la cara inundada en lágrimas, ¿te ha maltratado? ¿No se ha contentado con echarme de su casa? No lo sufras mas, Mita, amor mio; no debes sufrirlo mas; ven á la ciudad conmigo, tú sabes que soy pobre pero que hago lo posible por mejorar de fortuna; ¿no querrás, Mita, correr conmigo mi suerte por mas humilde que sea? ¿No querrás? No digas que no."

—No me lo preguntes, Frank, no me lo preguntes; le contestó ella, acordándose de la promesa que la ligaba.

—¿Porqué no te lo he de preguntar? le dijo él con viveza; ¿no me dijiste que sí, hoy mismo, no hace muchas horas? ¿No me dijiste que no habias cambiado?

—Yo no me habia cambiado, Frank, le dijo al ver la tempestad que se formaba en su frente, porque él tenia un carácter pronto é impetuoso, un natural generoso hasta la exageración, pero al mismo tiempo tan llevado del impulso del momento que no era para dejarse guiar ciegamente por él. Te amo mas que á nadie en el mundo, agregó haciendo una confesion en aquel instante, que en cualquiera otro hubiera excusado hacer.

—¿Y entonces porqué no vienes? preguntó él.

—Por el pobre Irvi. ¿No te acuerdas de mi promesa sagrada, Frank?

—Segun eso lo amas mas que á mí. ¿Es ese el amor de que te vanaglorias?

—Oh Frank por piedad, dijo ella poniéndole la mano con timidez en el brazo; pero él la rechazó con cólera.

—Eres lo mismo que todas las de tu sexo—engañadora! si lo quieres tanto quédate con él; yo no volveré á pedirte que lo dejes; confía en ello. Toma, le dijo arrancándose del dedo una sortija que ella le habia dado hacia dos años, y poniéndosela en la mano, toma tu juguete, no quiero guardarlo mas. Muy necio he sido en tener confianza en tí.

—Frank! Frank!

Pero él no oyó su grito de desesperación, porque ya se habia ido dejándola sola con sus dos grandes pesares: la cólera de su padre y su desolación. Y todo esto provenia de cumplir con la promesa hecha á su madre moribunda; esta era la primera vez que se sentia oprimida con su peso; la primera vez que le parecia dura, tan dura que tenia por imposible resistir á la tentación de faltar á ella. Seguramente que su madre en las agonias de la muerte habia previsto este momento, y le exigió aquella promesa para impedir que se apartara de la senda de sus deberes.

No derramó una lágrima, no profirió palabra de queja, ni un lamento se escapó de sus labios, y con el rostro tan blanco como los lirios que crecen á la orilla del agua, volvió sus pasos hacia su casa en busca del desdichado que habia sido causa inocente de la angustia de su corazón, y que nunca seria capaz de manifestarle con palabras ni con su semblante agradecimiento por su noble sacrificio.

Vuelta á su casa, desahogó Lee otra vez su rabia contra ella, y le prohibió volver á ver ó tener correspondencia con su amante; aquel amante que la habia dejado de un modo tan indigno, sin la seguridad siquiera de su amor para fortalecerla en su lucha contra aquella tempestad.

Su padre la tuvo por dos dias encerrada en la casa, al fin de los cuales supo que Frank se habia ausentado de su pueblo con su madre; por consiguiente perdió las esperanzas de volver á saber de él.

Desde aquel dia fué otra cosa Mita; la alegría de la juventud desapareció de su semblante y fué reemplazada por una expresion triste y pensativa; pero si su padre lo notó no hizo ninguna observación que lo diera á conocer. Igual cambio habia causado antes en su madre la austeridad de Lee; y si entonces no se le habia movido el corazón, ¿qué razon habia para que se le moviese ahora?

Dos años despues Mita era huérfana. Lee se encontró muerto en su silla; murió de mal de corazón, segun el médico, y no le habia dicho á su hija ni una palabra cariñosa antes de morir.

Los dos años transcurridos no pasaron desaprovechados. Mita hizo buen uso de sus libros en ese tiempo: estudió las bellas artes, y apenas pasó el tiempo acostumbrado del luto abrió de par en par las puertas de aquella esquiva mansion á una buena sociedad, de la cual fué á poco tiempo el mas bello ornamento. Esto lo hizo para mitigar el imponderable dolor de su corazón.

Pasaron cinco años de feliz tranquilidad—cuando una tarde que estaba sentada considerando cuanto habia crecido su amor por el pobre Irvi que habia llegado á ser como una parte de su existencia—se vió de repente despertada de su sueño letárgico por las pisadas de dos hombres. Levantó los ojos y vió que entre los dos traían el cuerpo de su imbécil hermano; lanzó un grito y se adelantó hacia ellos preguntando:

—¿Qué le ha sucedido? ¿está muerto?

—No está muerto, fué la respuesta, sino estropeado de gravedad, porque le ha pasado un carro por encima.

Entró al punto en la casa y dispuso que lo pusieran en un sofá, despues mandó á toda prisa por el médico, pero el criado volvió con un extraño.

—Como el médico está ausente, dijo él, y esa es mi profesion, me he aventurado á venir á ofrecer mis servicios aunque no solicitados.

Y con mano diestra y una delicadeza casi femenina, vendó las heridas manifestando su semblante una expresion triste y alguna sensación reprimida.

—¿Vivirá? preguntó ella, conteniendo el aliento, porque esperaba la respuesta mas desfavorable.

—¿Podrá V. conformarse con la verdad? y leyendo en los ojos de Mita una respuesta afirmativa, añadió, no; no podrá recobrar la vida. Es muy duro, pero V. sabe Miss Lee, que Dios ha dispuesto lo mas conveniente.

El paciente estuvo por una semana en una agonía imponderable; pero una hermosa tarde á la hora de ponerse el sol levantó los ojos á ver á Mita y sonriéndose articuló su nombre, y apenas el reflejo de una luz divina cubrió sus facciones, hasta entonces incapaces de expresion, cerró los ojos y espiró.

Bué enterrado al lado de su madre, y despues se despidió Mita del mundo y sufrió su dolor en silencio.

Pero habia una persona que la visitaba, que habia cuidado al moribundo al lado de ella, y que creia de su deber hacer lo posible para consolarla: era el Dr. Lovering. Este la persuadía á ir á pasear al lago—aquel lago tan dulce y querido para ella por los muchos recuerdos que le traía de su infancia, y que era para Frank sagrado; y él iba cogiendo lirios que gotteaban agua cristalina como lo habia hecho Frank antes que él,—y los arrojaba á los pies de ella. Le leía, y conversaba con ella de un modo que era para Mita desconocido, hasta que llegó á cobrar una especie de influencia que ella no podia comprender.

Entonces procuró cortar tratos con él; pero en vano, porque por mas que queria evitarlo, siempre se encontraba á su lado. Por tres dias seguidos logró no verlo; pero luego dió con él de improviso en un momento en que él contemplaba el agua con los brazos cruzados.

—Yo estaba seguro de que Vd. vendría esta noche, Mita, exclamó, adelantándose á recibirla;—sabia que vendría V. y tengo un bote listo para bogar. ¿Sabe V.? dijo, cuando entraron en él, que ya he estado aquí mas tiempo de lo que debia y que tengo que ausentarme?

—Se va V? fué la respuesta, mucho lo echaré de menos.

—Me echará V. de menos! V. me ha detenido aquí; V. me ha cautivado; V. se ha granjeado mi amor; ¿qué me dará V. en cambio? ¿me dará V. el suyo? eso es lo único que pido.

—¿Eso es lo único? preguntó ella fijando los ojos en su rostro—¿lo único Dr. Lovering? si eso es así V. lo tiene.

—Entonces será V. mia? dijo él alentado por sus palabras.

—No, acuérdesese V. que no ha pedido mas que mi amor. Se lo he dado á V. pero no puedo hacer mas.

—¿Qué quiere decir eso? explíquese V.

—Le contaré á V. una parte de mi vida pasada—y le refirió su promesa á su madre y sus consecuencias.—Despues de eso continuó, hice un voto sagrado de no casarme con ningún otro hombre que Frank Delmore; y este voto lo cumplo. El ocupó constantemente mi pensamiento, hasta que V. vino; pero V. tiene algo que me hace recordarlo, y que hace renacer en mí aquel antiguo amor que creia adormecido para siempre.—Yo no quebrantaré mi voto nunca, así que daré á V. un adios eterno porque es mejor que no volvamos á vernos mas.

Bogamos hasta la orilla en silencio, y cuando él le dió la mano para ayudarla á salir, se la besó y despues la dejó sola.

Mita volvió otra vez sus pasos hacia su casa resignándose á sufrir las consecuencias de una promesa que cumplia. Muy amarga fué la segunda lucha, pero la soportó con valor.

Ya estaba la noche avanzando cuando la criada le avisó que el Dr. Lovering la estaba esperando en la sala baja. Envióle á decir que no lo podia ver, pero él escribió en una tarjeta:

"No se niegue V. por esta vez, tengo algo importante que comunicar á V."

Mita bajó tan tranquila y compuesta en apariencia como de costumbre. El se levantó, y tomándole la mano la llevó á sentarla á su lado.

—Tengo una confesion que hacerle á V., Mita, ¿tendrá V. la bondad de escucharme?

—Seguramente que sí.

—Pues bien, si yo le dijese á V. que no soy el Dr. Lovering sino el Dr. Delmore, ¿qué diría V.?

Ella no respondió porque la sangre parecia que se le helaba en las venas.

—Mita, yo soy el Frank de antes;—aquel mismo Frank tan vehemente. ¿Podrás perdonarme mi descortesía de aquellos años que hace mucho tiempo pasaron? despues que me separé de tí me arrepenti con amargura, y te escribí una carta en que te lo decia; te esperé en el lago horas enteras, y como no me contestaste ni viniste á buscarme, me creí indigno de perdon, y me ausenté. En los siete años que han pasado desde entonces, he trabajado con la esperanza de que llegaria el momento de oírte decir:—Frank, estás perdonado; ¿habrá llegado ya el momento?

—Llegó, fue la respuesta;—y estoy enteramente premiada por el cumplimiento de mi promesa.

Ahora se llaman el Dr. y la Sra. Delmore, en lugar de Frank Delmore y Mita Lee; pero todavia dan sus paseos por el lago, y bendicen al Dios que los unió por fin, y que los ha favorecido con la consideración ajena y la felicidad propia.

UNA PARTIDA DE WHIST.

El juego de naipes nos prueba abundantemente cuan inclinada es la naturaleza humana á abusar de todos los medios de recrearse. He aquí una diversion que por lo general se considera haber sido inventada para ahuyentar las horas de fastidio de un enfermo, y que mientras tanto es uno de los azotes de la sociedad, porque es casi imposible exagerar la ruina que han causado estos pedazos de carton pintado. Nuestra lamina representa una partida de whist, juego en que se ejercita tanto la ciencia, que no se considera como uno de los de azar, aunque, por supuesto, la suerte que posee buenas cartas en manos del jugador, hace mucho en su favor. Todos saben que uno que juega bien puede siempre triunfar de las buenas cartas que otro no sabe manejar, así como un buen general con tropas inferiores, puede vencer con astucia y evoluciones á un comandante desatinado con las mejores tropas veteranas; y esto está muy de acuerdo con aquel antiguo adagio de que es mejor un ejército de burros conducido por un leon, que un ejército de leones conducido por un burro.



UNA PARTIDA DE WHIST.

Algunos han dicho que los naipes fueron inventados por los romanos, pero la creencia general es que la invencion se debe á los franceses que por los años de 1390 se valieron de ella para proporcionar un pasatiempo á Carlos VI durante la larga y penosa enfermedad que le arrastró al sepulcro. Ciertamente es que el piquet y otros de los juegos primitivos segun han llegado á nosotros, son decididamente de origen francés y están muy en boga en la alegre capital de esa atolondrada nacion; pero los escritores mas escrupulosos sobre el asunto, han venido á la conclusion de que el juego existe en Inglaterra y los Estados Unidos en mayor escala que en ninguna otra parte del mundo.

Las cartas en Inglaterra llegaron á ser artículo valioso para las rentas en 1756, en que registraron 428,000 paquetes para el consumo, y en 1800 pasaron por el registro 986,000, doblandose así la genta en el espacio de 24 años. También habia millares de paquetes que se usaban sin marca legal alguna, pero el aumento ántes anotado es prueba mas que suficiente del progreso del garito. Algunos de nuestros lectores recordarán las ingeniosas razones que adujo un marinero para estar en posesion de un paquete de barajas.

El grabado que ofrecemos presenta un estudio bien digno de la atencion de nuestros lectores. La satisfaccion de la señora que acaba de jugar su carta,—el estado de irresolucion en que parece estar el caballero que la sigue,—la indiferencia del que está frente á frente de la bella jugadora,—sin decir nada del joven Narciso que se está mirando y admirando en el espejo,—y el semblante genial y casi alegre de la señora que se divierte contando alguna historia excelente;—todos, todos forman un grupo divertido.

Incendio del vapor de pasaje Idaho.

PUBLICAMOS hoy dos grabados ilustrativos de la destruccion del vapor de pasaje Idaho de la línea de Brooklyn y Nueva York, que se incendió á las siete y media de la noche del 2 del corriente mes, apénas salió del muelle en el lado opuesto de la bahía. El fuego, cuya causa no se conoce, principió en el centro del buque y en un momento se extendió á un lado y otro, causando la mayor tribulacion y espanto entre la tripulacion y los pasajeros.

Por fortuna estos eran pocos, no pasando de treinta, que á ser mayor el número, sin duda alguna habria habido á bordo mucha mas confusion, quizas pérdida de vidas. Siendo pocos y todo fueron salvados con gran dificultad y cuatro ó cinco estuvieron á punto de perecer quemados ó ahogados. Fué una dicha también que cuando estalló el incendio en el Idaho, se aproximase á su muelle el vapor de la misma compañía Canada, cuyo piloto al punto arribó y se puso al costado del buque incendiado y recogió la mayor parte de los pasajeros y tripulantes. Esto se hizo con mucho peligro y en medio de una tribulacion y excitemento indecibles; porque de tal modo se propagaron las llamas á bordo del Idaho, que temió ser envuelto en ellas el capitan del Canada; así que largó y se retiró dejando á su destino cuatro ó cinco de los pasajeros.

Entre los malaventurados que no pudieron pasar á bordo del buque salvador, se hallaba el maquinista del Idaho, de nombre James O'Neil; los otros eran una mujer, un caballero y un empleado de á bordo. Estos corrian de

de esperanza. En aquella angustiosa y desesperada situacion, O'Neil no perdió la presencia de ánimo; reunió los compañeros de desgracia en el extremo del vapor, y por medio de señales mas que de palabras les persuadió que la

terres su historia y su suerte y se hace todo género de esfuerzos á fin de poner en claro cuanto tiene relacion con sus melancólicos y gloriosos hechos. Mientras se respeta la mujer, el patriotismo y la abnegacion, ó se simpatice con el entusiasmo generoso, ó se sienta compasion por la ignominia no merecida y el sufrimiento, no cesará el mundo de honrar la memoria de Juana de Arco.

Quando ella se presentó en la escena se hallaba la Francia en una situacion terrible. Al ascender al trono Carlos VII, halló que su herencia no era todo el país que ahora conocemos, el cual se dilata desde el Rin á los Pirineos, y desde el Mediterráneo hasta el Canal de la Mancha; pues solo reconocian su cetro Brujas y el territorio circunvecino: el resto del reino gemia bajo el yugo de la dominacion inglesa. Aun lo poco que retenia Carlos, parecia á punto de escapársele de las manos; y derrotado en la batalla de Herrings, Orleans se veia amenazada de caer en poder de los ingleses.

Entónces Juana, que hacia tiempo se creia predestinada, y á quien el cielo ordenaba salir y libertar su patria, Juana, decimos, se presentó á De Baudricourt, gobernador de Vaucouleurs, y le suplicó la dejase ver al rey.

El gobernador la trató con desden; pero como ella insistiese en darse por la profética virgen que debia libertar la Francia, arruinada por una mujer, al fin consiguió ganar secuaces y hacer que De Baudricourt cambiase de opinion respecto á ella; y en febrero de 1429 partió con una escolta y á los diez dias de viaje llegó al campamento del rey en Chalons.

Allí produjo su llegada el mayor entusiasmo; así luego que declaró que el cielo la habia enviado á levantar el sitio de Orleans y coronar á Carlos en Rheims, pocos fueron los que no dieron fé implicita á sus palabras. Salió en seguida á la cabeza de las tropas, atacó un fuerte reducto inglés en San Juan el Blanco, y aunque herida en el hombro lo tomó por asalto tras lucha fiera y porfiada; de cuyas resultas, se convirtió en terror de los enemigos de la Francia la Doncella de Orleans, que entraba siempre en batalla montada en un corcel blanco como la leche. Alzaron el sitio los ingleses, perdieron su prestigio, plaza tras plaza cayó en manos de los franceses y Carlos fué coronado en Rheims el 17 de Julio.

La heroica doncella trató despues de volver al retiro tranquilo de su aldea; pero instada con vehemencia á permanecer en el campo, en la esperanza de que su influencia aseguraria el triunfo hasta el fin, cedió, y contra su parecer atacaron á Paris. Fué rechazada y herida y mientras defendia á Compiegne, en una salida que hizo, cayó prisionera de guerra. Los ingleses con aquel doblez que es el rasgo mas prominente nacional, los ingleses, que segun les convenga, pueden convertir en religioso un delito político, ó al contrario, en político un asunto religioso, que predicaban la caridad, la clemencia y la tolerancia, pero que pocas veces practican esas virtudes,—determinaron vengar sus agravios en aquella entusiasta y heroica muchacha.

Como prisionera de guerra estaba ella á salvo en sus manos, por lo cual le formaron causa como bruja y como tal la condenaron á muerte y la ejecutaron en la plaza del mercado.

JUANA DE ARCO.

JUANA DE ARCO, la heroína de Domreim, no puede nunca echarse en olvido; pero ahora en Francia precisamente ha despertado un nuevo interés su historia y su suerte y se hace todo género de esfuerzos á fin de poner en claro cuanto tiene relacion con sus melancólicos y gloriosos hechos. Mientras se respeta la mujer, el patriotismo y la abnegacion, ó se simpatice con el entusiasmo generoso, ó se sienta compasion por la ignominia no merecida y el sufrimiento, no cesará el mundo de honrar la memoria de Juana de Arco.



JAMES GORDON BENNETT, EDITOR DEL "HERALD" DE NUEVA YORK.—PÁG. 158.

un lado á otro, daban voces, lloraban, y entre tanto las llamas los empujaban al agua, porque el Canada se habia alejado y con las sombras de la noche parecia apagarse el último rayo

única esperanza de salvacion que les quedaba era arrojarse al agua, en donde acudiría algun bote á socorrerlos. Y acompañando la accion á la seña, que nó á la palabra, tomó en sus



EL REMOLINO DE CORRIEVRECKAN, EN LAS ISLAS HÉBRIDAS, ESCOCIA.—PÁG. 151.

do de Ruen, en junio de 1431, aunque apeló al Papa, quien, cuando ya no tenia remedio, anuló lo hecho y dispuso se hiciese una reparacion á su memoria, declarándola mártir de su religion, de su patria y de su rey.

Como ilustracion de la vida de esta mujer memorable, damos una vista de la torre donde ella estuvo presa en Ruen, la cual ha sido reparada últimamente.

EL KOLBWI.

MODO DE CASARSE ENTRE LOS TÁRTAROS.

Pocos modos de casarse hay tan curiosos como el que denominan los tártaros, el Kolbwi, palabra que significa, zorra gris. Los jóvenes lo consideran muy divertido é interesante. La novia ataviada en sus mas ricos traje y joyas, se presenta al frente montada en un caballo ligero, uno que desde mucho antes le ha escogido su familia, y parte á carrera tendida, llevando en sus brazos un cabrito. Y el novio y sus amigos, todos gallardamente montados, la persiguen á fin de quitar-



EL KOLBWI.—MODO DE CASARSE ENTRE LOS TÁRTAROS.

camine, encuentra de seguro el viajero algun valle, en cuya concavidad la cinta de plata anuncia el ansiado liquido. Allí el hombre y el caballo reponen sus fuerzas y no tardan en hallarse en disposicion de emprender nueva jornada.

Leccion de un Gallo.

Mr. J. Murray, buhonero de Falkirk en Escocia, refiere la siguiente interesante anécdota:

“Pocas mañanas ha considerado yo qué libro sacaría á vender, cuando atrajo mi atencion una bandada de gorriones que revoloteaban de un modo extraño en torno de la casa de enfrente. Deseaba averiguar la causa, y, al abrir la ventana, quedó explicado todo el misterio. Sentí ver que uno de los pichones se habia caído de su abrigado nido bajo las tejas de la casa. Yacia en tierra el pobrecito sin poder volar y los padres sin poder levantarlo. Un gallo, que pareció comprender lo que pasaba, se adelantó y con mucho cuidado tomó en su pico el pajarito; saltó en seguida á un carro vacío en la



O'NEIL, EL MAQUINISTA SE ECHA AL AGUA CON UNA DE LAS PASAJERAS EN SUS BRAZOS.

le el animal, de lo cual resulta una carrera excitante. Impelido por el honor y el orgullo el novio trata de adelantarse á todos los demas, ó al ménos de impedirles que hagan la presa, y la novia, tambien, no quiere cederla á otro que á su amante. Así que no cesan de correr, hasta que en un momento propicio el novio hace un supremo esfuerzo y gana la manzana de la disputa.

Salida del Sol en el Desierto.

Es grandioso el nacimiento del sol en el mar, donde el hombre que ha perdido de vista la tierra, cree que el luminar del dia sale del seno mismo de las aguas. Pero es cosa terrible la misma esce-

na en el desierto ya de Africa, de Asia ó América.

Nuestro grabado representa la salida del sol en el desierto de Mongolia: parece que al herir la arena sus primeros rayos, estos se amortiguan y pierden su brillantez. En cuanto la vista alcanza no se ve yerba, agua, ni árbol, los cuales es preciso buscar al fin del opuesto horizonte; despues de una gran fatiga y de sufrir un calor del infierno. Cuando se ha galopado por horas seguidas, se tropieza al fin con montoncitos verdes, con flores amarillas y purpurinas, que saluda uno con mas contento que si fueran odoríferas rosas. Son en efecto signos de esperanza; pues á poco que se



LVAMENTO DEL MAQUINISTA Y LOS DEMAS NÁUFRAGOS POR UN BOTE.



SALIDA DEL SOL EN EL DESIERTO.

calle y de allí voló al tejado, y alargando cuello por encima del canto de las tejas depositó sano y salvo el pichón en su nido. Pero al hacerlo así, el noble animal perdió el equilibrio y cayó al suelo. Esto parece que le asustó mucho, pero no le causó gran daño. Después de alizarse bien las plumas con el pico, empezó a picotear y cantar de cuando en cuando, como si estuviera ufano de lo que acababa de hacer. ¿No tomarán nuestros lectores ejemplo del gallardo animal? Creemos que tanto los hombres hechos y derechos como los jóvenes harían bien en recordar la lección, pues ella nos enseña a ayudarnos mutuamente."

ARIEL.

(LEYENDA.)

Continuacion.

III.

UNA noche de insomnio: una ó dos horas de agitados paseos por la playa; y luego parte el impaciente amante á averiguar su destino, sin curarse ya de la observación agena, y bogando con una fuerza inaudita. La viva luz de la mañana alumbraba la isla embellecida con sus rosadas tintas las ásperas y renegridas rocas; y Southesk vió en esto un buen agüero; pero cuando llegó al faro se convirtieron súbitamente sus halagüeñas esperanzas en temor horrible—estaba desierto. Encontró la puerta abierta; en el hogar no había fuego; no se oían pasos en la escalera; á su voz nadie respondía: aquel silencio mortal le infundió espanto.

Se entró por todos los cuartos, llamando por los nombres de cada uno é implorando una respuesta; y bajaba y subía como demente hasta quedarle una sola esperanza por consuelo. Tal vez lo esperaba Ariel en la hendidura, no obstante su deseo de que viese á su padre antes que á ella. Saltando por aquellos cerros llegó al lugar mas querido que tenía para él la tierra; pero tendiendo la vista hacia abajo no vió mas que desolación. La escala había desaparecido; las enredaderas estaban desprendidas de las paredes; el árbol derribado en el suelo; no había planta tierna y bella que no estuviese destruida por las enormes piedras que alguna mano desapiadada había lanzado sobre ellas; y todas las bellezas del lugar estaban completamente barridas como si un huracán las hubiese barrido.

—Gran Dios! ¿quién ha hecho esto?

—Yo—dijo Stern, que se hallaba de pié del lado opuesto de la hendidura, y miraba á Southesk con una expresión confusa de regocijo, aborrecimiento y provocación, como si al fin hallasen salida las emociones que por tanto tiempo habían estado contenidas.

—Y ¿por qué destruir lo que Ariel amaba?—le preguntó el joven, retirándose involuntariamente un paso de la fiera figura que le hacía frente.

—Porque ya no es para ella, y nadie ha de gozar de lo que ella ha perdido.

—¿No es para ella?—repitió Southesk sin pensar en otra cosa que en el temor que lo agobiaba.—¿Qué quiere V. decir? ¿En dónde está Ariel? ¿Sáqueme V., por Dios, de esta horrible incertidumbre.

—Se ha ido para no volver jamás—y diciendo esto se sonrió Stern con una sonrisa de amarga satisfacción por el golpe que estaba asestando al hombre que odiaba.

—¿Dónde está Simpson?

—Ausente con ella.

—¿A dónde han ido?

—Eso es lo que nunca le diré á V.

—¿Cuándo se fueron, y por qué? Oh! contésteme V.

—Al rayar el alba y por huir de V.

—Pero ¿por qué dejarme venir semanas enteras para huir de mí luego como si trajese conmigo una maldición?

—Porque es V. lo que es.

Estas preguntas y respuestas se habían cruzado con tanta rapidez que no dieron tiempo mas que para un profundo asombro y desaliento. Las últimas palabras de Stern detuvieron el impetuoso interrogatorio de Southesk, que se paró un momento queriendo comprender aquella respuesta enigmática. De repente le ocurrió una clave para el misterio; porque recordando su última conversación con Ariel, le vino á la memoria que por primera vez le había dicho el nombre de su padre. Este era el enigma—esta revelación y no la de su amor debía ser la causa de la inesperada agitación de Ariel, y alguna acción desconocida del padre estaba ahora afligiendo la vida del hijo. Como un relámpago pasaron estos pensamientos por su mente, y tras ellos vino el recuerdo de la promesa de Ariel de contestarle.

Alzando la cabeza que había dejado caer sobre el pecho, extendió los brazos con aire suplicante hacia Stern, y exclamó:

—¿No me dejó ella ninguna explicación, ninguna palabra de consuelo, ni siquiera un adiós? Oh! sea V. generoso y tenga compasión de mí: deme V. su misiva y me iré para no volver á molestarlo á V.

Haciendo un esfuerzo extraordinario de dominio sobre sí mismo, cumplió Stern con este deseo, y sacando del bolsillo con mucha lentitud un envoltorio, lo tiró al otro lado de la hendidura. Cayó á los piés de Southesk, que abriendo el envoltorio encontró un rizo de pelo negro; el cual recordó tan viva y tiernamente su perdido amor, que por un momento se olvidó de su dignidad varonil, y tapándose el rostro, exclamó con voz llorosa é interrumpida:

—Oh! Ariel, vuelve á mí, vuelve á mí!

—Nunca volverá á V.; así bien puede V. lanzarse á esas ruinas que ve á sus piés, y lamentar el fin de su sueño de amor como un muchacho romántico, que no es V. otra cosa.

Estas palabras provocativas, y la risa de desprecio que siguió á ellas calmaron mejor á Southesk de lo que pudiera hacerlo la mas tier-

na compasión. Enjugando prontamente las lágrimas, se volvió á mirar á Stern de un modo que hacía ver como feliz la circunstancia de hallarse ambos personajes separados por la hendidura; y en tono de resolución inmutable le contestó:

—No; nada lamentaré; sino la buscaré y la reclamaré como mía, aunque me cueste registrar el mundo entero hasta que me salgan canas, y aunque se me pongan mil obstáculos en el camino. Yo le dejo á V. las ruinas y las lágrimas, que yo soy rico en esperanzas y con el amor de Ariel.

Y así se separaron; Southesk corrió por los cerros abajo en la plenitud de la energía de su edad y con la fé de un amante en la fortuna amiga, y atravesó rápidamente las aguas refulgentes de la bahía en su larga peregrinación; mientras que Stern desesperando de su única compañía se bajó al duro seno de la roca esforzándose por acomodarse á la doble desolación en que quedaba su vida.

—Un paseo á remo tan temprano, y sin dar descanso al cuerpo otro paseo á caballo, le digo á V., Mr. Southesk que es bastante para que yo no me atreva á volverlo á llamar á V. dulce far niente.—Así le habló la señorita Lawrence, que acabando de hacer su tocado, y arrastrando la crugiente seda de su vestido, salía á la sazón al espacioso portal á ver á Southesk que se disponía á montar su caballo mas veloz; pero al verlo hacer silenciosamente una demostración con la cabeza, se dispuso en sus labios la sonrisa con que había acompañado sus palabras, y se convirtió en ansiedad la graciosa dulzura de su semblante.

—Santos cielos! ¿qué ha sucedido?—exclamó, sin reparar en la falta de propiedad con que descubría su inquietud; tal fué el efecto que le causó el semblante adusto y esquivo del joven.

—He perdido un tesoro muy precioso y voy á buscarlo: adios.—Y diciendo esto se puso en camino Southesk sin decir mas palabra.

La señorita Lawrence se quedó sola, porque la estimulante campana que llamaba á la mesa había hecho desocupar los salones y dejar desiertos los paseos á todas las demás personas, mientras ella acariciaba el hermoso brido que esperaba por su amo. Sus ojos siguieron al indiferente ginete hasta que desapareció, y al volverlos al lugar en donde habían sido heridos con el aspecto de aquel rostro alterado, percibieron una cajita de palo de la India perfumada primorosamente labrada. Alzóla del suelo, admirada de no habérsela visto caer del bolsillo al montar, pues no tenía duda de que era suya; y abriéndola, halló en ella la clave de sus recientes veleidades y frecuentes distracciones. Lo primero que vio fué la sarta de conchas, y examinándola con curiosidad mujeril, descubrió que en cada una había una letra grabada por dentro: doce conchas de color de rosa y doce letras delicadas, formando el nombre de Ariel Simpson—Luego sacó un papel doblado, que se conocía claramente que era el bosquejo para una miniatura con que formar el broche de la sarta de conchas, porque en el ovalito dibujado con todo el esmero de un amante, se veía el rostro de una joven, y debajo, de letra de Southesk, y como escritas para solo sus ojos, las palabras "Mi Ariel." Un largo rizo de pelo negro y un ramito de flores secas completaban el contenido de la cajita.

—Esta es la sirena de que me habló Jack; esta es la musa que Southesk ha estado invocando; y este es el tesoro perdido que va á buscar.

Al hacer estas reflexiones, las acompañó Elena con un ademán como de arrojar al suelo y pisotear las reliquias de amor secreto; pero la contuvo alguna esperanza ó intención, y escondiendo la cajita se fué á ocultar en la soledad su desasosiego, pensando entre sí:

—El volverá por esto, y hasta entónces debo esperar.

Pero Southesk no volvía; porque la pérdida mayor no dejaba echar de ver la menor y andaba errante por mar y tierra, entregado á su infructuosa pesquisa. Pasó el estío, y Elena se volvió á la ciudad aguardando con la paciencia de una mujer las noticias que confiaba en recibir del viajero.

Mucho se charlaba acerca del joven poeta, y de los caprichos del genio; y se pronosticaba una obra inmortal como fruto de tan variados é incasantes viajes.

Pero Elena poseía el secreto de su movilidad, y aunque se lastimaba del constante mal éxito de su peregrinación, se alegraba de ello al mismo tiempo, alimentando la esperanza de que algun día se cansaría de tan vana pesquisa y le permitiría á ella servirle de consuelo. Y así fué; porque al fin de la estación, pasadas ya casi todas las diversiones del invierno, regresó Southesk á su antiguo domicilio, tan cambiado que la curiosidad y la compasión andaban acerca de él á porfía.

No daba él mas explicación que su pasada enfermedad; pero era fácil de conocer su pasión de ánimo. Displicente, taciturno y frío, sin vestigios de su antigua energía, á no ser una expresión de los ojos extrañamente vigilante, y una austera expresión de los labios, como si estuviera perpetuamente buscando alguna cosa y viese perpetuamente burlada su esperanza. Tal era el cambio que había sobrevenido á Felipe Southesk, en otro tiempo tan alegre y comunicativo.

Elena Lawrence fué de las primeras que tuvieron noticia de su regreso, y de las primeras en felicitarlo; porque, con gran sorpresa suya lo vió venir á verla al siguiente día, atraído por los tiernos recuerdos de un pasado en que se mezclaba la memoria de ella.

Profundamente regocijada de volver á verlo, y con la mas amable expresión de sentimiento por su melancolía, nunca había estado Elena mas encantadora que durante aquella entrevista.

Desoiosa de cerciorarse del mal éxito que se descubría en su semblante, no tardó en preguntarle en tono y acento del mas amistoso interés:

—¿Logró V. su objeto, Mr. Southesk? Se fué V. tan repentinamente, y ha estado V. au-

sente tanto tiempo, que he dado por hecho que había V. hallado el tesoro, y que empleaba V. sus horas en componernos un poema sobre aquel estío feliz.

El color le encendió la frente á Southesk, y al retirarse la dejó mas pálida de lo que estaba. Procurando en vano manifestar serenidad, dijo:

—Ni encontraré jamás lo que he perdido, ni escribiré versos á aquel estío, porque fué el mas triste de mi vida; y deseando dar diferente curso á sus pensamientos, añadió con viveza: estoy ahora en distinta busca: de una cajita que creo haber dejado caer el día que me separé de V.; pero no sé si en la posada ó en el camino. ¿Por casualidad ha oído V. decir que álguien la haya encontrado?

—No; ¿era de mucho valor para V.?

—De infinito valor en la actualidad, porque contiene reliquias de una persona querida á quien he perdido hace poco.

La intención de Elena había sido quedarse con su hallazgo; pero al oír las últimas palabras de Southesk mudo de consejo, sintiendo en el corazón un rayo de esperanza. Sacó la cajita de un mueble que tenía detrás, y entregándosela, dijo con la mayor dulzura:

—No oí decir nada de ella porque la encontré yo misma, supuse que era de V., y como objeto sagrado la he tenido en mi poder no sabiendo en donde dar con V.

Y diciendo esto, su fino tacto de mujer la indujo á retirarse y dejarlo solo á examinar su recobrado tesoro. Se entró en un cuarto y se entretuvo con sus flores hasta que él fué á reunirse allí con ella.

Mas pronto hizo él esto de lo que ella se había lisonjeado: dejaba ver su semblante sefiales de emociones pasadas; pero con mucha de su antigua vehemencia y fuego en el hablar, le estrechó á ella la mano, diciéndole:

—No sabe V. cuánto le agradezco esto: permítame V. expiar mi falta de sinceridad de otro tiempo confesando el motivo de ella: V. ha encontrado una parte de mi secreto; quiero confiarle el resto. Me hace falta un confidente, ¿quiere V. serlo mia?

—Con el mayor placer, si en ello encuentra V. consuelo.

Sentados mano á mano junto á las pasionarias de Elena, refirió él su historia, que escuchó ella con el mayor interés, arrastrándolo insensiblemente á confidencias mas adelantadas de lo que él se había propuesto.

Cuando hubo referido el acto de la separación, con brevedad pero con elocuencia, porque la voz, la mirada y el ademán le prestaban su magia, agregó con voz alterada y un acento de patética resignación:

—Es excusado decirle á V. cuánto lo busqué, cuántas veces me creí en la pista, cuántas veces se evadieron, y cómo cada desengaño robustecía mi propósito de buscar hasta lograr mi objeto aunque durase años enteros mi tarea. Pero hace un mes que recibí esto, y yo vi que mi pesquisa estaba terminada.

Diciendo esto puso una carta muy manoseada en manos de Elena, que con fuertes latidos del corazón leyó lo que sigue:

"Ariel no existe: déjela V. descansar en paz, y no siga V. persiguiéndome, si no quiere V. conducirme al sepulcro como la ha conducido á ella."

RALPH SIMPSON.

Un papelito mas gastado y mas sucio que el otro se salió de la carta al desdoblarla Elena, y viendo en él letra de mujer, lo leyó vivamente sin pedir para ello permiso, hallándose Southesk con la cara oculta en las manos y sin saber que le había dado aquella sagrada despedida.

"Adios, adios—decía, en letras escritas con precipitación y medio borradas por las lágrimas que les habían caído encima. Obedezco á mi padre hasta lo último, pero mi corazón es por siempre de V. Tenga V. confianza en esto, y ruegue V. á Dios, como yo lo hago, que le conceda encontrar á su Ariel."

Siguióse un largo silencio, porque el papelito había conmovido á Elena profundamente, y aunque no podía menos de regocijarse con la esperanza que este descubrimiento le daba, era demasiado tierno su corazón de mujer para no compadecer á la desdichada joven que había amado y perdido el corazón á que ella aspiraba. Al devolverle finamente la carta á Southesk, le preguntó mirándole de lleno:

—¿Está V. seguro de que esto es cierto?

—No puedo dudarle porque conozco ambas letras, y sé que ninguno de los dos se prestaría á un engaño semejante. No; forzoso me es admitir la verdad por dura que sea, y soportarla lo mejor que pueda. Y el corazón me la confirma; porque cada esperanza á que quiero dar vida, perece, y solo queda en pié la terrible creencia.

Mientras él hablaba así desalentado, apartaba Elena los ojos para disimular la alegría que le bullía en el corazón; y velando sus sentimientos verdaderos con muestras de la mas tierna simpatía, se dedicó á la dulce tarea de consolar al desolado amante. Desempeñó tan bien su papel y encontró él tan calmate su amistosa compañera, que se acostumbó Southesk á frecuentar sus visitas y á prolongarlas, porque con ella, y solo con ella, podía hablar de Ariel. Elena no lo contenía jamás: con inagotable paciencia prestaba atención al ingrato tema, hasta que insensiblemente y con imperceptibles trazas logró debilitar en él estas tristes reminiscencias y despertar un interés mas racional por lo presente. Ocultó con habilidad femenina su creciente amor bajo el velo de una amistad afectuosa que parecía ser una seguridad tácita de que no alimentaba esperanzas para sí, sabiendo que el corazón de Southesk era de Ariel todavía. Esto le inspiraba á él confianza en ella; en tanto que la nueva mansedumbre con que ahora reemplazaba ella su antigua altivez, le daba mas atractivos y la hacía mas peligrosa.

Como era consiguiente comenzaron las habillitas á suponerlos enamorados; lo que causó á Southesk grande pena, temiendo tener que renunciar al único consuelo de su solitaria

vida. Pero Elena se mostraba tan completamente indiferente á la charla de las gentes ociosas, y lo recibía con tan invariable compostura, que él se tranquilizó, y con esto perdió otro punto en este juego de prendas.

(Continuará.)

Warren Hastings.

(Continuacion.)

En nuestro concepto la prueba interna conduce al mismo resultado. El estilo de Francis tiene gran semejanza con el de Junius; ni estamos dispuestos á admitir, lo que generalmente se da por sentado, esto es, que las composiciones reconocidas por de Francis son con mucho inferiores á las cartas anónimas. El argumento de inferioridad, de todos modos, es de aquellos que puede presentarse con igual fuerza por lo ménos, contra todos y cada uno de los que se ha supuesto autores de dichas cartas, con la sola excepción de Burke, quien ciertamente no fué Junius. Y después de todo, ¿qué conclusión puede sacarse de la mera inferioridad? Necesariamente todo escritor produce alguna obra mejor que las demás, y no es difícil que sea grande el intervalo que corra entre la producción de esa obra excelente, y otra que lo sea ménos. Nadie dirá que las mejores cartas de Junius son mucho mas superiores que las reconocidas obras de Francis, que cuatro ó cinco tragedias de Corneille lo son á las restantes, que tres ó cuatro comedias de Ben Jonhson lo son á las demás, que Pilgrim Progress lo es á las otras obras de Bunyan, que Don Quixote á las otras producciones de Cervantes. Todavía mas, cierto es que el Hombre Enmascarado, sea el que fuere que haya sido, fué el escritor mas desigual. Para no salir de las cartas que llevan la firma de Junius, la dirigida al rey y las á Horne Tooke se parecen muy poco, excepto en la aspereza, y la aspereza era un ingrediente que por rareza faltaba así en los escritos como en los discursos de Francis.

En efecto, una de las razones mas fuertes para creer que Francis fué Junius, es la semejanza moral que existe entre los dos hombres. De las cartas que bajo varias firmas se conoce han sido escritas por Junius, y del modo con que trata á Woodfall y otros, no es difícil formarse una idea bastante exacta de su carácter. En verdad él no fué un hombre destituido de real patriotismo y magnanimidad, ni cuyos vicios eran de sórdida especie; pero tambien debió de haber sido en alto grado altanero é insolente, inclinado á la malevolencia, y sobre todo, al error de equivocar su malevolencia con el espíritu público. "¿Haces bien en enojarte?" fué la pregunta que en lo antiguo se le hizo al profeta hebreo—"Hago bien;" contestó él. Tal, evidentemente, era la índole de Junius, y á esta causa atribuimos nosotros la salvaje crueldad con que destruyó varias de sus cartas. No hay hombre mas falto de piedad que aquel que, bajo una fuerte ilusión confunde sus antipatías con sus deberes. Ha de añadirse que Junius, si bien ligado con el partido democrático por mutuas enemigas, era el reverso mismo del político democrata. A tiempo que atacaba á los individuos con una ferocidad que perpetuamente violaba todas las leyes de las discusiones literarias, consideraba las partes mas defectuosas de las instituciones antiguas con respeto tal que paraba en pedantería; abogó la causa de Old Sarum con fervor, y dijo despreciativamente á los capitalistas de Manchester y Leeds, que si querían votos, comprasen tierras y se hiciesen hacendados de Lancashire y Yorkshire. Todo esto, segun creemos, pudiera decirse, apénas sin alterar nada, del carácter de Felipe Francis.

No es extraño, que el grande escritor anónimo hubiese estado dispuesto por aquel tiempo á dejar el país que había sido tan poderosamente agitado por su elocuencia. Todo se había conspirado contra él. El partido que claramente prefería á todos los demás, es decir, el partido de Jorge Grenville, había quedado deshecho con la muerte de su caudillo, y Lord Suffolk había atraído á los bancos ministeriales la mayor parte de los que pertenecieron á él. La efervescencia causada por la elección de Middlesex se había calmado: todas las facciones debieran haberle inspirado á Junius el mismo aborrecimiento: sus opiniones respecto á los negocios domésticos le separaban del ministerio; sus opiniones sobre los asuntos coloniales de la oposición. Bajo tales circunstancias él había arrojado la pluma lleno de desesperación misantrópica; porque se reparará que su carta de despedida de Woodfall lleva fecha del 17 de enero de 1783. En dicha carta declaró que merecía le llamaran idiota si volvía á escribir; que sus intenciones habían sido buenas respecto de la causa y del público; que ambos habían sido abandonados; y que no había diez hombres que obrasen de acuerdo y con firmeza en ninguna cuestión. "Pero todo es uno, añadió, vil y despreciable. V. nunca, que yo sepa, ha ciado, y siempre me deleitaré saber que V. prospere." Estas fueron las últimas palabras de Junius. Un año después Felipe Francis estaba en viaje para Bengala.

Con los tres nuevos consejeros fueron los jueces del tribunal Supremo, cuyo magistrado en jefe era Sir Elias Impey, el antiguo amigo de Hastings. Probable es que si este hubiera registrado todos los colegios de abogados, no habría hallado quizás uno que le sirviese tan bien como él de instrumento. No iban, sin embargo los miembros del consejo amigablemente preparados en favor del gobernador general, quien de veras repugnaba la nueva forma de gobierno, y no tenía la opinion mas elevada, que digamos, de sus coadjutores. Ellos habían sabido la especie, de modo que estaban dispuestos á la sospecha y al puntillo; y es claro, que cuando los hombres se hallan así preparados unos contra otros, cualquier bagatela basta para arrastrarlos á la disputa. Esperaban los miembros del consejo un saludo de ventum cañonazos de las baterías del Fuerte William, Has-

tings no consintió que se tiraran mas que diez y siete, y ellos, por decontado, desembarcaron de malísimo humor, cambiándose con frías reservas las cortesías de costumbre. Al día siguiente comenzó la larga querrela, que después de fatigar la India Inglesa, se renovó en Inglaterra; tomando parte activa en el uno y el otro bando, todos los estadistas y oradores mas eminentes de la época.

Apoyaba á Hastings Barwell. Ellos no habían sido amigos siempre; pero la llegada de los nuevos miembros del consejo de Inglaterra, naturalmente produjo el efecto de unir á los antiguos empleados de la Compañía. Clavering, Monson y Francis formaban la mayoría, é instantáneamente arrancaron las riendas del gobierno de manos de Hastings; condenaron, cierto no sin justicia su reciente manejo con el Nabab vizir; llamaron al agente inglés en Ouda, y mandaron en su lugar una criatura suya; dispusieron que la brigada que había vencido á los desgraciados Rohillas tornase á los territorios de la Compañía; é instituyeron una investigación severa en la conducta de la guerra. En seguida, á despecho de las protestas del gobernador general, procedieron á ejercer su nueva autoridad, de la manera mas indiscreta, respecto á las presidencias subordinadas; pusieron en confusión todos los negocios de Bombay; y se mezclaron, con union indescribible de temeridad y flojera, en las disputas intestinas del gobierno Maharratta. Se echaron al propio tiempo sobre la administración interna de Bengala, y atacaron todo el sistema fiscal y judicial, sistema que, bien que defectuoso, no era de esperarse fueran competentes para emendar unos hombres recién llegados de Inglaterra. El efecto de estas crudas reformas se vió luego. Faltas de protección la vida y la propiedad, partidas de ladrones saqueaban y asesinaban impunemente hasta en los suburbios de Calcuta. Hastings continuaba en vivir la casa del gobierno, en tirar su sueldo de gobernador general, y en presidir las reuniones del Consejo, en las transacciones de los asuntos ordinarios; porque sus oponentes no podían menos de reconocer que él sabía mucho sobre lo que ellos eran unos ignorantes, y que decidía con prontitud y celeridad, muchas cuestiones que hubieran sido de resolución muy embarazosa para los nuevos consejeros; pero las facultades mas grandes del gobierno y el valioso derecho de patrocinar se los habían arrebatado.

Pronto descubrieron esto los indígenas: considerándole como á un hombre caído y se pusieron á obrar arreglado á su carácter. Puede que algunos de nuestros lectores hayan visto en la India una bandada de cuervos picoteando un buitre hasta matarlo; pues tal es la imagen de lo que ocurre en aquel país siempre que la fortuna abandona á uno que ha sido grande y temido. Al momento todos los aduladores que hasta la última hora habían estado prontos á mentir por él, á forjar por él, á alcahuetar por él, á envenenar por él, se apresuran á comprar el favor de sus victoriosos enemigos acusándole. Un gobierno indio no tiene mas que dar á entender que desea la ruina de tal ó cual hombre, y en veinticuatro horas ya tiene á su disposición graves cargos, apoyados en declaraciones tan completas y circunstanciales que cualquiera persona no acostumbrada á la mendacidad asiática las consideraría decisivas. Gracias puede dar la predestinada víctima, si no se contrahace su firma al pié de algun documento ilegal, ó si no se desliza en algun lugar oculto de su casa un papel traidor. Ya se consideraba á Hastings como desamparado: el poder de hacer ó deshacer la fortuna de todo hombre en Bengala había pasado, según parecía, de sus manos á las de sus contrarios. Inmediatamente empezaron á llover acusaciones contra el gobernador general, acusaciones que fueron acogidas con ardor por la mayoría, la cual, para hacerle justicia, se componía de hombres de demasiado honor, para apoyar á sabiendas acusaciones falsas, pero que no estaban suficientemente enterados de las cosas del Oriente para conocer que, en aquella parte del mundo, basta un pequeño aliento de parte del poder para sacar á luz en una semana mas Oateses, Bedloes y Dangerfields* que ve en un siglo Westminster Hall.†

Hubiera sido bien extraño que en tal coyuntura Nuncomar hubiese permanecido tranquilo. Ese mal hombre se hallaba estimulado á la vez por la malignidad, por la avaricia y por la ambición. Ya había llegado el tiempo para vengarse de su antiguo enemigo, para saciar un rencor de diez y siete años, para plantarse él en el favor de la mayoría del Consejo, para llegar á ser, en fin, el indígena mas grande de Bengala. Desde el principio de la llegada de los nuevos consejeros les había pagado la corte mas fina, á consecuencia de lo cual, con la mayor indignidad, había sido echado de la casa del gobierno. Con toda formalidad puso un papel en manos de Francis conteniendo varios cargos de la especie mas seria; pues por ellos se acusaba á Hastings de haber sacado á remate los empleos públicos, y de recibir cohechos para dejar que se escaparan delincuentes. En particular se alegaba que se había dimitido impune al Khan Mohammed Reza, en consideración á una gruesa suma pagada al gobernador general.

Francis leyó el papel en el Consejo, y se siguió un violento altercado. Quejose amargamente Hastings del modo con que se le trataba, habló con desprecio de Nuncomar y de su acusación, y negó todo derecho en el Consejo á juzgar al gobernador. En la siguiente reunion se produjo otra comunicacion de Nuncomar. Suplicaba en ella se le permitiese asistir á la junta y que se le oyese en apoyo de sus aserciones. Esto fué ocasion de otro debate tempestuoso. Sostuvo el gobernador general que la sala del Consejo no era lugar apropiado para semejante inquisición; que no podía esperar imparcialidad de jueces de unos hombres irritados de resultados de los conflictos diarios con él; y que sin hacer traición á la dignidad de su puesto, no podía someterse á ser confrontado

con un hombre de la especie de Nuncomar. La mayoría, sin embargo, resolvió hacer la investigación de los cargos, y cuyo motivo Hastings se levantó y declaró la sesion terminada; dejando en seguida la sala, acompañado de Barwell. Los demas miembros conservaron sus asientos, se declararon en Consejo, nombraron de presidente á Clavering, y dispusieron que se llamase á Nuncomar. Este no solo se adhirió á los cargos originales, sino que conforme al uso oriental, produjo otros nuevos. Manifestó que Hastings había recibido una buena suma por nombrar de tesorero del palacio del Nabab á Rayah Gurdas, y por cometer el cuidado de la persona de su alteza á la Munny Begum, presentando una carta de esta, en que suponía que su sello se hallaba fijado, para probar la verdad del cuento. El tal sello, ya fuese forjado, como afirmaba Hastings, ya genuino, como estamos inclinados á creer, no probaba nada. Nuncomar, como lo saben todos lo que conocen la India, no tenía mas que decirle á la Munny Begum que esta ó aquella carta complaciera á la mayoría del Consejo, para que ella la atestase. A pesar de eso, los consejeros, así reunidos, acordaron que la acusacion estaba probada; que Hastings había recibido subrepticamente de treinta á cuarenta mil libras esterlinas, y que debía compelérsele á refundirlas.

Las simpatías generales de los ingleses en Bengala se manifestaban con fuerza en favor del gobernador general. El era decididamente superior á sus perseguidores así en sus talentos para los negocios, como en el conocimiento del país y en su cortesanía con todo el mundo. Naturalmente los empleados de la Compañía estaban mas dispuestos á arrojarse al miembro mas distinguido de su propio cuerpo, que al oficinista de la Secretaría de guerra, quien completamente ignoraba el idioma y el carácter nativos, tomaba sobre sí el regular todos los ramos de la administración. Hastings, no obstante, á despecho de la simpatía general de sus compatriotas, se hallaba en la situación mas penosa. Aun había una autoridad superior en Inglaterra á quien apelar; si esa autoridad se inclinaba del lado de sus enemigos, ninguna otra cosa le quedaba que hacer sino dar de mano á su empleo. Con esta mira, colocó su dimision en manos de su agente en Londres, el coronel Maclean, con instrucción de que no la produjese á menos de que se convenciera á no quedar duda, que era adverso al gobernador general el sentimiento de la Casa de la India.

Parecía completo el triunfo de Nuncomar. Mantenía él tertulias diarias, á las cuales en tropel acudían sus compatriotas, condescendiendo en asistir, en cierta ocasion, aun los miembros del Consejo que componían la mayoría. Su casa se convirtió en una especie de oficina en que se recibían quejas contra el gobernador general. Dijose que parte por amenazas, parte por halagos, había inducido á presentarlas á muchos de los mas ricos hombres de la provincia. Pero no cabe duda que él jugaba un juego desesperado, porque era muy riesgoso empujar hasta la pared á un hombre de los recursos y la resolución de Hastings. Con toda su agudeza no comprendía Nuncomar la especie de instituciones bajo las cuales vivía. Veía que se arrojaba á su partido la mayoría del cuerpo que celebraba tratados, concedía empleos, y levantaba contribuciones: la separacion de las funciones judiciales y las políticas era una cosa de la cual no tenía idea; y probablemente jamas le ocurrió que había en Bengala una autoridad del todo independiente del Consejo, autoridad que podría proteger á uno á quien este deseaba destruir, y enviar á la horca al que deseaba proteger. Sin embargo, tal era la verdad. El tribunal supremo, en la esfera de sus propios deberes era del todo independiente del gobierno. Con su acostumbrada sagacidad había visto Hastings cuanta ventaja podría sacar apesoniándose de esta fortaleza, y con ese objeto había obrado. Los jueces, en especial el regente, eran hostiles á la mayoría del Consejo. Había, pues, llegado el tiempo de poner en acción esta máquina formidable.

De improviso oyó Calcuta sorprendida la nueva de que Nuncomar había sido preso por acusacion criminal y arrojado en una cárcel comun. El crimen que se le imputaba era el de haber forjado seis años hacia un bono: el acusador ostensible aparecía ser un indígena; pero fué entónces, y es todavía la opinion de todo el mundo, si se exceptúan los idiotas y los biógrafos, que Hastings fué el verdadero motor del asunto.

Subió á su mas alto punto la cólera de la mayoría que protestó contra el procedimiento del tribunal supremo, y envió varias representaciones urgentes á los jueces demandándoles la soltura de Nuncomar bajo fianza. Las respuestas de estos fueron altivas y perentorias. Todo lo que el Consejo podía hacer era amontonar honores y emolumentos en la familia del brahmin, y tal, en efecto, hizo. Entre tanto comenzaron las sesiones de los tribunales, los cuales decretaron que había lugar á la formación de causa, y Nuncomar fué traído á la presencia de Sir Elias Impey y un jurado compuesto de ingleses. Tomaron infinitas declaraciones contradictorias, la necesidad de interpretar cada palabra de la prueba, prolongó el juicio indefinidamente; al cabo se acordó un veredicto condenatorio, y el juez superior pronunció sentencia de muerte contra el preso. Lleva Mr. Gleig su ignorancia hasta el punto de suponer que en el caso presente no tenían facultad discrecional, y que la de conmutar la pena ó perdonar libremente á Nuncomar residía en el Consejo; y por de contado echa sobre Francis y sobre el partido de este, toda la culpa de lo que se siguió. Esperábamos que un caballero que ha publicado cinco ó seis volúmenes tremendos sobre los negocios de la India, se hubiese tomado la pena de informarse á cerca de los principios fundamentales que rigen en el gobierno de las posesiones nuestras del Asia. Por el Acta Reguladora, el tribunal supremo tenía facultad de suspender la ejecución de la sentencia de los reos de muerte, hasta tanto que se supiese el parecer de la corona. En esa

época el Consejo no tenía derecho á mezclarse.

Que Impey debió haber suspendido la ejecución de la sentencia de Nuncomar, sostenemos que era perfectamente claro: ahora, si todo el procedimiento fué ó no ilegal, eso es cuestionable: pero es cierto que, cualquiera que haya sido, según las reglas técnicas de la interpretación, el efecto del código bajo el cual se celebró el juicio, fué la mayor de las injusticias ahorcar á un indio por falsificación. La ley que á este delito aplica en Inglaterra pena capital, se formó sin la mas remota referencia al estado de sociedad en la India. Para el pueblo allá era desconocida; jamas se había puesto en ejecución, cierto no por falta de delinquentes; era, pues, en grado superlativo chocante á todas sus ideas de justicia criminal. Los indostanes no estaban acostumbrados á la distinción que muchas circunstancias, peculiares á nuestro estado de sociedad, nos han conducido á hacer entre la falsificación y otras especies de fraudes. La falsificación de un sello, en su concepto era un acto comun de estafa; y por supuesto no había pasado jamas por su mente que había de castigarse con el mismo rigor que un robo en cuadrilla ó un asesinato. No cabe género de duda, que un juez justo hubiera reservado la causa á la consideración del soberano; Impey no quería entender de merced ó dilacion.

Grande fué la agitacion entre todas las clases. Francis, y los pocos ingleses adherentes suyos, describían al gobernador general y al juez superior como los peores asesinos. Dicese que Clavering juró que aun al pié del cadalso Nuncomar seria salvado. La masa de la población europea, aunque muy afecta al gobernador general, no podía dejar de sentir compasion por un hombre que, con todos sus crímenes, había llenado á su vista por largo tiempo un alto puesto, que había sido grande y poderoso ántes que empezara á existir el imperio británico en la India, y á quien en busca de protección habían pagado corte en tiempos pasados, gobernadores y miembros del Consejo, entónces meros factores comerciales. El sentimiento de los indostanes era mucho mas fuerte. Ellos, en verdad, no eran gentes capaces de tomar las armas en defensa de su compatriota; pero su sentencia los había llenado de pesar y espanto. El era un mal hombre, aun visto al traves del falso prisma de su moralidad; no obstante, malo y todo, era la cabeza de su raza y religion, un brahmin de los brahmines. Había heredado la mas pura y elevada casta, practicado con estricta puntualidad todas aquellas ceremonias á las cuales los supersticiosos bengaleses atribuyen mucha mayor importancia que al exacto cumplimiento de los deberes sociales. Sintieron ellos, en consecuencia, como en las épocas del oscurantismo había sentido un devoto católico, al ver un prelado de la mas elevada gerarquía enviado á la horca por un tribunal secular. Conforme á sus antiguas leyes nacionales un brahmin no podía ser condenado á muerte por ninguna especie de crimen; y aquel por el cual iba á sufrirla Nuncomar era considerado por ellos casi á la misma luz en que la venta de un caballo dañado á un precio excesivo, se considera por un chalan de Yorkshire.

Aparece que solo los mahometanos fueron los que vieron con regocijo la suerte del poderoso indio, que había tratado de elevarse sobre la ruina del Khan Mohammed Reza. En efecto, el historiador musulman de aquel tiempo tiene delicia particular en ennegrecer el delito, pues nos asegura que se halló en la casa de Nuncomar un cofre lleno de los sellos falsificados de todos los hombres mas ricos de la provincia. No hemos dado con ninguna otra autoridad para la comprobacion de este evento, el cual no es por otra parte improbable.

Acercábase el día y Nuncomar se preparó á morir con aquella fortaleza tranquila con que los bengaleses, tan afeminados y tímidos para un encuentro personal, á menudo hacen frente á las calamidades que no tienen remedio. El Sheriff, con la humanidad que pocas veces se echa de ménos en un caballero inglés, visitó al reo en la víspera de la ejecución, y le aseguró que ninguna indulgencia, consistente con la ley, se le rehusaría; á lo cual contestó Nuncomar con gran cortesia é inalterable compostura que agradecía tanta bondad. No se movió ni un músculo de su cara, no se le escapó ni un suspiro siquiera: todo lo que hizo fué señalar para la frente con el índice de su mano derecha y decir con mucha calma que la suerte se cumpliría y que no había resistencia ante el querer de Dios. Mandó sus respetos á Francis, á Clavering y Monson, á quienes ademas suplicó protegiesen á Rayah Gurdas, que debía en breve ser la cabeza de los brahmines de Bengala. El Sheriff se retiró, grandemente conmovido por lo que había pasado, y Nuncomar con toda compostura sentose á escribir esquelas y examinar cuentas.

Al día siguiente, ántes que el sol calentase, una inmensa multitud se hallaba reunida en torno del sitio donde se había levantado el patíbulo. En todas las caras se veían pintadas la pesadumbre y el horror; sin embargo, hasta la última hora, la multitud apenas creyó que los ingleses de veras se proponían llevar á efecto la sentencia de muerte contra el gran brahmin. Al cabo la lúgubre procesion se hizo paso por entre las apiñadas gentes. Nuncomar sentado en su palanquin, dirigía la vista á uno y otro lado con serenidad inalterable; acababa de despedirse de sus parientes mas cercanos; y los gritos de estos pudieran haber despedazado el corazón de los ministros de justicia europeos, pero no produjeron el mas pequeño efecto en el estoicismo de hierro del reo; siendo así que la única ansiedad que mostró fué á cerca de la asistencia de los sacerdotes de su propia casta, á fin de que pudieran hacerse cargo de su cadáver. También suplicó lo recordaran á sus amigos del Consejo, subió al cadalso con firmeza, y dió la señal al ejecutor. Al punto que la trampa cayó la innumerable multitud de espectadores, prorumpió en un tremendo grito de dolor y desesperacion: centenares volvieron la cara

de aquel espectáculo horrendo, y dando alaridos huyeron hacia el Jugley, en cuyas sagradas aguas se hundieron como para purificarse de la culpa de haber asistido á la representación de semejante crimen. No se confinaron á Calcuta estos sentimientos, ántes la provincia entera se conmovió grandemente; y en particular, la población de Dacca, dió muestras claras de su dolor y espanto.

Imposible es hablar con demasiada severidad de la conducta de Impey. Ya hemos dicho que en nuestra opinion obró muy injustamente en negarse á posponer la ejecución de la sentencia contra Nuncomar. No podrá dudar ningun hombre de sentido comun, que él adoptó esta medida para complacer al gobernador general; porque si sobre ello nos quedara alguna duda, esta quedaria desvanecida con una carta que Mr. Gleig ha publicado. Tres años mas tarde, Hastings escribía á Impey "á cuyo apoyo el había sido deudor, en cierta ocasion, de la salvacion de su fortuna, de su honor y reputacion." Estas fuertes palabras no se pueden referir mas que al caso de Nuncomar, y deben significar que Impey aborció á este á fin de sostener á Hastings. De donde se deduce que Impey actuando como juez, mandó al patíbulo á un hombre injustamente, para servir á un propósito político.

(Continuará.)

REMOLINOS.

Bien conocido es el remolino de Charibdis, que figura en la costa de Sicilia, opuesto á Scila. Así mismo se sabe que cuando un barco entraba en el estrecho, se creía que era inevitable su pérdida, pues ó se estrellaba contra los arrecifes ó se lo tragaba el remolino de las aguas. De donde nació el proverbio: "huyendo de Scila dió en Charibdis"; equivalente al otro proverbio castellano: "salir de las llamas y caer en las brasas."

La mitología escandinava es una repetición de la griega y romana, y los escaldos del norte acostumbraban contarles á los vikingos y norsemen, los peligros y horrores del Maelstrom, situado delante de las costas de Noruega, entre las islas de Moskoe y Lafoden; y le describían como un perfecto Phlegethon de turbias aguas, que se extendía por millas y millas, y arrastraba los buques á su vórtice.

Hasta cierto punto estas relaciones eran por supuesto hipócrifas; pero aun existen los remolinos, y, despojados de los terrores con que los revestía la imaginación de los antiguos, el experto marino los evita con facilidad. El de Charibdis, que llaman ahora Galofaro, se ha hecho navegable, dando barrenos á la roca de Scila, llamada hoy Sciglio; al paso que el Maelstrom es solo peligroso cuando hace mal tiempo. Bajo este respecto, sin embargo, es muy peculiar la costa de Noruega, pues hay lo ménos 50 remolinos delante de ella, aunque ninguno tan grande como el ya mencionado, que hacen molesta la navegacion en todos tiempos.

Uno de los mejores y mas auténticos remolinos es el que pintamos en nuestro presente grabado. Se halla en las islas Hébridas y el poeta lo usó como una comparacion cuando dice:

Ronco como Corrievreckan,
Borbotando cuando arrecia el temporal.

Viaje Entretenido.

UNA señorita de Chaplan entró en un carro de segunda clase para dirigirse á Charing Cross, (Londres). Apenas tomó ella asiento cuando la siguió un caballero de unos treinta años de edad y de maneras extrañas. Iban solos en el carro.

Así que el tren empezó á moverse, el desconocido se levantó apresuradamente y exclamó:

—Este carro está muy pesado. Pronto, alivíemnos la carga.

Y diciendo esto, echó fuera por la ventanilla su saco de noche y después volvió á sentarse. A poco saltó sobre el asiento gritando:

—¡Está muy pesado, está muy pesado!

Y en seguida se quitó la levita y la tiró por donde había tirado el saco de noche; luego arrojó el chaleco, luego el sombrero, la corbata y los zapatos.

Volvió á sentarse y por corto rato pareció ocupado en una meditación profunda; pero de repente, dirigiéndose hacia la pobre muchacha azorada:

—Señora, le digo, oremos por el duque de Gloucester! De rodillas, señora! por el duque de Gloucester!

Y se arrodilló. La muchacha toda temblorosa siguió su ejemplo. El desconocido oró con fervor por el duque de Gloucester, después por el duque de san Albans, después por el duque de York, en una palabra, por todos los duques de la Gran Bretaña é Irlanda.

Y de nuevo tomó asiento. La jóven mas muerta que viva, se acurrucó en un rincón del carro, presa de un terror que crecía cada vez mas. Entre tanto el extraño personaje no tardó en mostrar nuevos síntomas de inquietud.

—Esto no puede ir así, dijo él; esto está muy pesado... el tren no podrá continuar así... vamos á aligerarlo. Es preciso que uno de los dos se apee: yo, no quiero, V. es la que debe salir por la ventanilla.

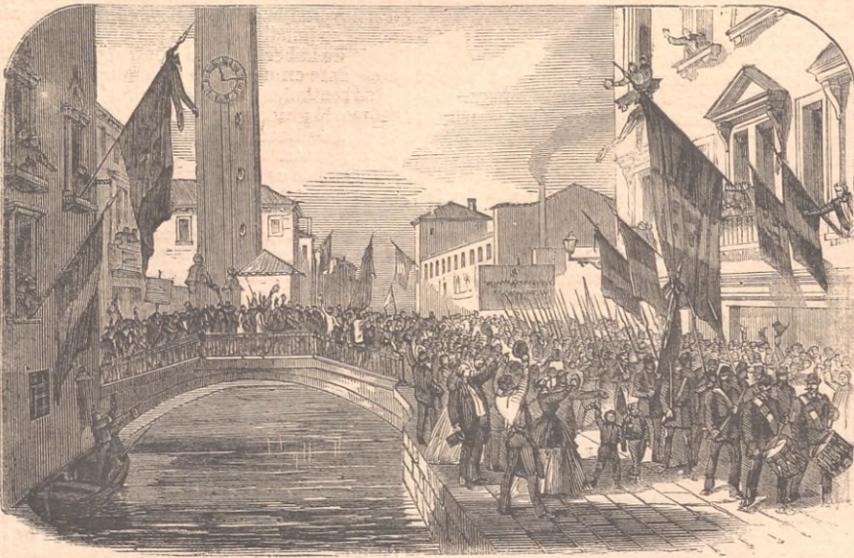
Y se aproximó con resolución á la muchacha, la cual que conoció su intencion le dijo llorando:

—Pero nosotros no hemos orado todavía por el duque de Northumberland.

—Cierto, dijo el extraño personaje, dándose una palmada en la frente, lo habíamos olvidado. De rodillas, oremos por el duque de Northumberland!

Todavía estaban de rodillas orando cuando la máquina sonó el pito y el tren entró en el paradero. La muchacha se precipitó á la puerta pidiendo socorro... Su extraño compañero de viaje era... un loco que se había escapado del hospicio de Hanwell.

* † Testigos falsos célebres en la historia de Inglaterra; y tribunal supremo de Justicia.



LOS CIUDADANOS DE VENECIA YENDO Á VOTAR Á SAN LORENZO.

Venecia en la Unidad Italiana.

PRESENTAMOS hoy á los favorecedores de la *Ilustracion Americana* cuatro grabados que hacen referencia al cambio de dominio que ha tenido lugar recientemente en Venecia. El primero referente al acto de izar la bandera italiana en la plaza de San Márcos el 19 de octubre; el segundo sobre la proclamacion en la misma plaza del voto en favor de la anexion de Venecia al resto de la Italia; el tercero ilustrativo de la entrada de las tropas italianas en Venecia; y el cuarto, que es el primero en órden cronológico, los ciudadanos de Venecia acudiendo á las urnas para depositar su voto.

El primer saludo á Venecia lo hizo el vapor *Garibaldi* á las nueve de la mañana y al punto se desplegó al aire el gonfalon ó ancho tricolor italiano con la blanca cruz de Saboya en campo rojo, en los tres mástiles colorados delante del Duomo, echándose á vuelo las campanas del gran Campanile de San Márcos; todo esto, segun se ve en nuestro grabado mayor. La plaza entretanto era un mar de cabezas humanas, que bramaba como el líquido en día de tempestad: Italia! Venecia! Vittorio Emanuele!

Pero por largo rato la aclamacion de suprema alegría que rodaba como el eco de truenos repetidos, imposibilitó el oír ningun grito distinto. Al oído solo llegaban rumores sordos, mezclados con el disparo de los cañones, el repiqueteo de las campanas, el agitar de los pañuelos y banderas en el palacio del Dux, en el Orologio, en el Palacio Real y en la Procuratie Vecchia. El *Garibaldi* entró en línea á lo largo del Rive del Schiavoni con otros cuatro vapores, á los cuales cedieron lugar cuatro buques austríacos de poco calado, y un acorazado, el *Varese*, que disparaba hácia el Lido, atrajo gran parte de la concurrencia para ver el fogonazo de sus tremendas piezas de artillería. Con todo eso, la guardia nacional logró mantener en torno de sus plegadas banderas una buena porcion de la curiosa multitud. Los soldados daban vivas suspendiendo los sombreros en la punta de sus bayonetas, y como no

se les veía la cabeza, aunque no podia ser mas notorio su entusiasmo, el efecto de lejos no se puede describir con exactitud; sin embargo, tan pronto como se apercibió lo que las tropas proclamaban, el pueblo repitió los vivas y en seguida uno y otras corrieron al canal para saludar la marina. El regocijo de ambos durante el natalicio de la libertad de Venecia, no deja duda en el ánimo de nadie.

Creemos importante lo que dice un corresponsal de un periódico español sobre la estada del rey Victor Manuel en Venecia:

"Ayer hubo en el teatro de la Fenice representacion de córte. El rey fué objeto de una ovacion magnífica. El teatro presentaba una vista espléndida, resaltando admirablemente con la profusion de luces su rica ornamentacion. Es mas pequeño que el de San Carlos de Nápoles y que el de la Scala de Milan, aunque pueden contener tres mil espectadores; pero agrada mas.

Los palcos rebosaban en bellezas, en tocados deslumbradores, en trajes elegantísimos. Esta noche volverá á reunirse una gran parte de esta brillante



MANIFESTACION POPULAR EN LA PLAZA DE SAN MARCOS DE VENECIA.

sociedad en el banquete de los príncipes de Giovanetti.

"El rey tuvo que saludar á su entrada y salida en el teatro y en los entreactos, al público lleno de entusiasmo. Observábase por algunos que habia cierta especie de gravedad y mesura en su actitud al corresponder á las demostraciones del público.

"Victor Manuel, que no conocia á Venecia, está visitando lo mas notable de la ciudad, como el palacio de los Dux, la Biblioteca, el Museo, el arsenal, los archivos en el convento de Frari, que cuentan catorce millones de volúmenes y cuadernos; las principales iglesias.

"El palacio de los Dux no es ya mas que un museo á excepcion de una parte del piso bajo, en el patio donde está la Bolsa, en la que hay muy escasa contratacion.

"Desde el patio, por la escalera de los Gigantes, y desde una especie de entresuelo, por la escalera de oro se sube á los salones célebres; la sala del gran Consejo, la sala del Escrutinio, la sala del Senado, la sala del Consejo de los diez, la sala de los jefes del Con-

sejo de los diez. En el entresuelo un portero conduce al curioso á la prision de los *Pozos*, de tristes recuerdos. "Allí, dice, donde se ve aquello alcanzado, estaba la lámpara del monge; allí el reo sentado y atado; allí el verdugo. El reo hacia su última confesion y su cuerpo caia en aquel sitio. El cadáver pasaba por aquel hueco, hoy tapiado que dá al canal, donde lo recogia una góndola."

En cuanto á los *Plomos*, no se enseñan ya hoy. Las dos principales iglesias de Venecia, despues de la de San Márcos, son los dos panteones de los Dux; San Juan y San Pablo y los Frasi (Nuestra Señora de los Hermanos.) Los Dux hasta Marino Faliero fueron enterrados en San Márcos, de donde han desaparecido en parte sus monumentos. Marino, el que hizo traicion á su raza, sin obedecer mas que á su venganza ó consagrándose á la reforma popular, no fué enterrado en ninguna parte, y los que le sucedieron lo fueron unos en la Frasi, otros en San Juan y San Pablo.

El pueblo llama generalmente al rey solo por su propio nombre, así es que al aclamarle dice únicamente: ¡Viva Vittorio!"

—Existen en España 141 inclusas y casas de expósitos.

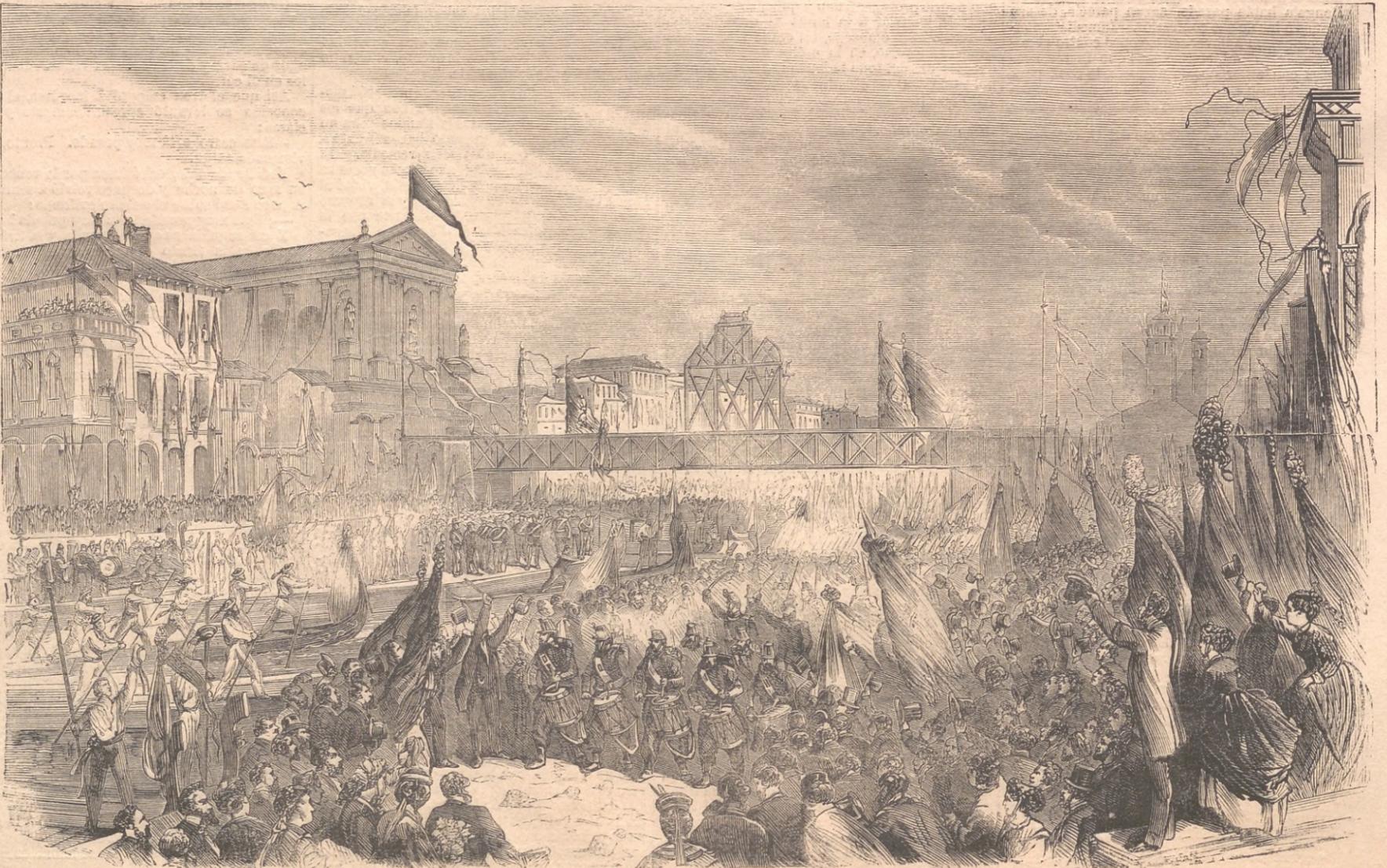
Segun la *Revista de Estadística*, el movimiento de estos establecimientos desde 1859 á 1864 fué el siguiente: existencia en fin de 1858, 35,387, y en fin de 1864, 43,855.

Entraron en dicho período, 18,038. Del número total de existentes y entrados, salieron por término medio 4,602 y murieron 16,624, siendo la proporcion entre los muertos y el total de acogidos 25,16.

Los gastos originados en estos establecimientos por término medio en cada año, son: personal, 8,284,664; material, 8,716,714; total, 17,000,378; gastos por cada acogido, 295,73.

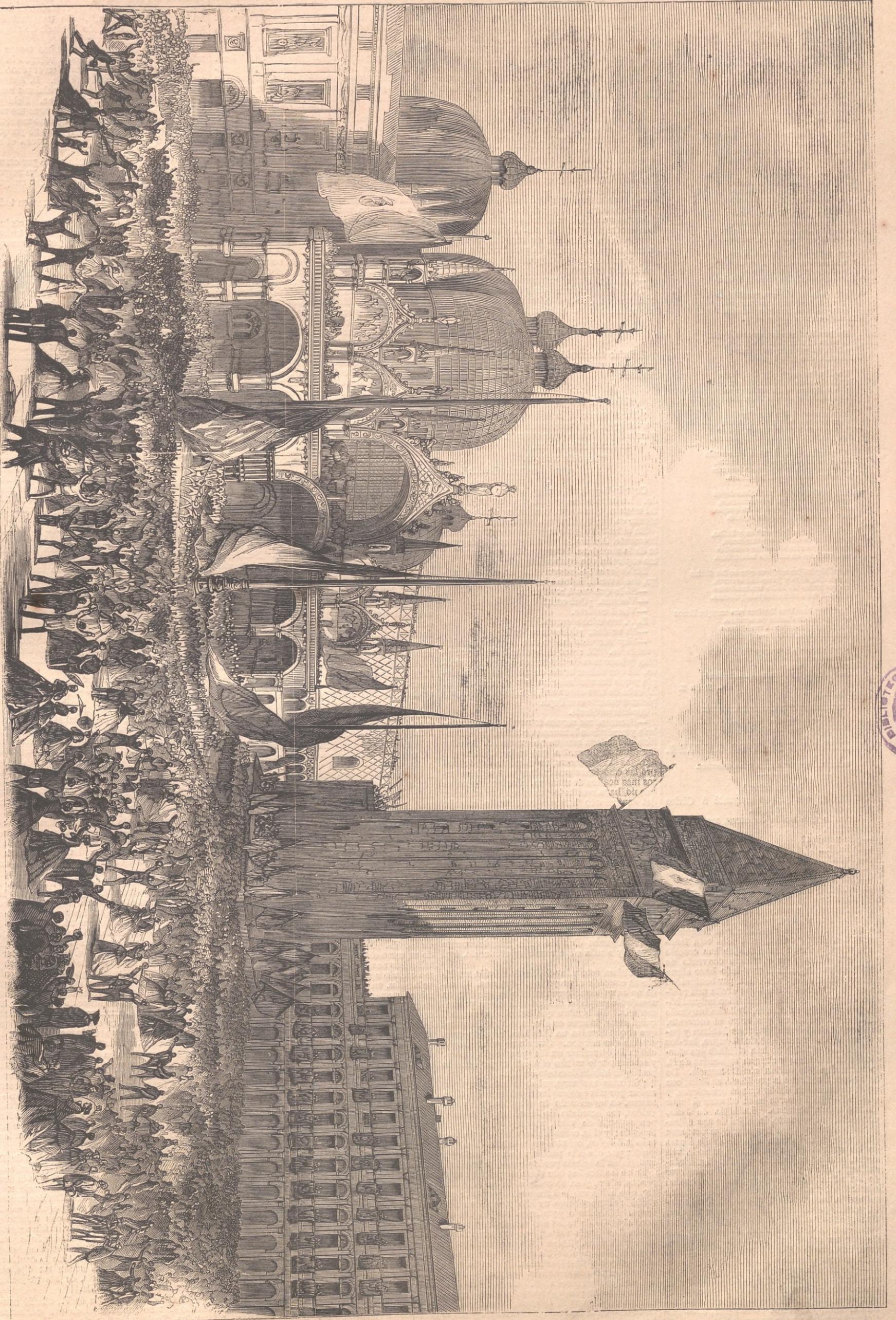


PIERNA DEL DINORNIS, ó PÁJARO GIGANTESCO DE NUEVA ZELANDA.—PÁG. 155.



ENTRADA DE LAS TROPAS ITALIANAS EN VENECIA.





PLAZA DE SAN MARCOS DE VENEZUELA EN EL ACTO DE IZARSE EL PABELLON TRICOLOR, 19 DE OCTUBRE DE 1866.



UN RECUERDO.

En medio de esta paz tan lisongera
Que nunca turba doloroso invierno,
No sé por qué de mi alma se apodera
Siempre un recuerdo pesados y tierno.

Un recuerdo tan grato como triste,
Que convida a llorar, pero no a bruma,
Un celeste recuerdo que se viste
De aromas, de celajes y de espuma.

Que trae de un bosque la amorosa sombra,
Que trae de un río el cariñoso ruido,
Cuyo rumor dulcísimo me nombra
Algun pasado que me fué querido.

No sé si es sueño; pero entonces creo
Conocer el murmullo de la ola,
Entre sus ramas levantaré veo
Mi casita de guano blanca y sola.

¡Oh! mi verde retiro, quién pudiera
Ver otra vez tus deliciosos llanos,
I quien bajo tus álamos volviera
Como antes á jugar con mis hermanos!

I ver mi lago de color de cielo
Donde yo con mis pájaros bebía,
Mi loma tan querida, mi arroyuelo,
Mi palma verde á cuyo pié dormía.

Mis árboles mirándose en el río,
Mis flores contemplando las estrellas,
Mis silenciosas gotas de rocío
I mis rayos de sol tembando en ellas.

¡Oh! mi casita blanca, recordando
El tiempo que pasara sin congojas,
Viendo correr el agua y escuchando
El ruido cariñoso de las hojas.

He llorado mil veces; que allí amaba
Una rama de tilo, un soto umbrío,
Un lirio, un pajarillo que pasaba,
Una nube, una gota de rocío.

I aquí no se ama nada, el egoísmo
Cerró del alma el celestial tesoro;
Nadie se quiere aquí sino á sí mismo,
Nadie ama mas que el resplandor del oro.

Aquí se ríen si amorosa digo
Que amo mis avechillas y mis flores,
Dicen que no hay afecto en el amigo
Y que no hay inocencia en los amores.

Empero eso es aquí, no en ese mundo
De verdes copas y de verde alfombra,
Donde se olvida su esplendor fecundo
De los árboles densos á la sombra.

Místicas oigo aquí que el alma dejan
Absorta de placer por lo armoniosas,
Pero músicas ¡ay! que no se quejan
Como allí se quejaban mis tojosas.

Aquí hay luces de gas ricas y bellas,
Cuyo brillo es ardiente y luminoso,
Pero no hay como allí tibias estrellas
Que alumbran en silencio misterioso.

Aquí hay bellas mujeres que en las fiestas
Vierten de gracia y juventud aromas,
Mas que yo no las hallo tan modestas
Como allí eran modestas mis palomas.

Aquí hay hombres ilustres que aunque llenos
De altos conocimientos peregrinos,
No son tan generosos ni tan buenos
Como allí los sencillos campesinos.

¡Oh! mi verde retiro, quién pudiera
Ver otra vez tus deliciosos llanos,
I quien bajo tus árboles volviera
Como antes á jugar con mis hermanos!

Marzo de 1858.

L. P. DE Z.

JULIA

Ó ESCENAS DE LA VIDA EN LIMA.

ROMANCE POR BENJAMIN LUIS CISNEROS.

(Conclusion.)

—Quién es esa jóven? pregunté á Carlos
cuando estuvimos algo léjos.

—Extraño que no la conozcas, me contestó
sorprendido.

—¿Su nombre?

—Julia R...

—¿Julia?...

—La mujer de Alberto X...

—¿Hacé mucho tiempo que la conoces?

—No. Hay en la misma casa y en los mismos
altos que habita mi familia, al frente del
departamento que ocupamos, otra que nos ha
llamado siempre la atención por la regularidad
de su vida, por sus distribuciones religiosas,
por su humildad y su pobreza. En esta familia
hay dos jóvenes hermanas, que han crecido
y se han educado en el mismo convento de
donde es monja la tía á cuyo lado hace algun
tiempo permanece Julia. Sea por benignidad
de carácter, por el interés que excita una posición
desgraciada ó por inclinación natural hácia
su juventud y su belleza, Julia ha inspirado
desde el primer día en que entró al convento,
la simpatía de cuantas personas habitan y pe-
netran en él. Como sucede siempre, las dos
jóvenes de que hablo no han olvidado sus afec-
ciones de claustro; y aunque separadas de él,
lo recuerdan y lo visitan con frecuencia. De
todas esas afeciones la predilecta es Julia, con
quien se intimaron desde que se conocieron, y
que ha llegado á crearse en su corazón el lugar
de una nueva hermana. La hija de Julia,
comparte, por supuesto, la mitad de ese entra-
ñable afecto; y jamás transcurre una semana
sin que la chiquilla vaya á pasar un día á casa
de las amigas de su madre, que, si no la ven
llegar, mandan cuidadosas por ella. La criatura
juega, corre y traviesa por los corredores
de los altos. Su viveza excitó al principio mi
admiración, y sus gracias han llegado á excitar
mi cariño, terminando por penetrar á mi cuar-
to, adonde pasa entreteniéndose horas enteras.
Con este motivo he hablado á Julia una ó dos
veces en casa de sus amigas, á donde va cuando
por un acaso sale del convento; y según
creo, ha entrado alguna vez á visitar á mi familia
en compañía de aquellas.

—¿Le hace la corte?

—Aunque amable, es muy orgullosa y muy
severa para con los hombres. Por otra parte,
aborrezco esas galanterías banales que no inspi-
ran el amor, y el amor, como sabes, nace ins-
tintivamente ó no nace nunca.

—Pero explícame su presencia aquí.

—La familia de sus amigas ha venido á pasar
en Chorrillos el verano. La hija de Julia aca-

ba de salir de una enfermedad y le ha sido pre-
ciso traerla á convalecer: ella misma, á quien
una perpétua melancolía atormenta en el claustro,
ha aprovechado sin duda la ocasión de de-
jarlo por algunos días y venir á respirar el aire
del campo. Desgraciadamente, según me acaba
de decir, después de las dificultades para
conseguir el permiso, la pobre no podrá llenar
su objeto; hoy ha recibido una carta en que le
anuncian que su tía ha caído peligrosamente
enferma y mañana mismo debe volverse.

—¿Sabes quién la sostiene en el convento?

—Vive en la misma celda y de los mismos re-
cursos que esa tía, bastante pobre, según sé.
He oído decir que tiene un tío y una prima, con
quienes no se ve jamás por antiguos y profun-
dos resentimientos de familia. Todos se pre-
guntan qué será de Julia el día que le falte esa
tía, octogenaria ya y casi decrepita por lo que
me han asegurado.

—Pobre mujer! exclamé involuntariamente.

—Debe ser muy desgraciada. Lleva en la fi-
sionomía un sello de abatimiento y resignación
que contrasta con su belleza. Parece que el re-
cuerdo de su infelicidad de esposa y de los escán-
dalos de su marido la persigue y agobia. Hay
algun secreto incomprensible en ese drama
íntimo de familia.

—Quizá! murmuré yo recordando esa historia.

Tuve el pensamiento de ir á relatar todo esto
á Andrés. Lo habría hecho si no me hubie-
ra prohibido hablarle de Julia.

XIII.

Habrían trascurrido ocho meses después de
esta fecha, cuando recibí la siguiente carta de
Andrés:

"20 de junio de 18...."

"Mi mejor amigo.

"Necesito comunicarte un proyecto sobre mi
porvenir y pedirte verbalmente un servicio. Pre-
párate á recibir una gran sorpresa.

"Ven esta noche á casa.

"Tuyo de corazón,

ANDRÉS L....."

Cuando llegué, mi amigo estaba acompaña-
do. La carta había excitado mi curiosidad de
tal manera, que esperé con impaciencia el mo-
mento en que quedáramos solos.

En el instante en que pudimos conversar li-
bremente, Andrés se levantó y cerró el picapor-
te de la mampara. Comprendí con placer que
me esperaba una conferencia íntima.

Sin dejar articular una sola palabra á mi ami-
go, me levanté, le tomé la mano y le dije:

—¿Se lo que vas á revelarme.

—Veamos. ¿Qué cosa?

—Vas á casarte.

L... me miró sorprendido.

—Es verdad. ¿Cómo lo sabes?

—Hay secretos amigo mío, que no pueden
guardarse. Tú crees el tuyo bajo el mayor sí-
gilo, y hace mas de dos meses que yo lo cono-
zco. Sé que te has hecho un silogismo de analo-
gía y que tus sentimientos han obedecido á él.
Al cabo de tres años vas á realizar mi consejo y
piensas casarte con Pepa.

Andrés palideció.

—Escucha, me repuso tomando un aire som-
brío y pasándose la mano por la frente; esa no-
ticia es fundada aunque no exacta... A todas
las pruebas de cariño que te he dado voy á
agregar la mas sincera, revelándote como siem-
pre las emociones mas íntimas y los pensamien-
tos mas ocultos de mi alma. Cualquiera hombre
que no haya meditado jamás en los misterios
del sentimiento humano encontraría extraño
quizá lo que voy á revelarte. Pero esta vez,
como siempre, tú sabrás comprenderme y dis-
culparme. Si he obrado mal, si he hecho sufrir
un corazón y derramar una lágrima, bien sabe
Dios que quisiera rescatarla!

No se te oculta que cuando volví de... de
enterrar á mi madre, había renunciado para
siempre á Julia. Desde mi enfermedad, ampa-
rado de un profundo valor moral, había sosteni-
do contra mi mismo una lucha desesperada. Llegué
á tal extremo, que de cualquiera parte
donde oía pronunciar su nombre, me retiraba
al momento y echaba á correr como un insen-
sato. Algunos días me creía completamente
curado y sentía mi corazón rejuvenecido, ágil
y libre.

El aislamiento y la soledad de mi vida me hi-
cieron concebir el proyecto de casarme. Cuando
no es un amor preconcebido lo que inspira
semejante proyecto, el alma está serena y la ra-
zón fría. El hombre que busca una mujer á
quien amar, incurre en el mismo absurdo moral
que el que deseara un Dios á su capricho para
crearse una religión. Cuando no se ama, nada
obliga á determinar un día para elegir esposa,
y este es por lo mismo el medio mas seguro de
postergar indefinidamente ese día.

¡Cuántas mañanas, al abrir los ojos y ver
entrar por mis celosías los rayos azulados de la
aurora, en un ensueño de voluptuosidad y lan-
guidez, me acordaba de Julia, me asaltaba el
pensamiento de verla, sentía tentaciones de
buscarla; y si la casualidad me hubiera presen-
tado la ocasión, cuántas veces habría ido á pre-
guntar por ella á la portera del convento ó á
espiarla en la iglesia por las rejas del coro!

Entre las familias que visitaba y en cuya casa
pasaba mis noches, se contaba la de D. Anto-
nio, que había vuelto á frecuentar y adonde era
recibido siempre como un hijo y como un her-
mano. Sin notarlo yo mismo, me fui poco á
poco aislando de todas mis relaciones y reduje
á esta familia mis visitas, que volvieron á ha-
cerse cotidianas. Estas visitas se convirtieron
en un hábito que absorbía indiferentemente las
semanas y con ellas los meses. Yo había visto
siempre como sospechosa la apasionada amis-
tad de Pepa para conmigo. Inocente tal vez,
era una afeción de tal naturaleza, que un in-
cidente propicio podía convertirla en amor. Yo
tenía esto en el fondo de la conciencia y me lo
había dicho á mí mismo, como á media voz, sin
osar declarármelo terminantemente. Estas vi-
sitas cotidianas, esta ardiente simpatía de Pepa,
semejante á una pasión comprimida, el tierno

carifio con que me trataba y algunas coinciden-
cias, me inspiraron el pensamiento de que Pepa
era la esposa de convicción que me convenía.
La noche en que revelé á Pepa este proyecto,
me escuchó sorprendida, sobresaltada y pálida
como una persona que procura dominarse para
no dejar escapar una palabra que la traicione.
D. Antonio me dió su asentimiento y todo que-
dó perfectamente convenido. La sorpresa de mi
nueva prometida se convirtió de repente en un
sentimiento de felicidad y en una alegría de loca.

Pepa solo tenía un defecto para mí: el de ser
prima de Julia. Pero la sociedad está acos-
tumbrada á ver estas transmigraciones de senti-
mientos hácia personas de una misma familia,
muchas veces hácia dos hermanas, y esta cir-
cunstancia no me preocupaba.

El corazón de cada hombre no solo es un ar-
cano para los demás sino para sí mismo. La
verdad en el fondo de todos estos procedimien-
tos era de una naturaleza íntima, extraña y
misteriosa. Pepa era en efecto la mejor espo-
sa que una elección de conciencia podía seña-
larle. Yo la veía como un tipo angelical de
inteligencia y de bondad. Había en mi alma
cierta ternura que se confundía con la compa-
sion por su extraña solicitud ó, si quieres, por
su secreto amor para conmigo. Experimentaba
una satisfacción pura é inefable en premiar
su virtud y su cariño con la plenitud de una fe-
licidad que deseaba, pero que jamás había po-
dido esperar. Por otra parte, yo me sentía, en
uno que otro momento, asaltado por el recuer-
do de Julia y arrebatado hácia ella. Estos im-
pulsos súbitos, espontáneos, incomprensibles,
eran un peligro constante para mí y debían ter-
minar definitivamente. Los lazos de familia
que unen á Julia y á Pepa entran en mi pen-
samiento como un freno para reprimir, vencer
y ahogar los últimos ímpetus de mi pasión.
Todas estas circunstancias me habían atraído
á pedir la mano de mi elegida. Pero por
grandes que fueran mi ternura y mi amistad
hácia ella, la verdad era que yo no la amaba.
Para decirlo de una vez, á quien yo adivinaba,
contemplaba y amaba al través de Pepa era á
su prima. Mi imaginación comenzó por ver en
la una la sombra purificada de la otra; mi co-
razón fué poco á poco identificándolas, y termi-
né por adorar en aquella la trasfiguración de
Julia!

El matrimonio debía realizarse el día del cum-
pleaños de mi novia. Aunque los arreglos pre-
liminarios no demandaban mucho tiempo, yo
había señalado un plazo dilatado. Nada me
urgía y esperaba el término de ese plazo sin
violentarme ó, para expresarme con mas pro-
piedad, con indiferencia.

En esos días hubiera querido encontrar una
persona bastante amiga de mi antigua prome-
tida, para saber la impresion que producía en
ella mi enlace con Pepa. Yo trataba de enga-
ñarme á mí mismo. Este solo pensamiento basta-
ba para probar que aun no había podido
arrancar de mi alma la adoración de Julia!

Pepa no se engañaba sobre mis sentimientos.
Algunas veces, al entrar en su casa, la encon-
traba triste, descompuesta, preocupada, en una
actitud meditativa. Acercábame á ella y con
un acento lleno de ternura le preguntaba la
causa de su tristeza. Su contestación era siem-
pre una que terminaba por estas palabras:

—Usted no me ama, Andrés!

Preguntábale entonces qué fuerza superior á
mí mismo me obligaba á casarme con ella. In-
sistía, manifestándome que ella no deseaba el
nombre de mi esposa sino mi verdadero amor;
como yo no lo sentía por ella, había hecho el
ánimo á recibir esa declaración en el momento
mas impensado, y á renunciar á nuestro pro-
yecto. Tranquilizábase al fin y sus labios se
dilataban con una sonrisa de resignación que yo
traducía con este pensamiento:

—Algun día me amaré Vd.!

Estos diálogos de quejas y explicaciones se
repetieron algunas veces.

Hay ciertos espíritus ligeros que se complacen
en producir la emoción de una noticia, de
cualquiera naturaleza que sea, fatal ó dichosa,
con tal que encierre una revelación que impre-
sione. Estos espíritus pululan en Lima, socie-
dad de un carácter novelesco, ávido de impre-
siones y que encuentra alimento en los dramas
de familia. Esa clase de espíritus sigue en to-
do su curso ciertos episodios cuyos menores de-
talles husmea, espía, penetra, conoce no sé có-
mo cuando apenas acaban de realizarse, y re-
vela al fin, en sus misterios mas íntimos, de la
misma manera que el buzo divisa, coge y arran-
ca la perla á las entrañas de los mares. Esto ha
sucedido hasta cierto punto con mi pasión por
Julia, y con su triste historia. Al entrar en casa
una noche, supe, de la manera mas inesperada,
la muerte de la monja, su tía, acaecida
pocos momentos antes. Al mismo tiempo me
impuse de la hospitalidad que, en su completo
abandono, había recibido en casa de una familia
con quien se había relacionado en el con-
viento.

Yo no había oído una sola palabra sobre estos
acontecimientos en casa de D. Antonio. Ex-
trañé á la verdad esta austera y absoluta presen-
cencia respecto de Julia. La irritación del
capricho viejo era tan profunda como dos
años antes, y llegaba á tal extremo, que, según
lo había ordenado una sola vez, se observaba
hasta entonces por regla imprescriptible en la
casa no pronunciar el nombre de su sobrina.
Era imposible, sin embargo, que él y Pepa no
hubieran recibido noticia de lo que sucedía, y
yo condenaba en secreto su conducta como
muy extraña y reprochable.

Este infortunio, en que Julia representaba
para mí no solo la mujer que había amado sino
la criatura desvalida, me lastimó hondamente.
Al pensar que en el aislamiento que la rodeaba
debían oprimirla los recuerdos, el dolor, la so-
ledad, la falta de consuelo, la consiguiente es-
casez de dinero, la miseria quizá, tal vez el
hambre, me dominaban involuntariamente la
compasión y la tristeza. Entonces llegué á
alarmarme de la tenacidad con que me poseía
el recuerdo de una mujer que trataba de borrar
de mi memoria. Pepa misma llegó á aperi-
birse, en mis momentos de contemplación invo-

luntaria, del desasosiego de mi espíritu, y sin
pensar en la causa, solo veía el efecto, es decir,
mi indiferencia hácia ella. Yo trataba inútil-
mente de dominarme, de hablarle de amor y
sonreír.

Una noche conversábamos sobre trozos de
música. La hija de D. Antonio recordó la ha-
bilidad con que Julia ejecutaba en el piano al-
gunas arias de *Beatriz de Tenda*. D. Antonio
agregó á ese recuerdo algunas palabras senti-
das de compasión hácia su sobrina. Debí po-
nerme pálido como un muerto, porque me sen-
tí herido como por un rayo. Cuando me retiré
me agobiaba un secreto dolor, y no sé por qué,
esa noche me preocupó mas que nunca el re-
cuerdo de Julia.

A las doce del día siguiente entré por casuali-
dad en casa de D. Antonio. Con gran sorpre-
sa mía, encontré allí á nuestro antiguo amigo y
contertulo D. Ruperto S....

A primera vista noté cierta tristeza en todos
los semblantes.

Pepa, colocada ante un bastidor de costura
cerca de la ventana, había olvidado su trabajo
y se hallaba absorbida como por un amargo
pensamiento.

D. Antonio meditaba preocupadamente, y ais-
lado con D. Ruperto en un sofá del fondo de la
sala, tenía la vista fija en el suelo.

Yo fui á formar otro grupo con Pepa y á me-
dia voz le pregunté lo que pasaba. Pepa no
esperaba otra cosa para decirme.

Doña Clara y D. Ruperto se habían presenta-
do en la mañana inesperadamente. Habían
abrazado á D. Antonio, y después de hablarle
de su excelente corazón, le habían demandado
el permiso de pedirle una gracia.

D. Antonio había ofrecido cuanto dependiera
de su voluntad.

Se trataba de Julia, la pobre! según la ex-
presión de Pepa.

Poco tiempo después de la muerte de su tía,
Julia se había visto obligada á abandonar á las
amigas á cuyo lado se había refugiado, por con-
sideración á su excesiva pobreza. Vecina á
estas, habitaba la familia de nuestro amigo y
condiscípulo Carlos R.... Conmovida tierna-
mente esta familia por el desamparo de Julia,
le había ofrecido la permanencia en su casa,
ofrecimiento que ella había aceptado con gran
placer. Pero pasados algunos meses, un ultraje
repetido, que el carácter de Julia no había po-
dido soportar, la había obligado á abandonar
este nuevo asilo.

Después de un largo plazo de esta vida erran-
te y miserable, parecida á la mendicidad, hacia
quince días, se había presentado inesperada-
mente á Doña Clara, con el objeto de pedirle
alimento y un cuarto en su casa para ella y su
hija. En recompensa le había ofrecido encar-
garse de cualquier trabajo que se le exigiera.
Doña Clara, llena de compasión, le concedió su
mesa y su techo, pero la estimación que por ella
abrigaba no le permitía rebajar su dignidad, ni
sus desgraciadas circunstancias económicas pro-
longar indefinidamente la hospitalidad que le
había concedido.

—¿Sus desgraciadas circunstancias?... pre-
gunté sorprendido á Andrés.

—Sí, repuso mi amigo. El lujo de Doña Cla-
ra ha desaparecido como por encanto; todo el
aparato escénico se ha derrumbado. Hace al-
gunos meses se descubrió un contrabando regu-
larmente organizado por la casa de comercio
cuyo socio era D. Ruperto. Merced á una con-
siderable suma de dinero, entregada en calidad
de indemnización por cuatro años consecutivos
de fraude, se evitó el escándalo y se ha conser-
vado el hecho bajo el mayor sigilo. El resul-
tado de todo esto ha sido la ruina súbita y casi
completa de D. Ruperto S....

Julia, en vista de estas circunstancias y ce-
diendo á reflexiones de doña Clara, había con-
venido en que esta iría donde don Antonio á
tentar una reconciliación. Estaba dispuesta á
pasar por todas las condiciones que se le exi-
giesen, con tal que se olvidaran para siempre
los extravíos de lo pasado. El infortunio, la
amargura y la sinceridad que manifestaban las
palabras y la conducta de la jóven desampara-
da, habían conmovido profundamente el cora-
zón de su tío. Pedía el mas triste rincón de la
casa, el pan de todos los días y algun trabajo,
por humilde que fuese, para pagar ese pan que
debía compartir con su hija. Iria á aliviar á
Pepa y á su tío de los cuidados domésticos y
sería el ama de llaves, si querían. Los senti-
mientos de familia habían producido su efecto
natural: don Antonio, emocionado y llorando
como un niño, mas enternecido aun al ver las
lágrimas de Pepa, arrastrado por la naturaleza
y la piedad, en uno de esos momentos en que
el padre mas severo no puede resistir los ímpu-
sos del corazón, consintió en todo.

Doña Clara acababa de salir dejando allí á
don Ruperto para volver conduciendo á Julia:
había comprendido la conveniencia de aprove-
char las impresiones del momento. La recon-
ciliación aceptada debía consumarse dentro de
algunos instantes en un abrazo de paz, olvido
y amor entre la desgraciada Julia y su familia.

Cuando Pepa terminó, yo no sabía lo que pa-
saba por mí. Mis emociones eran violentas,
precipitadas, tumultuosas.

Un momento después, la inocente hija de D.
Antonio me agregó al oído, con cierto aire de
cautela, que ella había sospechado ya la des-
venturada situación de su prima. Hacía mas
de un mes que había recibido misteriosamente
una carta suya, pidiéndole una pequeña canti-
dad de dinero que necesitaba con urgencia.
Sin comunicar nada á su padre, había exigido
que se le dijera donde se encontraba Julia para
ir á verla. En la imposibilidad de alcanzarlo,
se había contentado con remitirle la cantidad
que le pedía y que sacó, según me dijo, sin
duda haciendo un sacrificio, de sus pequeñas
economías de hija de familia.

—En esa carta me habla de V., añadió cam-
biando el tono sentimental en una sonrisa re-
pentina. Tenía intención de que V. la viera
algun día... Voy á traerla!

Y se levantó precipitadamente,

Yo quedé inmóvil.

Cuando ví la carta abierta ante mis ojos,

debía hacer mucho tiempo que Pepa estaba de vuelta, porque me dijo con impaciencia:

—Hace una hora que espero. Lea V!
La carta contenía estas líneas:
“Es cierto que te vas a casar con Andrés L...? Sé que está muy enamorado de tí. Es un corazón de ángel y un carácter noble que no he sabido apreciar sino muy tarde. Amale mucho y sé feliz. Si fuera posible que volviera a casarme no querría para esposo sino un hombre como él.”

Pepa no sospechaba siquiera todo el mal que me hacía con esa carta que mi emoción dejó deslizar por mis rodillas y caer.

A todo esto sucedió un momento de profundo silencio. Don Antonio meditaba y don Ruperto se paseaba á largos pasos por la sala.

Como las brumas espesas que se acumulan poco á poco sobre la cúspide de las montañas, yo sentía algo sombrío que iba envolviendo y oprimiendo mi corazón.

En ese instante conocí con mas evidencia que nunca que aun amaba á Julia.

—No es este ciertamente, me decía á mí mismo, el destino alegre y brillante que las esperanzas de la juventud prometían á esa pobre mujer.

—¿Qué va á ser de mí casado con Pepa, cuando viviendo al lado de Julia, la vea, la hable y la contemple á cada instante?

—Ese matrimonio sería al mismo tiempo un sacrificio y una iniquidad; no, no debo ni puedo realizarlo!

Pepa parecía comprender lo que pasaba por mi alma, y me observaba petrificada como un busto de mármol.

Como mi presencia en la escena que se esperaba podía ser inoportuna, me levanté para retirarme.

En ese instante, la sombra de un grupo que se acercaba lentamente á la puerta hizo volar todas las miradas.

Cada cual quería disimular la emoción porque se sentía dominado. El silencio aumentaba la tristeza y la solemnidad del momento.

Aquel fué un cuadro de familia íntimo, tierno, indescriptible que un pintor de sentimiento buscaría para inspirarse.

Julia traía de la mano una criatura de tres años: era su hija. Al verme titubeó, y se detuvo en el dintel de la puerta.

D. Antonio intentó ir hacia ella; pero embarazado por la emoción, se llevó la mano á la frente como para ocultar las lágrimas.

La palidez de la joven revelaba el sufrimiento. El aspecto de la madre y de la hija la tristeza de la miseria. Sin embargo, el dolor la embellecía. La aureola divina que le daban la humildad y el sufrimiento para bañar su rostro de tranquilos esplendores. Doña Clara la tomó con una mano, y pasando la otra por su espalda, la arrastró suavemente hacia don Antonio. La pobre chiquilla caminaba afligida sin comprender lo que pasaba.

Julia cayó inundada de llanto á los pies de su tío y pronunció estas palabras:

—Deslumbrada por el mundo y arrastrada por la vanidad, desoí los consejos de Vd. por unirme á un hombre que hizo mi desgracia. Ex-patriada de mi familia, desamparada de todos, sola, desvalida, mi expiación ha sido cruel. Héme aquí hoy perseguida por el infortunio, agobiada por la miseria y desfigurada por el dolor. Padre, perdón! Pepa, hermana mía, perdón!

El anciano, emocionado, levantó trémulamente á su sobrina, le estrechó la cabeza entre las manos y se inclinó sobre ella para llorar en silencio.

Pepa se echó sobre Julia, y enlazando su garganta con los brazos, quedó suspendida de ella con el rostro sumergido entre su cuello y su hombro.

Doña Clara contemplaba esta escena con una sonrisa triste, y D. Ruperto parecía tentado de llorar.

Yo no pude resistir por mas tiempo. Me pareció que la sangre huir de todo mi cuerpo y que mi corazón se vaciaba. El esfuerzo natural del llanto, que en vano luchaba por contener, contraía á pesar mio mis facciones. Me llevé el pañuelo al rostro y caí sobre un sillón sollozando roncamente y convulsivamente.

—Julia! Julia!—exclamé sin saber lo que decía.

Al verme, Pepa tomó la actitud de una persona que reflexiona y duda por un instante; despues se acercó á mí y me dijo:

—Yo no podría ser feliz casada con Vd. porque Vd. no me ama. Vd. tampoco lo sería conmigo porque ama Vd. á otra mujer. Devuelvo á Vd. su palabra empeñada y renuncio á este matrimonio. Es Vd. libre, Andrés. Esta es mi última resolución.

Me levanté, tomé sus manos entre las mías, y en la actitud de un hombre que bendice la Providencia, exclamé arrebatado:

—Gracias! gracias, Pepa!.... Es Vd. un ángel de bondad.

Despues suspendí hasta mis labios á la chiquilla azorada y le dije, besando su frente:

—Desde hoy eres mi hija!

Abri los ojos y me arrojé sobre el corazón de la madre.

Julia me recibió en los suyos.

—Julia!

—Andrés!—murmuramos.

Y permanecimos abrazados largo tiempo. Y llorando con la cabeza reclinada el uno sobre el otro.

Cuando D. Antonio, sorprendido por un momento de lo que pasaba, lo comprendió todo, me estrechó tiernamente contra su corazón.

Pepa dejó ver en sus labios una sonrisa y con la mayor ingenuidad del mundo volvió á abrazar á su prima, diciéndole:

—Pobre Julia! anoche, nada mas, hablábamos de tí.

Todo está arreglado.

Dentro de quince días, la bendición del Cielo habrá caído sobre el amor que me une á Julia. No había terminado Andrés cuando le dije:

—Pero ese matrimonio es imposible. ¿Te has olvidado de Alberto?

—¿No sabes?... me repuso sorprendido. Hace seis meses que murió en Valparaiso.

Entonces recordé el luto riguroso con que ha-

bia visto á Julia, en Chorrillos y que tanto me había chocado. Mi curiosidad olvidó preguntar á Carlos R.... la causa de ese luto.

—Como quiera que sea, dije seriamente á mi amigo, ese proyecto no solo me parece una debilidad de sentimiento sino una insensatez. No es Julia la mujer mas digna y pura á que tú puedes aspirar. Recuerda su escandalosa falta con el coronel T*... y medita que la sociedad entera conoce esa historia. Su pasado..... tu honra.... tu nombre....

—Calla! exclamé interrumpiéndome con precipitación: una sola palabra mas podría labrar un resentimiento profundo y eterno entre los dos. Yo no sería completamente feliz, como lo soy en este instante, si mis dudas respecto de la falta de Julia no se hubieran desvanecido y si no hubiera alcanzado la convicción de su inocencia.

Concebí el temor de que Andrés fuera víctima de una estratagema bien urdida. Me propuse desentrañarla y hacerle renunciar á sus proyectos.

—¿Cómo? le pregunté con esta idea, y sonriendo compasivamente.

Andrés se levantó, abrió un cajón de su escritorio y sacó un pequeño paquete de cartas que tenían el aspecto de escritas y guardadas hacia mucho tiempo.

—Reconoces esa letra? me dijo, abriéndolas y colocándolas sobre la mesa.

Reconocí á primera vista la letra y la firma del coronel T*... de cuya autenticidad no podía yo dudar.

—Pues bien! continuó mi amigo, ese hombre no ha cesado de perseguir y acosar á Julia un solo día: todas estas cartas le han sido dirigidas por él mientras ha permanecido en el convento.

Yo me precipité hacia las cartas.

Las recorrí todas una á una. Reconocí poco á poco lo infundado de mis temores, y á mi vez pude convencerme por su sentido explícito de la exactitud de lo que Andrés acababa de decirme. No me quedó duda de la inculpabilidad de Julia.

Habia entre todas una carta que esta había recibido antes de entrar al convento y cuya fecha, segun me hizo observar mi amigo con grande obstinación, pertenecía precisamente al día posterior de su borrascosa entrevista con Julia en el dormitorio de su casa. Esta carta, que va á leerse íntegra, revela por lo grosero y estúpido de sus términos el carácter del hombre que la había escrito.

“ 24 de setiembre 18... ”

“ Señora mía,

“ Anoche se ha visto entrar hasta el dormitorio de V. al joven L... que ha permanecido en él algunas horas, mas dichoso sin duda que yo. Si me hubiera apercibido anticipadamente de estos secretos y antiguos amores, me habría abstenido de aspirar, como un necio, á una dicha que otro poseía de antemano; y me habría explicado con facilidad la invencible resistencia de virtud tan *inmaculada*.

“ Hace quince días me ofreció V. dejar la casa que con gran perjuicio mio habita V. hasta hoy. Creo ridículo para mí que la convierta V. en teatro de escándalos como en de anoche, y ruego á V. me cumpla su promesa.

“ De V.

“ T*... ”

Al leer esta carta el alma de Andrés vacilaba entre la indignación y la alegría.

Yo quedé abismao meditando en las raíces que una calumnia llega á tomar en la conciencia pública.

La inocencia de Julia no podía estar mas claramente comprobada. Insistí sin embargo.

—No hay duda, le dije, tú puedes quedar satisfecho y tu corazón tranquilo. Pero ¿cómo persuadirás á la sociedad de la inocencia de Julia para evitar á tu nombre la compartición de tu afrenta?

—Y qué! ¿porque existe entre nosotros la facilidad de creer en la calumnia y de deshonrar una mujer por la jactancia de cualquier miserable, he de sacrificar mis afecciones y renunciar á la felicidad de mi vida? Bien comprendo que mi enlace con Julia me crearia en nuestra sociedad una situación rodeada de humillaciones que el alma honrada de un joven no puede soportar. Por otra parte, he meditado que nuestra permanencia al lado de Pepa tendria sus inconvenientes. Una dicha casual ha querido que la fortuna me favorezca durante los últimos meses. He ganado algunas defensas de importancia. Voy á vender esta casa que heredé de mi madre, á reunir todos mis recursos y á trasplantar mi amor y mi familia bajo otro cielo.

Ocho días despues de nuestro enlace debemos partir para B... No encontré qué contestar á tanta prevision. Sin pronunciar una palabra mas nos levantamos instintivamente, nos encontramos en medio de la habitación y nos estrechamos en un abrazo tierno, efusivo, prolongado que solemnizó nuestro silencio y que humedecieron nuestras lágrimas.

Andrés solicitó de mi amistad que corriera bajo el mayor secreto las diligencias preliminares para su matrimonio y que sirviera de testigo.

No tuve inconveniente alguno, y asistí á la ceremonia que se celebró de noche en casa de D. Antonio. Hubo una reducida é íntima reunión de familia, á la cual solo fueron invitadas cuatro ó cinco personas extrañas, entre las cuales se contaban Doña Clara y D. Ruperto.

Julia se hallaba vestida de blanco. Yo admiré cómo despues de algunos años que el infortunio había marchitado esa vida, podían conservarse dos mejillas tan frescas, dos ojos tan limpidos y una frente tan pura. Era aún la rosa de primavera. La sonrisa de sus labios irradiaba algo que renacía en ella al amor, á la alegría y á la dicha. La voluptuosidad de sus contornos no habían perdido un esplendor de juventud ni una sombra de languidez.

Pepa reia como una loca.

Llevado por el capricho, me acerqué á la joven desposada; sin ser sentido por ella me recosté en el espaldar del sillón que ocupaba, incliné la cabeza á su oído y le dije en voz baja sonriendo:

—¿Es Vd. feliz?

—No puedo serlo mas. Andrés me ha contado que ha sido Vd. el confidente de todas sus penas.

—¿Lo ama Vd. mucho?

—¿Necesito decirlo? Algun día será Vd. el confidente de su porvenir.

Quedé contemplándola un instante, y pensé que seis años de sufrimiento eran poco para recompensar tanta felicidad.

Cuando alcé la vista, Andrés acariciaba la frente de su hija adoptiva, preciosa criatura que se había dormido dulce y tranquilamente, con su cabeza de ángel sobre el corazón de mi amigo.

Hace tres años que Andrés L... reside en B... A... Tiene un nuevo hijo y Julia es la mejor madre de familia.

Yo iba frecuentemente á casa de D. Antonio á tomar noticias de Andrés. Siempre encontraba en ella y al lado de Pepa un joven de noble aspecto, de alta estatura y de fisonomía simpática. Segun sé hoy, es el futuro yerno de D. Antonio. Cuando Pepa fijaba tiernamente en él sus hermosos ojos azules guarnecidos por largas y torneadas pestañas negras, la mirada del joven revelaba el éxtasis del alma.

Se les conocía enamorados y satisfechos de su felicidad.

Santa Helena en 1866.

ANTES de 1815, fuera de los marineros y de los geógrafos, muy corto era el número de las personas que habían oído hablar de la isleta de Santa Helena perdida en medio del Atlántico,

... Escollo batido por la ola gemidora,

cuyo nombre, ligado desde entonces al mas grande infortunio al mismo tiempo que á la gloria mas grande de la época moderna; se ha hecho tan familiar como antes era desconocido.

En 1800, toda la parte cultivable de la isla, eran huertos y pastos, los últimos invadidos por las aliagas y las malezas. “Las únicas frutas que allí prosperan son los melocotones,” decía en esa fecha la *Enciclopedia Británica*. Las ranas devoran las berzas y las demas legumbres, las ratas destrozan los cereales de todas clases.

“La población no pasa de 2,000 almas comprendiendo 500 soldados y 600 esclavos, la mayor parte empleada en la pesca, que abunda mucho.

“La Compañía de las Indias hace que uno ó dos buques toquen anualmente en Santa Helena á fin de proveer sus habitantes de mercancías europeas.”

No faltan los escritos de todo género que nos informan de las modificaciones experimentadas en la isla con el tiempo y las circunstancias, desde los primeros años del siglo. Siempre, sin embargo, que el viajero quiere enterarnos de nuevo con este pequeño rincón del globo, todas sus palabras se escuchan con evidente interés no solo en el extranjero sino tambien en Francia. No son ciertamente los periódicos ingleses los últimos en aprovecharse de esta inagotable curiosidad pública. De este modo sucede que el otro día mismo uno de ellos, publicó sobre este asunto siempre nuevo, una relación pintoresca, cuyo espíritu prueba una vez mas cuánto han cambiado las ideas de los ingleses respecto del prisionero de la Santa Alianza, desde los tiempos de Hudson Lowe acá.

Por una parte la población se ha aumentado considerablemente, desde el año de 1800, pues se compone en el día de 7,000 almas, comprendiendo las fuerzas de tierra y mar; que se descomponen en europeos, indígenas, negros y chinos, estos últimos en muy corto número. Los indígenas parecen ser una mezcla de las razas orientales, resto de los esclavos emancipados de la Compañía de la India. Los negros proceden de los buques negreros capturados en la costa de Africa.

Han desaparecido casi las ranas y los ratones, y se cosecha en la isla bastante trigo, de modo que el gobierno ha juzgado conveniente construir un molino movido por vapor para hacer harina. El comercio se ha desarrollado bastante, siendo 905 el término medio de los buques de todas las naciones que han tocado en su puerto anualmente por los últimos seis años.

Como se sabe, Jamestown es la capital de la isla, que ante todo es una ciudad militar. El castillo Ladder Hill, que la domina, está situado á 600 pies ingleses sobre el nivel del mar; se sube por una escalera (que le da nombre) inclinada 45°, la cual se compone de 680 escalones en la roca. El sepulcro de Napoleon se halla á unos 5 kilómetros de la ciudad, en el valle del Geranio, así llamado por la yerba que allí crece silvestre y en abundancia. Se halla rodeado de cipreses. Ya no resta nada del sauce á cuyo tronco le gustaba sentarse al emperador Napoleon, de tal modo le han despojado de ramas y pedazos de la corteza para recuerdos.

Longwood se halla algo mas distante, á 8 kilómetros de Jamestown, y á mas de 400 metros sobre el nivel del mar. El autor de un folleto publicado en Santa Helena en 1855, dedicado á la nación inglesa, hacia un cuadro triste del estado de dilapidación en que se habia dejado caer la casa. “Con mis propios ojos he visto, escribia, la emoción que experimentan los extranjeros y los ingleses que visitan la vieja casa de Longwood. Sus paredes llevan el testimonio de la energía de este sentimiento; pues están sobrecargadas de arriba abajo de letreros en todas las lenguas de Europa, hechos con tiza, con la punta del cortaplumas, ó con lápiz, en que solo se respira indignación. Tres palabras, sobre todo, se ven repetidas hasta el infinito, y son estas: “Qué vergüenza oh ingleses!”

El autor del folleto en cuestion refiere que tan pronto como murió Napoleon “la vieja casa con sus dependencias, sagradas como debieron de haber sido, fueron convertidas en caballerizas, en chiqueros, en pajares y en basureros.” Arrancaron, agrega, el papel que cubria las paredes del cuarto donde dormía el grande hombre. El enlosado fué reemplazado por un grosero empedrado; tapiadas las ventanas que caian al jardin. De la misma manera fueron tratados su gabinete y cuarto de baño, haciéndose del todo una miserable caballeriza para los caballos de tiro de la honorable Compañía.

“Tras esta primer hazaña, la Compañía consiguió una máquina de trillar; cribas mecánicas, segures y otros magníficos utensilios de labranza, y, á falta de locales mejores ó mas adecuados, socavó la pieza donde el gran Napoleon exhaló el último suspiro, y de esta reliquia, formó una mala granja. En cuanto al jardin que el emperador apreciaba tanto, derribaron los muros de tierra, arrancaron las flores y los árboles, se enlosó el suelo, y allí se formaron chiqueros para desahogo de los cerdos, las aves y las reses, que componen el orgullo de la hacienda de la honorable Compañía, y á los cuales esta no juzgó cosa mejor que abandonarles el sitio objeto de la veneración de millones de hombres, destinado á ser punto de peregrinación en los siglos porvenir.”

En 1851, el gobierno de la reina Victoria dió en alquiler la finca, poniendo al arrendatario entre otras la condición de que debía arrasar la casa vieja; impidiendo que se llevara á efecto, únicamente el provecho que él sacaba del edificio. En el día la finca ha pasado al dominio de Napoleon III con la casa antigua y el sepulcro. En todas partes se han ejecutado las reparaciones posibles, á fin de restaurarla á su estado primitivo, y un reparador se ha instalado allí para atender á su cuidado y entretenimiento perenne.

Santa Helena está administrada por un gobernador asistido de tres consejeros. El gobernador actual es el almirante Sir Charles Elliot; y entre otras entradas, recibe un sueldo anual de 2,000 libras esterlinas, ó 10,000 pesos. Los miembros del consejo de este funcionario tan bien retribuido son, al presente, el secretario colonial, el procurador de la reina, y el comandante de la guarnición.

Fácil es concebir el interes que despierta una visita á Santa Helena. Si faltase una explicación, se la encontraría completa en las siguientes líneas, que citamos con tanto mas gusto, cuanto que proceden de una pluma inglesa. “De todas las colonias que posee la Inglaterra, dice el *St. Helena Guardian*, del 31 de agosto último, no hay quizas otra mas interesante para el viajero y el curioso que la isla de Santa Helena. A menudo los buques se desvían de su derrota para venir á contemplar los lugares testigos de los últimos momentos del hombre mas prodigioso y mas grande general que el mundo haya jamas producido. No hay estudiante de aldea que no haya leído la historia del destierro de Napoleon en Santa Helena, que no la haya oído contar en las baladas populares. No hay extranjero, sea la nación á que pertenezca, que al poner el pie en la isla, no crea honroso inscribir su nombre en el libro de los visitantes del sepulcro del inmortal guerrero, y llevarse consigo algunas hojas de los árboles que le dieron sombra. No hay persona en una palabra, que no haga cualquier gasto con tal de poder decir en todas partes que ha visitado á Longwood. Ninguna isla de las mismas dimensiones ha hecho tanto ruido en el mundo, ni otra á quien se le hayan consagrado mas volúmenes.”

No es solo Santa Helena una reliquia histórica; su situación á medio camino entre Inglaterra y la India le da una importancia especial, y punto de recalada para los buques á veces precioso. Mucho se elogia ahora su salubridad y la prensa inglesa ha insistido mucho en estos últimos tiempos para que se convierta la isla en una estación militar donde se aclimataen las tropas destinadas al servicio de la India.

Ya se hace la travesía de Falmouth á Jamestown en unos 20 días, y existe un servicio regular de paquebotes entre esos dos puntos

Pierna del “Dinornis” neo-zelandes.

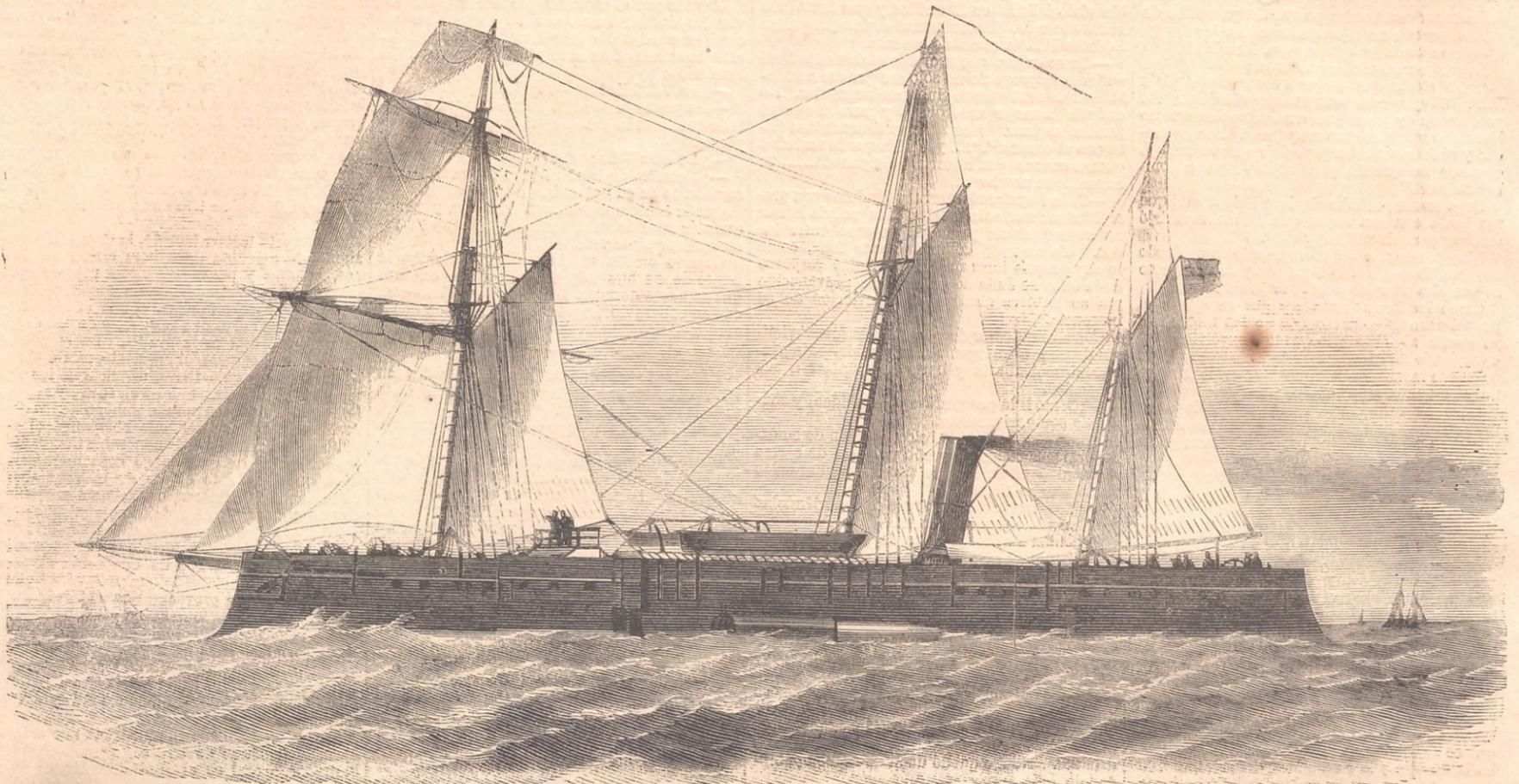
Una de las curiosidades mas notables que existen en el Museo de Dunedin, en Otago, es una colección de huesos del “Dinornis” ó pájaro gigantesco de ese país. Ante este se eclipsa casi el “Roc” del cuento de Sinbad de las Mil y Una Noches. Adjunto se verá un grabado que representa una de las piernas de esas aves, y su tamaño puede calcularse comparándola con el tamaño del hombre que la sujeta. La pierna se compone del fémur, la tibia, el metacarpo y el dedo de fuera. Se encontraron esos huesos en Glenmark, á unas 40 millas al Norte de Christ Church, provincia de Canterbury de Nueva Zelanda.

El Dr. Hector, eminente explorador de Nueva Zelanda, encargado del Museo de Dunedin, en Otago, ha encontrado huesos de Moa mucho mas pequeños, y á pesar suyo ha concluido con que se ha extinguido ahí esa clase de pájaros; pero por lo frescos que son los restos hallados se saca en consecuencia que la extinción se ha verificado recientemente, siendo así que se encontró una cabeza con la mandíbula inferior adherida á la superior. Las dimensiones de los huesos traídos á Madrás son las siguientes:

El Dr. Hector, eminente explorador de Nueva Zelanda, encargado del Museo de Dunedin, en Otago, ha encontrado huesos de Moa mucho mas pequeños, y á pesar suyo ha concluido con que se ha extinguido ahí esa clase de pájaros; pero por lo frescos que son los restos hallados se saca en consecuencia que la extinción se ha verificado recientemente, siendo así que se encontró una cabeza con la mandíbula inferior adherida á la superior. Las dimensiones de los huesos traídos á Madrás son las siguientes:

Largura.	Circunferencia máxima en la coyuntura.	Circunferencia mínima
Fémur.... 1p. 6 pul...	1p. 8½ pul.....	8 pul.
Tibia..... 3 “ 3 “	“ 1 “ 9 “	“ 9½ “
Metacarpo 1 “ 8 “	“ 1 “ 2½ “	“ 7½ “
Dedo..... 0 “ 9½ “	“	“

Suponiendo que la forma del pájaro sea poco mas ó menos como la del avestruz, esas dimensiones prueban que media de 12 á 15 pies de alto cuando estaba parado ó en movimiento.



LA CAÑONERA ACORAZADA INGLESA "WATER WITCH," CON LA NUEVA FUERZA MOTRIZ HIDRÁULICA.—PÁG. 146.

ANTIGUOS AVIOS DE ESCRIBIR.

CUANDO eran muy raros los libros y los mas grandes y sabios soberanos, tales como Carlomagno y Guillermo el Conquistador no sabian



ANTIGUOS AVIOS DE ESCRIBIR.

mas que hacer la señal de la cruz, cosa que hoy dia sacaria los colores á la cara á un oscuro campesino,—la posesion de los conocimien-

tos daba al hombre gran importancia y le rodeaba de inmunidades. El saber se refugió en los conventos, donde habitaban los hombres que querian llevar una vida contemplativa, lejos del fragor de los combates y del ruido y tentacion mundanales.

La imprenta cambió todo este estado de cosas, los conocimientos humanos empezaron á esparcirse y generalizarse, entre ellos la escritura, y cesaron de ser un privilegio de cierta clase social. Se multiplicaron los libros, se puso su precio al alcance de todos, y el pensamiento entró en una carrera de actividad y utilidad; como que habia desaparecido del todo el tedioso y duro trabajo de reproducirlos por la escritura. El grabado adjunto quiere representar la mesa y avios de escribir del copista del siglo XIII, hasta principios del XIV, que fué cuando se descubrió la imprenta. Las páginas en que trabaja se ven sobre la carpeta inclinada; arriba se ve el cortaplumas y allí cerca las plumas, en frente del copista. Tambien se ven botellas de tinta de dos colores y la ampolleta que le marca el tiempo. Sobre la derecha hay un par de tijeras y una especie de anteojos para aumentar la vista. Copiamos este interesante grupo de uno que existe en el Museo Borbónico de Nápoles.

Fabricantes japoneses de gorras de laca.

En general las artes industriales y las manufacturas de los japoneses igualan, si no aventajan á las de los chinos. Sus sedas y crespones son inferiores y de un ancho inconveniente para el uso extranjero, pues no tienen mas de un pié; los tejidos de hilo y algodón son ordinarios, aunque suaves, y tan baratos que no pueden competir con ellos los fabricantes extranjeros. Pero es en sus obras de laca en lo que ellos exceden no ya solo á los chinos, sino á cualquiera otro pueblo. El dibujo es siempre bueno, la ejecución excelente. Damos un grabado en que se representan dos japoneses fabricando gorras de laca, arte bien pagado y en gran favor en el Japon.

El mundo es un teatro,
La vida es un saineton,
Los hombres comediantes
Y el diablo el apuntador.

Anoche soñaba yo
Que dos rayos me mataoan,
Y eran tus hermosos ojos
Que enojados me miraban.

CHANZA FÚNEBRE.—Un actor del teatro de Mobila le ha legado su cabeza para que figure



MANUFACTURA DE GORRAS DE LACA.

en el el cráneo de Yorick, cuando se represente el Hamlet de Shakespeare.



PERSEGUIDO POR UN LEON.—"CON LA MANO DERECHA SUSPENDÍ EL RIFLE SOBRE MI CABEZA EN UN ARRANQUE DE CONSERVACION PROPIA.—PÁG. 147.

PATTY Y SU CANTARA, O BONDAD DE CORAZON.

CUENTO DE MAGIA.



LA HADA EN LA FUENTE.

ERA Patty una niña encantadora; tenía amor á todo el mundo, y á todas las cosas; y en cambio era premiada con el cariño de todos los que la conocían. Las palomas volaban de sus casillas y le arrullaban á rededor; las gallinas comían de sus manos; el gato se echaba á sus piés y maullaba con alegría. Todos ellos conocían lo buena que era aunque no lo podían decir.

Era muy aplicada: desde muy niña tenía costumbre de trabajar con ligereza, y hacia algunas cosas con bastante curiosidad; y en

compensará, le dijo la pobre vieja.

—Que le haga á V. muy buen provecho, respondió Patty.

Poco despues encontró un perro que jadeaba de calor y miraba á su cántara; vació un poco de agua en un hoyo, la cual lamió el perro, que despues de hacerle fiestas agradecido, se fué.

En seguida vió á unos niños cogiendo flores; como estaban cansados y sedientos, Patty les hizo juntar las manos en forma de tazas y les llenó estas tazas manuales con agua de la cántara. Vió unos jacintos que crecían á la orilla del camino, decayendo por falta de agua, y les echó la que le quedaba en la cántara, y al volver á la fuente vió una carita linda que la miraba, y de repente una de las ha-

das mas bellas se paró en el agua con la misma facilidad que Patty lo hacia en el suelo; y no era por cierto mas alta que la cántara. Y le dijo:

—¿Vuelves otra vez, buena niña?

—Sí señora, contestó Patty con sobresalto; sí señora, porque yo...

—Todo lo sé, dijo la hada, interrumpiendo á Patty; y por esa razon me ves aqui; porque yo no soy amiga sino de los buenos; y vengo ahora á hacerte un regalo.

—¿Un regalo! dijo Patty sorprendida y con alegría.

—Sí, y regalo que te durará como premio de tu buen corazon. Te sonrojás porque no te acuerdas de las muchas buenas obras que has hecho, y yo estoy muy contenta de ver que crees que te estoy ensalzando demasiado. Para premiarte voy á encantar tu cántara, de modo que esté siempre llena de agua ó de leche, á tu voluntad. Podrá tambien hablar y andar, y te será siem-fiel amiga en las cuitas. Confía en ella y nunca desesperes. Si la apartan de tu lado, te encontrará sin dificultad; ahora pon la cántara á tu lado, Patty.

Patty hizo lo que le mandaba.

—Ahora, mira para dentro de la cántara.

Patty lo hizo, y con grande admiracion vió que el agua iba subiendo hasta que se llenó la cántara; y luego le hizo á Patty una profunda cortesía.

—Ahora ve tras tu cántara, Patty, le dijo la hada. Y cuando hubo acabado de hablar se convirtió en miles de gotas cristalinas, que se confundieron y desaparecieron con la corriente.

Patty se pasó la mano por los ojos, con la esperanza de que despertaria de aquello que parecia un sueño. Tosió, se pellizó, corrió por la calle de arriba abajo, y al fin se convenció de que estaba despierta. Pero lo mas extraño de todo era ver la cántara parada en sus dos graciosas piernas de barro, esperando órdenes.

—Estoy lista para partir, señorita, dijo la cántara.

—Pues anda, le dijo Patty.

¿Dudarán Vds. de que la cántara la siguió de veras? pues la pasó, y siempre fué por delante en todo el camino; y aunque pasó por los lugares mas escabrosos, no derramó una gota de agua.

Por fin llegaron á un escalon muy alto.

—¿Quieres que te ayude á subir? le preguntó Patty.

—Oh no! respondió, subiendo los escalones del modo mas gracioso. Un perro que pasaba metió el rabo entre las piernas, y despues de dar dos ó tres ladridos, muy tristes, echó á correr de miedo.

El señor del lugar, viendo esta cántara extraña subir los escalones de aquel modo, se quedó sorprendido; pero cuando vió aquellas piernecillas moverse con tanta ligereza hacia él, dió un grito y huyó. Su sombrero salió por un lado, el baston de puño de oro salió por otro, y la capa voló por el aire como si tuviera alas.

No habia andado mucho cuando le flaquearon las piernas, y cayó dando con el pié en un árbol, y pidiendo socorro.

Patty no pudo ménos de reirse; pero la cántara siguió su camino sin darse por entendida, hasta que llegó á la puerta de la casa, en donde sorprendió á los padres de Patty. Cuando entró se sentó con tranquilidad en un rincon.

Patty se despertó por la mañana al oír ruido en el piso bajo, como si alguien estuviera trasteando en los muebles. Oyó que empujaban las sillas de un lado á otro, y en seguida, muy distintamente, el asa de una tina que se dejaba caer repetidas veces. Se vistió y bajó: al ver que seguía el ruido, echó una ojeada por

entre las cortinas, y vió no ladrones, sino la cántara; y; qué se figuran Vds. que hacia? qué? estaba barriendo el suelo; y muy bien que manejaba el palo de la escoba: y allí tenia la tina de agua á su lado como si hubiera servido de criada toda su vida; y para mayor admiracion estaba el fuego encendido. Habia puesto la olla en la lumbre, la cual cantaba á la sazón una cancion deliciosa, anunciando que estaba casi listo el almuerzo.

—Buenos dias, señorita, dijo la cántara sin la menor alteracion:—no se moleste V. en hacer nada que no sea crecer y adelantar mucho, porque V. va á tener muy poco que hacer siendo yo su muy humilde servidora.

¡Qué gusto para Patty! porque estaba creciendo mucho, y tenia deseos de adelantar en sus estudios; para lo cual habia tenido muy poco tiempo, ocupada con sus quehaceres domésticos.

Una noche que se quedó sola con la cántara, le manifestó lo agradecida que estaba, y cuánto deseaba aprender; pero que estaba pensando qué haria para conseguir libros, porque ya habia leído muchas veces los que tenia.

Oh! eso se remedia muy pronto, dijo la cántara, porque á medida de su deseo le daré yo á V. cuanto leche quiera: V. puede hacer mantequilla y queso, ó ir á venderlos al mercado; y así tendrá dinero de que disponer y podrá comprar todos los libros que quiera.

No acababa de decirlo cuando ya estaba hecho. Patty sacó fuera todas las vasijas que tenia y las que le prestaron los buenos vecinos; y tan pronto como venian la cántara corria y las llenaba; y así juntó bastante leche para hacer queso y mantequilla. No hizo mas que indicarlo y un vecino le prestó su mantequera, con la cual se puso la cántara á trabajar, y salió una mantequilla tan buena como no se habia visto en el lugar en mucho tiempo.

Así siguió creciendo y adelantando Patty hasta que se convirtió en una mujer hermosa, viviendo con sus padres cómodamente en una de las mejores casas del lugar; todo el mundo decia que ella era digna de tan buena fortuna, y no habia una alma que la envidiara; consideren Vds. lo feliz que seria!

Una noche que estaba dando de comer á las palomas, se aproximó á la puerta un desconocido, que, despues de mirarla por un momento, se quitó el sombrero de plumas que llevaba con mucha gracia y le suplicó que le dijera el camino mas corto para la próxima ciudad. Cuando ella habló la melodia de su voz y su encantadora modestia acabaron de admirar al desconocido. Hizo una cortesía y despues de un momento de duda siguió su camino.

Pero el desconocido aunque ya sabia el camino volvia siempre á preguntar. Por fin dijo á los padres de Patty que él era rico y deseaba tomar una esposa de quien hablase bien todo el mundo, ya que su riqueza lo ponía en libertad de escoger por sí mismo.

Los padres se sonrieron al ver al hermoso pretendiente, que no tuvieron por demasiado bueno para su querida Patty; y poco tiempo despues se casaron.

Fué grande la alegría que hubo en todo el lugar el dia de las bodas. Pero el desconocido que se casó con Patty la llevó á un palacio suntuoso, y la humilde Patty descubrió que su marido la habia hecho princesa y la rodeaba de todo lujo y esplendor. En medio de la magnificencia en que vivía Patty ahora, era la cántara tan buena criada y tan benéfica como lo habia sido en la humilde casa. Cuando venian los pobres á las puertas del palacio, se paraba allí y les echaba sopa en sus tazas para alimento de ellos y sus familias; y ellos no se olvidaban nunca de bendecir á la buena princesa.

Peró sin embargo, el mejor de nosotros no se puede librar de corazones envidiosos y de malas lenguas, y así le sucedió á la princesa Patty. Varios cortesanos infames, que envidiaban el amor que le tenia el pueblo, decían calumnias al oído del principe su marido, que al fin tuvo la debilidad de darles crédito; porque lo atemorizaron diciéndole que Patty estaba procurando sobornar el pueblo con sus limosnas para que se rebelara contra su principe, y sentarse en el trono ella sola; y que los espíritus malos la ayudaban, siendo la cántara uno de ellos.

Persuadido el principe al fin con estos enredos, la mandó encerrar en un calabozo, dejándola entregada allí á sus lágrimas. Mas no lloró por mucho tiempo, porque al llegar la noche abrió la cántara las puertas de la prision y le facilitó la fuga.

—Venga V. pronto, le dijo—vuelva otra vez á su tranquila



LA PRINCESA PATTY EN SU PRISION.

casa, y así le hará ver á su marido que es su corazon y no su reino, lo que V. apetece: á él le pesará lo que ha hecho cuando sepa que la ha perdido á V.

Patty siguió á la cántara; pero no habian andado mucho cuando vió que iban perseguidos por varios soldados.

No se asuste V. querida ama, dijo la cántara—yo haré parar á estos perseguidores.

Y diciendo esto se inclinó á la orilla de la peña y echó un rio de agua en el valle por donde



LA CÁNTARA DETIENE Á LOS PERSEGUIDORES.

de venian. Los soldados salieron á nado á la orilla mas cercana, dándose por bien servidos de poder salvar la vida.

Aquella noche durmió Patty bajo el techo paterno. Por la mañana temprano ya estaba en su jardin, y procuraba ser feliz y olvidar lo pasado trabajando constantemente y haciendo á otros felices; pero el pensamiento la llevaba á la casa de su marido, y la entristecia la falta de cariño con que él recompensaba el amor que ella le tenia. La cántara siempre estaba á su lado y la consolaba cuando estaba triste.



EL PRÍNCIPE ENCUENTRA A SU PERDIDA PATTY.

Una mañana se levantó Patty mas temprano que de costumbre, porque no podia dormir; salió á tomar el aire puro y su frente febril se refrescó con el viento frio: miró á su alrededor y vió á su amiga, la cántara, arreglando las flores como el mejor jardinero.

—Buenos dias, le dijo esta—se ha levantado V. muy temprano; pero me alegro mucho para que vea V. que estoy cuidando el jardin con mas esmero que otros dias; porque espero visita.

—Visita! exclamó Patty. (Vé. pag. 159.)



PATTY VUELVE EN TRIUNFO.



EL SUSTO AL VER LA CÁNTARA.

punto á costura servia de ejemplo en la escuela, en donde su obra se ponía de modelo.

En uno de sus viajes á la fuente á llenar su cántara de agua fresca, experimentó el mayor acontecimiento de su vida; el cual nos enseñará que debemos estar siempre dispuestos á hacer una buena obra á cualquiera.

Patty habia llenado su cántara en la fuente y la llevaba á su casa (que no era por cierto poco trabajo cargarla llena) cuando, cerca de ella, vió á una pobre vieja casi desfallecida, arrimada al tronco de un árbol caido. Tenia la



LA CÁNTARA ES UNA BUENA CRIADA.

cara llena de arrugas, y los ojos tristes y hundidos; y llevaba un lio en la espalda, que pesaba lo suficiente para un hombre fuerte.

—Buena niña, le dijo, déjame refrescar los labios con un poquito de agua de tu cántara, porque soy muy vieja, y estoy desfallecida.

—Con mucho gusto, dijo Patty, levantando la cántara para que la pobre mujer apagara la sed.

Bebió aquella infeliz con mucha ansia, y en tanta cantidad, que Patty se quedó sorprendida.

—Gracias, amable niña; el cielo te lo re-



EL PRÍNCIPE ADMIRA Á PATTY.

PUBLICACIONES

DE

FRANK LESLIE.

SEMANALES.

"Frank Leslie. Ilustracion Americana."
 "Frank Leslie's Illustrated Newspaper."
 "Frank Leslie's Chimney Corner."
 "Frank Leslie's Illustrirte Zeitung." (Aleman.)
 "Frank Leslie's Boy's and Girl's Weekly."

MENSUALES.

"Frank Leslie's Budget of Fun."
 "Frank Leslie's Ladies' Magazine."
 "Frank Leslie's Pleasant Hours."



Calle de Pearl No. 537.

NUEVA YORK, 26 DE DICIEMBRE DE 1866.

"EL TELÉGRAFO."

SUPLEMENTO GRATUITO A LA

"ILUSTRACION AMERICANA."

Con este título comenzamos hoy á publicar un papel de cuatro páginas, suplemento á LA ILUSTRACION, que contendrá las últimas noticias, tanto políticas como de otra clase, del país y del extranjero, y las competentes revistas marítima, comercial y del mercado.

1º. Publicará EL TELÉGRAFO, además de las noticias, revistas detalladas del mercado monetario de Nueva York y Londres, el movimiento marítimo de los Estados Unidos y de la América española, así como tambien los precios corrientes de las principales producciones de esos países en su comercio con el mundo, y las exportaciones de esta plaza.

2º. EL TELÉGRAFO tratará de no mezclarse en polémicas políticas ó religiosas, pero sí cuidará de tener al corriente á sus lectores de todo lo que ocurra, extractando para ello sus noticias de los periódicos que merezcan mas fé.

3º. EL TELÉGRAFO como órgano imparcial de los intereses hispano-americanos, se esforzará en hacer conocer los recursos de esos Estados, y para ello publicará todos los documentos públicos, mensajes de presidentes, discursos de gobernantes, memorias de ministros, estados de aduanas, noticias estadísticas y bibliográficas, y de empresas de utilidad general. Como no podrá llenar debidamente esta parte de su misión sin la ayuda de los amantes del progreso de las instituciones y países hispano-americanos, los editores de EL TELÉGRAFO recibirán con gratitud todo papel, documento ó apunte que se les envíe con ese digno y civilizador objeto.

A LOS LITERATOS.

PARA llenar como es debido la misión civilizadora del periódico ilustrado, cuya publicación regular hemos emprendido desde el 7 del corriente, solicitamos la cooperación de los escritores de la América española. Nuestra empresa es grande cuanto difícil, útil al mismo tiempo que interesante, cumple pues que digamos con franqueza que no bastan nuestras propias fuerzas para llenarla en todas sus partes con felicidad. No sería tampoco el periódico el reflejo de la civilización y del carácter americano, si su redacción se redujese á las producciones meramente de sus actuales redactores. Por eso anunciamos que recibiríamos con gusto toda composición en prosa ó verso, tales como novelas, cuentos, descripciones de viajes ó de países, de costumbres ó hábitos, biografías, disertaciones, poesías, etc. escritas con brevedad y sencillez, en estilo claro y ameno, propias de la índole de este periódico.

Las composiciones que se nos remitan para su publicación en LA ILUSTRACION AMERICANA, las pagaremos al precio que se convenga entre el autor y los redactores, con arreglo á una pauta que en su caso daremos á conocer. Preferiríamos, sin embargo, que cada autor fijase el precio de su composición á tiempo de remitirla á esta oficina. Si no la aceptamos, la detendremos hasta que se reclame, esperando que entónces se nos envíe el porte de correo para la devolución.

AVISO.

El editor de LA ILUSTRACION AMERICANA participa á sus favorecedores que no autoriza suscripciones por ménos del precio anunciado, persuadido de que, con el TELÉGRAFO gratis, dicha publicación, á ese precio, es la mas barata de su clase en el mundo. Los señores que se suscribieren á ménos precio que el publicado, por conducto de agentes ú otras personas, deberán entenderse directamente con ellos, pues este establecimiento no saldrá responsable en tales casos.

El Invierno y sus diversiones.

El rigor del clima no podía impedir, siquiera retardar el juego de su actividad ni el progresivo desarrollo de su industria, á un pueblo tan activo é industrial como sin duda lo es el americano. Léjos de eso, los inconvenientes de la estación fría, no parece sino que le infunden nuevo vigor, duplicada energía. Se hielan las aguas de los ríos, la nieve ha sustituido á las lluvias, la temperatura baja hasta helarse la sangre en las venas, ya ha cesado toda vegetación á campo raso, la naturaleza parece muerta, sin embargo, eso no paraliza el movimiento comercial é industrial, y si aquella se cubre con un sudario, el hombre del norte se cubre con sus mejores galas y respira mas vida. Los vapores no surcan sus caudalosos ríos, los de pasaje encuentran estorbos; pero donde no entra la quilla, puede deslizarse la rastra ó el trineo, y este generalmente sustituye al carruaje de ruedas en las calles de la ciudad y en los caminos, que sin eso, la nieve interrumpiría las comunicaciones.

Así como el calor de la economía animal se refugia en el estómago porque la superficie del cuerpo humano se enfria, así la vida y la actividad de los hombres del norte, se concentran en las poblaciones. Aun en ellas los invadiría el

frio y estorbaría sus ocupaciones y recreos, si su ingenio, aguzado por la necesidad, no les hubiera sugerido los medios de calentar sus casas, en algunos casos al modo con que las venas del cuerpo humano llevan el calor y la vida á todas partes del mismo. En el escritorio del comerciante, en el almacén público, en la oficina del impresor, en la tienda del especiero, en los ricos salones del hotel, en el teatro, en el templo, en el hogar del rico y del pobre, se puede graduar el calor de la temperatura al antojo, y cristales adentro se olvida uno que el bórrea reina soberano en las calles. El Congreso de la nación abre sus sesiones, y mientras los políticos debaten y deciden las cuestiones mas áridas y difíciles, los ciudadanos llenan los teatros, y los salones de baile.

Pero las diversiones favoritas de este pueblo en el invierno son las carreras en trineos, y el patinar. La primera sin embargo, para que se efectúe ó sea completa, depende de la mayor ó menor cantidad de nieve que cae, y de la mayor ó menor consistencia que conserva en el suelo; la segunda tiene lugar siempre que la temperatura baja hasta el punto de helar. Tal sucede precisamente este año. No ha nevado todavía á la fecha en que redactamos estas líneas, y con todo eso, ya se anuncian abiertos los patinaderos públicos y privados en esta ciudad de Nueva York.

El patinar es en este país una diversion no ya solo bella y saludable, sino necesaria. De algunos años acá, las jóvenes americanas toman en ella tanta ó mas parte que los mismos caballeros, sobre todo desde que se formaron los patinaderos del Parque Central y la Quinta Avenida. Le prestan doble encanto esta circunstancia y la de celebrarse generalmente de noche, cuando las luces de calcio ó los rayos de la luna con que se ilumina el patinadero, transforma en fantásticas las figuras de las graciosas patinadoras. El ejercicio es violento, al mismo tiempo que airoso, y como la patinadora posea alguna gracia ó habilidad, de seguro que convierte la diversion en motivo de arrobamiento para el espectador extraño.

Ni este trita y se impacienta, mientras los patinaderos sudan y se sofocan, haciendo graciosos giros en el bruñido espejo de hielo; porque á todo ha proveído la industria americana. Los patinaderos públicos y privados de esta ciudad están provistos de cabañas ó garitas bien abrigadas y calentadas con estufas, tanto para ajustarse el patin antes de entrar en campaña, como para ponerse al abrigo del aire y del frio, los que acuden cual meros espectadores ó han cesado de tomar parte en los ejercicios. Para adestrarse en patinar sobre el hielo, han inventado unos patines de ruedas, con los cuales es fácil aprender á deslizarse, sin exponerse á un costalazo que con frecuencia cuesta la vida al patinador.

James Gordon Bennett.

JAMES GORDON BENNETT es hoy el veterano de los periodistas de los Estados Unidos. Nació en 1800 en New Mill, Keith, Banffshire, Escocia. A la edad de 14 ó 15 dejó la escuela de su lugar nativo y entró á estudiar teología en el seminario católico de Aberdeen; pero al cabo de dos ó tres años, cambió de parecer, y se embarcó con un joven compañero en abril de 1819, con destino á América y desembarcó en Halifax, bien escaso de recursos. Empezó enseñar para vivir, mas no satisfecho de la compensación, salió para Portland por tierra, y en el estío de aquel año entró en Boston. Allí hizo amistad con un caballero inglés, William Wells, librero, quien le colocó en su establecimiento de corrector de pruebas de imprenta. Entónces publicó algunos versos que le inspiraron sus paseos en las cercanías de Boston.

En 1822 vino á Nueva York, y de un modo ú otro mantuvo correlacion con la prensa; con cuyo motivo Mr. Wellington, editor del *Charles-ton Courier*, le indujo á pasar á la metrópolis de la Carolina del Sur, bajo el carácter de traductor de los periódicos españoles que se recibían en la imprenta. Escribió y publicó en dicho papel algunos artículos originales y poesías. A los pocos meses, sin embargo, volvió á Nueva York y trató de establecer una escuela comercial, aunque sin fruto. Despues, sin mejor éxito, dió algunas lecturas sobre economía política en la iglesia Dutch de Ann Street. Compró con todo eso en 1825 el *Courier* de Nueva York, periódico dominical, con el cual tampoco hizo negocio; y se ocupó en escribir y relatar para otros periódicos, hasta 1826 en que entró de redactor del *National Advocate*, periódico democrático. Desde entónces Bennett tomó parte muy activa en la política, escribiendo mucho en contra de la tarifa, y sobre bancos. Cambió de dueños el periódico de que era coredactor, que alzó bandera por John Quincy Adams para Presidente, cuando Bennett en la primavera de 1827, se retiró de la redacción, pues estaba por Martin Van Buren, á la sazón senador de los Estados Unidos.

En seguida él, en compañía de Mr. M. Noah, estableció el *Enquirer*. Entró entónces á componer parte del Club Tammany y en la agita-

cion presidencial de 1828 se declaró el firme campeón de Jackson. Como corresponsal del *Enquirer* residió algun tiempo en Washington; y habiéndose fusionado ese papel con el *Courier* en 1829, Bennett volvió á su redacción y en el otoño siguiente adquirió una parte en la empresa. Dos años mas tarde publicó una serie de artículos sobre el sistema de bancos en los Estados Unidos y en defensa de la actitud que habian tomado el Presidente Jackson y el partido democrático, acerca de la pretension del partido whig sobre que se concediera nueva cédula al Banco de los Estados Unidos.

En 1832 la diferencia de opiniones políticas entre el coronel W. Webb y Bennett ocasionó la separacion del último de la redacción y sociedad del *Courier and Enquirer*, y de sus resultados creó pronto despues el *Globe*, diario dedicado á la defensa de Jackson y Van Buren; pero solo vivió un mes. Luego compró una parte del *Pennsylvanian*, diario que se publicaba en Filadelfia, y allí pasó á redactarlo como redactor principal. No tardó, sin embargo, en volver á Nueva York; lo que ejecutó en 1834, para poner por obra el plan de un nuevo diario, en que hacia tiempo meditaba; y en mayo de 1835 dió á luz el primer número de su despues famoso *Herald*.

Desde el comienzo la celebridad de ese periódico ha corrido parejas con su buen éxito como empresa lucrativa. Se dice que Bennett trató de inaugurarla en compañía de Horace Greeley, el demagogo, que entónces tenia imprenta; pero negándose este, formó sociedad con otro individuo y continuó así hasta el incendio de la oficina del *Herald*. Despues de ese siniestro, Bennett quedó como único dueño y redactor del periódico. Y desde luego éste adoptó una política y un carácter, que, juntamente con la gran actividad desplegada en su redacción, le han adquirido la gran popularidad de que goza hoy día. Es, por otra parte, uno de los establecimientos de su clase mejor montados en este país, y el que primero introdujo las prensas de Hoe, movidas por vapor, para imprimir el periódico; que de este modo puede hacer ediciones de 140 y 170,000 ejemplares diarios, mas que ninguno otro en el mundo. Si sus gastos son enormes, sus entradas, son pingües, y el dueño del *Herald* es al presente un gran capitalista. Pronto la oficina de ese diario con todas sus dependencias se pasará al nuevo edificio de mármol blanco, que se está concluyendo á toda prisa, en la esquina de Ann Street y Broadway, donde estuvo el famoso museo del patrañero Barnum. El terreno solo costó 400,000 pesos.

Mr. James Gordon Bennett, como le place llamarse, es alto, ancho de espaldas, la cabeza grande, la frente elevada, las facciones irregulares y marcadas, y bizco; es, pues, y ha sido siempre un hombre feo, como ya se podrá advertir por su retrato, de un exacto parecido, que damos en la página 148. La expresion de su semblante es fría, séria y resultea; lo que impide que se le trate nunca con franqueza, aun cuando sea cortés y accesible por educacion y por hábito. Como escritor es agudo y perspicaz. Sobre todo posee Mr. Bennett tacto admirable para discernir la fuerza y la direccion del sentimiento público y acomodar á ellas la política de su papel. A esto, mas que á ninguna otra causa, debe el *Herald* la gran popularidad de que goza; porque no hay que hacerse ilusion, el arte de prosperar en las empresas periodísticas consiste en saber y querer siempre halagar las pasiones populares.

Cesar Gandin.

HAY en la vida de César un lado que no ha tocado su ilustre biógrafo, nos contraemos al lado sensual que no es ménos curioso.

Cesar era lo que se llamaba en su tiempo, un delicado. Era de estatura elevada, blanco de rostro, los ojos negros y centelleantes. Grueso, pero muy ágil, excelente en el manejo de las armas y los caballos, y llevaba hasta la nimiedad el cuidado de sí mismo. Se le reprochaba el hacerse arrancar los bellos despues de rasurado. Se perfumaba al salir del lecho, despues del baño, ántes de la comida y al acostarse. Se frotaba todo el cuerpo con aceites odoríferos; impregnaba de esencias sus vestidos, quemaba noche y día aromas en su cuarto, comía en todas las artesas, bebía toda clase de bebidas. Su traje era exquisito, su toga siempre guarnecida de anchas franjas que le bajaban hasta las manos. Por encima de su latiguero se ataba un cinturón muy holgado y ancho, y para disimular en lo posible su calvicie, amontonaba sobre su frente los pocos cabellos que tenia. El día en que el senado romano le concedió el derecho de llevar una corona de laureles, fué quizás el mas hermoso de su vida.

En su primera mocedad, César lo pasaba muy mal en el barrio Suburra. Pero nombrado gran pontífice, la república le dió un palacio en la Via Sacra. Le gustaba mucho el lujo y la magnificencia de los muebles; hasta el campo de batalla llevaba madera incrustada para adornar su tienda. Su habitacion era magnífica. Se le acusaba de haber amontonado obras de arte pilladas en las ciudades enemigas. Cuando invadió á Inglaterra, se dice que fué allí con el objeto de recoger perlas con las cuales se divertía en comparar su peso y tamaño, y con el de robar las estatuas y los cuadros y pagar á

cualquier precio la belleza y juventud de las esclavas. Era pródigo, tenia caprichos muy costosos, y á veces cometia locuras. En su comedor, todos los días se ponian dos mesas, la una para las personas de distincion, la otra para las de rango inferior. En cierta ocasion, hizo echar abajo una casa de campo cuya construccion le costó mucho dinero, porque no llenaba en todo su gusto. Otra vez dió á Servilia, madre de Bruto, una perla que valia seis millones de sestercios, \$232,500 de nuestra moneda. Le gustaba mucho el sexo débil, quizás demasiado para un grande hombre. Le ocurrió una vez hacer una ley por la cual se reservaba el derecho de casarse con muchas mujeres. Sin hablar de Cosucia, dama que repudió al salir de la infancia, á los 16 años, tuvo tres mujeres, Cornelia, Pompeya y Calpurnia. Hay muy poco que decir sobre Cornelia y Calpurnia, sino que eran muy lindas. Pompeya es la mas célebre, á causa de la palabra famosa que todo el mundo conoce. Su belleza era rara: pequeña, dengosa, traviesa, tenia las narices arremangadas, los labios algo gruesos, los ojos vivos y negros, nadando en una mar de voluptuosidad.

Las queridas de César no tienen número; las mas conocidas son: Postumia, Lalia, Fertula, Marcia. Pero á todas preferia Servilia para quien compró la célebre perla y á quien prodigó regalos y tierras. Un día vistas estas prodigalidades, dijo Ciceron en tono de chanza: Servilia dió su hija á cuenta. Y parece que Ciceron decia la verdad. Se sabe que César en sus campañas desbalijaba los templos de los dioses enriquecidos de ofrendas y de regalos; no respetaba mas el lecho nupcial de los vencidos. Cuando su triunfo despues de la guerra de las Galias, sus soldados de voz en cuello cantaban en las calles de Roma: "Ciudadanos, cuidado con vuestras mujeres, que aquí traemos al libertino calvo. El ha derramado en las Galias enamorando todo el oro que habia tomado en Roma."

En el número de las queridas de César se cuentan muchas reinas, de las cuales las mas conocidas son: Eunoe y Cleopatra. Eunoe era mujer de Bogudo, rey moro, lo que hace suponer que tenia el pellejo de color de ébano. De Cleopatra, César tuvo un hijo que llevaba su nombre y que quiso hacer su heredero. Era locura el amor que sentia por la voluptuosa reina de Egipto. Un día subió el Nilo con ella hasta la Etiopia sin la oposicion de su ejército, que se negó á seguirle. Cuando la hermosa Cleopatra fué á Roma no la despidió hasta que no la hubo cargado de dones y de honores. En Roma, lo mismo que en Alejandría pasaba á menudo las noches á la mesa con ella. Nada mas extraño que estas comidas nocturnas. Los muros del salon de comer estaban cubiertos de los mas amorosos cuadros de la mitología: Pasifae y el toro, el Cisne y Leda, el Águila y Ganimede, Danae y la lluvia de oro. En torno de las cornizas danzaban sátiros y bacantes, tallados en bajo relieve; lámparas de oro sujetas por cadenas de filigrana pendian del cielo raso, estatuas de bronce, de plata y de mármol se veian esparcidas aquí y allá, en medio de vasos etruscos y de muebles dorados de Corinto. En el centro habia una mesa redonda de cedro, con el borde todo de oro, cargada de piedras preciosas y patas de marfil. Y en torno, lechos con cojines de púrpura, bordados de flores y recamos de oro. Los amantes y sus convidados con la frente coronada de rosas, acostados indolentemente, comían en platos rojos y bebían en copas de cristal de roca coloridas é incrustadas de esmeraldas. De pié detras jóvenes esclavas con los cabellos largos y rizados, adornados de collares y de cintos de oro, vestidas con túnicas blancas, sujetas por delante sobre la rodilla y por detras en la pantorrilla por cintas de vivos colores. Las unas llenaban las copas vacías; las otras sostenian conversaciones voluptuosas; los músicos tocaban la flauta; las bailarinas casi desnudas, cubiertas con un velo dorado giraban á compas y cantaban; los histriones frotados con aceite odorífero y cargados de anillos y cascabeles de oro representaban pantomimas. ¿Sentia calor Cleopatra? una joven esclava le hacia aire suavemente con un abanico verde, mientras otra espantaba las moscas con un ramo de mirto. ¿El vino perfumado de Chipre entorpecía los sentidos de César? una *troubadour*, le pasaba la mano por el cuerpo y le frotaba para poner en circulacion la sangre. No dice la crónica si ese día, bebió Cleopatra como en otra ocasion, en la cena con Antonio, una perla de 250,000 escudos en el vino. Pero al fin de la orgia cuando César dejó su triclinio y se pasó al de su indolente querida, desaparecieron como palomas los esclavos y los comensales hicieron como que roncaban.

ESTADÍSTICA DEL MUSEO DEL LOUVRE.—Los museos de pintura del Louvre cuentan en este momento 2,000 cuadros, de los cuales 560 son de las escuelas de Italia, 620 de las escuelas del Norte, 700 franceses, 25 de la escuela española, el resto de diversas escuelas.

De las escuelas de Italia, 12 cuadros son de Rafael, 3 del Corregio, 18 del Ticiano, 22 del Albano, 13 de Pablo Veronese, 9 de Leonardo de Vinci, 8 del Perugino, 4 de Giorgion.

Las escuelas del Norte están representadas por 42 cuadros de Rubens, 22 de Van Dyck, 11 de Gerard Dow, 17 de Rembrandt, 11 de Felipe Wouwermans, 14 de Teniers, 7 de Adriano Ostadt, 6 de Ruysdael, 2 de Hobbema, 11 de Berghem, 10 de Van Huysum, 3 de Licas de Leyden, etc., etc.

La escuela francesa cuenta 40 cuadros del Poussin, 48 de Lesueur, 16 de Claudio Lorrain, 20 de Felipe de Champaigne, 17 de Sebastian Bourdon, 26 de Lebrun, 12 de Maignard, 41 de José Vernet, 1 de Largilliere, 1 de Watteau, 13 de David, etc.

La escuela española cuenta 11 de Murillo y 6 de Velasquez.



LECCIONES ORALES DEL ABUELO.

LA ESCRITURA.

La palabra bastaría para transmitir las ideas de unas generaciones en otras si los hombres la repetirían siempre como les fué comunicada; pero por interés unas veces, por ignorancia otras, y por falta de memoria las mas, suele la palabra pasar tan alterada de los labios de los hombres de una época á los de las subsiguientes que fué necesario cuando se quiso dar á conocer á la posteridad algun hecho de importancia buscar para transmitirlo un medio mas seguro que la tradicion oral. Demas de esto la palabra no puede salvar las distancias, y como el hombre tuvo en muchos casos necesidad de comunicarse con los ausentes, inventó la escritura, arte por el cual se expresan los pensamientos por medio de signos convencionales.

No se sabe ni quien fué el inventor de tan maravilloso arte ni tampoco en qué época empezó á ponerse en práctica; pero vemos que desde los tiempos mas remotos los hombres han poseído medios de estampar en los monumentos los grandes hechos de su historia y en lo que hoy llamamos libro las máximas y principios religiosos que habian aprendido de sus antepasados y querian transmitir á sus descendientes.

Ustedes saben que Moisés presentó al pueblo de Israel tablas en que estaban escritos los mandamientos de la ley promulgada tan solemnemente en el monte Sinai, y como Moisés no reclama el descubrimiento, es probable que aprendiera el arte de escribir en la corte de Faraon donde habia sido educado con el mayor esmero.

Pero no crean ustedes que la escritura en los tiempos antiguos alcanzó el grado de perfeccion que hoy tiene en nuestros dias; ella como todas las artes humanas ha ido progresando con el transcurso de los años, lo que puede advertirse estudiando los monumentos que han sobrevivido á la ruina de los grandes imperios de la antigüedad.

En los primitivos tiempos, cuando los hombres quisieron comunicar á la posteridad los grandes hechos que ellos presenciaron, elevaron columnas de piedra, mas ó menos toscamente construidas, en torno á las cuales en ciertas épocas del año cantaban himnos y versos para ensalzar á sus divinidades y á sus héroes; canciones que los padres enseñaban á los hijos para que estos á su vez las transmitieran á la posteridad.

Cuando los hombres hicieron mas progresos en las otras artes, pintaron ó grabaron en el monumento el hecho que querian dar á conocer á las generaciones futuras; pero como ustedes bien comprenden la representacion de objetos no basta para explicar todos los incidentes de un acontecimiento importante ni tampoco pueden expresarse de ese modo las ideas abstractas y las cosas invisibles. Entónces hubieron de juntarse estas por signos convencionales y simplificarse tambien las figuras que representaban los objetos materiales. Asi para indicar la Providencia se pintaba un ojo, para la ligereza el pájaro, para la Eternidad una serpiente mordiendo el extremo opuesto: el ala bastó para indicar todo el pájaro, la mano el cuerpo del hombre, la humareda el fuego, el cetro el gobierno, la corona el rey, etc.

Todavía son estos medios muy imperfectos para transmitir las ideas y exigen mucho tiempo y estudio para conocer el valor de cada uno de los muchos signos que se necesitan para expresar todas nuestras ideas y pensamientos. Dichos signos solo expresan cosas y no palabras; mas ya los hombres habian dado un gran paso á la perfeccion del arte, y al querer representar los sonidos de la voz humana inventaron signos para expresar un gran número de ellos. Esta especie de escritura es la que hoy usan los chinos y consiste en pintar cada sílaba por medio de un signo, de modo que hay que aprender á trazar una multitud de estos para representar todas aquellas.

Cuando los hombres llegaron á este punto fácilmente advirtieron que todos los sonidos de la voz humana se reducen á cierto número de articulaciones, y descubrieron entónces el alfabeto, mediante el cual se escriben todos los vocablos de un idioma. En muchas de las letras—que son los signos que representan los sonidos—parece haberse copiado la forma que toma el órgano de la palabra al emitirlos: así la B tiene la figura de los labios, la O la de la boca cerrada etc. Un exámen minucioso de los alfabetos de todas las lenguas demuestra que los caracteres que usan tienen mas semejanza de la que aparece á primera vista.

Todos los pueblos que conocen la escritura no escriben del mismo modo. En Europa se trazan las letras de izquierda á derecha: en Oriente de derecha á izquierda: los mejicanos escribian en direccion perpendicular, los chinos y japoneses oblicuamente y en los primeros tiempos de la Grecia se usaba la escritura llamada *Bustrofedon*, que consistia en trazar los renglones de derecha á izquierda y *vice versa*.

La materia en que se ha escrito ha sido tambien diferente: escribióse en pergaminos, en cortezas de árboles preparadas para el objeto, en hojas de palmeras, en tabillas de cera endurecida pero no tanto que no pudiera borrarse lo escrito, en vitela, en papiro, y finalmente en papel.

Pergamino es la piel de la res limpia del vellon, de la humedad y jugo de la carne, raída, adobada y estirada que los antiguos pulian con la piedra pómez para escribir mas fácilmente en ella. La vitela es la piel de vaca ó ternera que suele ser mas fina que los otros pergaminos. El papiro es una hermosa planta que se cria en las riberas del Nilo en cuya corteza, despues de algunas preparaciones, escribian los egipcios.

En las materias duras se usó para escribir del cincel y del buril ó de palos aguzados cuando se empleaban substancias mas blandas. Despues sobre las tablas enceradas se escribió con un punzon de hierro ó plata que se llamó *estilo*, palabra que hoy se aplica á la manera peculiar con que se expresa cada escritor. Tambien se trazaron letras con cañas, y finalmente hoy lo hacemos con plumas de gansos ó con las que se manufacturan de acero ú oro.

Si algun dia visitan ustedes un museo histórico verán entre otras mil curiosidades, cadáveres de hombres y animales embalsamados que se llaman *momias*, y que tienen muchos miles de años de duracion. En las cubiertas de estas momias hay pinturas de animales, signos al parecer caprichosos, líneas, etc., que son los caracteres llamados *geroglíficos*, de que se valian los egipcios para escribir lo que solo ellos entendian. Estos mismos signos se ven en todos los monumentos que aun existen en Egipto ó que han sido transportados á los museos europeos. Hombres sabios y entendidos en lenguas orientales se han dedicado á decifrar esos caracteres, y si bien no han logrado formar un alfabeto geroglífico, han conseguido descubrir alguno que otro nombre grabado en aquellos monumentos.

Mientras los hombres no tuvieron otros medios para escribir que los que ya hemos visto, era empresa que exigia mucho tiempo y trabajo el copiar las obras de los grandes escritores, y á la paciencia de los monges cristianos se debe que haya llegado hasta nosotros la mayor parte de los trabajos literarios de la antigüedad. Copiaron en pergaminos con el mayor cuidado y la mas esmerada pulcritud las obras que se hallaban en las bibliotecas públicas y privadas, salvando asi los tesoros de la sabia antigüedad que forman la base de todos los conocimientos de la civilizacion moderna.

Los pergaminos se enrollaban y guardaban en cajas colocadas en los estantes de las bibliotecas.

Las bibliotecas mas notables de la antigüedad fueron; la de los reyes de Persia de la cual nos hablan los Sagrados Libros: la de Pisistrato que vivió 625 años antes de la venida de Jesucristo: la de Alejandria en Egipto fundada por el rey Tolomeo Filadelfo que pagó por muchas obras mas de lo que pesaban en oro. Casi todas las bibliotecas antiguas fueron destruidas por pueblos bárbaros, que las incendiaron, desapareciendo todas las obras que no habian copiado los monges para las librerías de sus monasterios.

PATTY,

ó LA BONDAD DE CORAZON.

(Conclusion.)

—Sí, visita, dijo la cántara con una carcajada reprimida: oigo claramente unas pisadas á alguna distancia; viene para acá. Olga V. De repente se presentó un peregrino á la puerta: entró; pero cuando vió delante de él á su Patty por tanto tiempo perdida, se paró sorprendido é inmóvil como una estatua: era su marido, el príncipe.

—Esta era la visita que esperaba, dijo la cántara; él la creia á V. muerta, y andaba errante por muchos lugares para mitigar su dolor. Por último se ha atrevido á penetrar en esta humilde casa en donde tuvo la buena fortuna de verla á V.; el estar V. viva es el premio de su sincero arrepentimiento. La encuentra á V. en su humilde y primera esfera, no llorando sino su pérdida, y no esperando otra cosa que la restitucion de su amor.

El príncipe se precipitó con un grito de alegría, y se arrojó á los piés de Patty. La cántara como amiga discreta, puso la mano de Patty en la del príncipe, y despues siguió arreglando el jardin dejando á los dos esposos, por tanto tiempo separados, que efectuaran su reconciliacion.

Los padres de Patty se alegraron de que hallase otra vez su felicidad; pero se entristecieron cuando algunos dias despues del encuentro feliz, propuso el príncipe volverse á su reino, y que mandaria un mensaje para que su esposa hiciese su entrada en triunfo.

La cántara salió de la casa y se unió al grupo.

—Príncipe; dijo—excusaos esa molestia: yo voy á hacer mi último servicio á mi ama: la he premiado por sus virtudes, y la hada me llama otra vez á su palacio de agua: mirad.

Y entónces salieron de su boca gotas de agua hasta que se formó un ancho lago sobre el valle, de donde salió una falúa dorada en que remaban hombres fuertes con la librea del príncipe. Se deslizó hasta los piés del soberano y de Patty, y éstos entraron.

La fuente corrió de la boca de la cántara convirtiéndose el arroyuelo en espacio rio, en donde navegaron hasta que llegaron á la vista de su antiguo castillo, que se elevaba sobre las rocas. Las banderas flotaban en sus torrecillas y un cañonazo anunció con estruendo su llegada. Una turba de vasallos alegres aguardaba á su muy querida princesa cuyas lágrimas de felicidad hablaban por ella á los corazones que conocian bien lo buena que era. La cántara mágica no se vió mas; pero su historia enseñaba á todos los que la lean, que el hacer buenas obras á los demás, es proporcionarnos felicidad á nosotros mismos.

Terra-nova.

El resultado final, tras nueve años de esfuerzos perseverantes, de la empresa mas audaz del siglo, que sin embargo ha visto realizar otras no ménos maravillosas tanto científicas como industriales,—nos contraemos á la colocacion del cable telegráfico á través del Atlántico, va á dar una importancia relativa á la isla que sirve de término á la línea de comunicacion entre el antiguo y el nuevo mundo.

Terranova es muy poco conocida, de resultados de lo cual se tienen sobre ella ideas muy raras y aun preocupaciones. Se cree en general que Terranova es meramente una fraccion del globo terrestre, brumosa, desnuda, desolada, glacial, habitada solo por pescadores: es groseros, perros lanudos, focas lloronas, lobos hambrientos y otras muestras de la creacion mas rudimentaria.

Innegable es que la isla se ve á menudo envuelta en brumas; pero las costas vecinas de los Estados Unidos (Estado de Maine), Nuevo Brunswick y la fértil y poéticamente célebre tierra de los acadios, están sujetas á las mismas influencias atmosféricas. Innegable es igualmente que Terranova es la mas brumosa de todas esas regiones; lo que sin embargo no es una razon bastante para que su pasado y su presente, su poblacion y sus recursos, queden para siempre ocultos bajo la misma espesa niebla.

No abundan los documentos históricos respecto de esta porcion del continente del nuevo mundo, que se envanece de haber sido descubierta y colonizada por europeos 400 años antes del nacimiento de Cristóbal Colon, y que, sin embargo, como todo otro país, posee sus tradiciones y sus fábulas.

Segun la tradicion, los islandeses, guiados por Biorn, rey de la mar, descubrieron á Terranova desde el año 1000, tomaron posesion de ella y fundaron un establecimiento mas ó ménos cerca de Havre de Gracia. Puede colocarse esta tradicion en la categoría de las fábulas; pues solo se sabe de cierto que en los siglos XI y XII, los noruegos emprendieron la colonizacion de la isla.

Descubierta de nuevo por Sebastian Cabot en 1497, quizas tambien por Cortereal en 1464, en 1525 la visitó J. Verrazani, quien tomó de ella posesion en nombre de Francia.

Fué cedida á Inglaterra por el tratado de Utrecht (1713); reservándose la Francia en ella el derecho de pesca por los tratados de Paris (1763), y de Versalles (1783).

Los indigenas de Terranova pertenecen á una raza de pellejos rojos que difieren en muchos puntos de los aborígenes del continente Norte Americano. A las inclinaciones salvajes y aun feroces, unen cierto acímen y habilidad mecánica poco comunes, pasaban el tiempo en la caza de la danta ó en la pesca en los hermosos lagos y grandes lagunas que cubren el país y que se encuentran casi hasta en la cima de las montañas.

Dichos indigenas han experimentado la misma suerte que sus paisanos del continente, es decir, han sido exterminados; cediendo el puesto á los blancos, han desaparecido ante la civilizacion. La isla, en una palabra, no encierra hoy dia un solo representante de los antiguos propietarios del suelo; empujados desde el principio hácia la tierra del Labrador por los invasores y los Micmacs de la Nueva Escocia, tribu que pertenecia desde el principio á la familia de los Narices Azules.

Pero volvamos á Terranova, á la cual no debe juzgarse por las rocas que la rodean, ni por el aspecto inhospitalario de sus costas. A medida que se avanza en el interior, se notan indicios de un suelo rico, que no necesita sino de cultivo para ceder abundantes cosechas; produciéndose con facilidad el trigo, legumbres, la papa, la ciruela, la cereza, la manzana, la grosella, la fresa, frambuesa, mora, etc. Muy corta es, sin duda, la estacion en que se puede cultivar, pero gana en esplendor lo que pierde en duracion. Gran parte de estos frutos se encuentran en estado silvestre; lo mismo se puede decir del trifolium blanco y rojo y de las plantas forrajeras europeas y americanas.

No es tan áspero el clima como se cree generalmente; delicioso durante los meses de estío, es en toda estacion de extrema salubridad, como lo prueba abundantemente la extraordinaria longevidad de sus habitantes en general. Siendo cosa comun los centenarios de Terranova, se ven infinidad de individuos de ambos sexos, que si bien pasan de los ochenta de edad, gozan de la robustez y el vigor que se advierten en personas de la mitad de esos años.

Como sitio de pesca, no hay quien le gane á Terranova, encontrándose en sus aguas, en cantidades, por decirlo así, inagotables, la trucha, el salmon, el bacalao, la macarela, el harenque, la anguila, la langosta. Pero no es esto todo. A esas ventajas que goza por la naturaleza, Terranova puede añadir riquezas minerales que no son de despreciar. Encuéntrense allí huellas de oro y plata; existe la hulla en la costa occidental; se explotan minas de cobre por compañías inglesas bien constituidas; abunda en yeso.

En 1861 se descubrieron cerca de Little Bay venas notables de piritas de hierro que contienen una buena proporcion de cobre; en 1863 se ha reconocido una mina de plomo bastante rica para que, segun los términos de un informe oficial que tenemos ahora delante, no puedan agotar mil hombres, trabajando sin cesar mil años seguidos.

Mas sea de esto lo que se fuere Terranova no es el banco desolado, envuelto en espesas nieblas, que se cree destinado por la Providencia únicamente á la cosecha de una suma mas ó ménos grande de toneladas de bacalao.

Adyacente á Terranova se hallan las islas de San Pedro y Miquelon, único resto del poder francés al norte de la América. Dichas islas situadas á cinco leguas al sur de Terranova, son casi ignoradas, aunque forman el centro de uno de los mas grandes movimientos marítimos franceses. La pesca del bacalao ocupa anualmente quinientos buques de esa nacion, tripu-

lados por 14,000 marineros, que hacen escala en San Pedro, tanto para avituallar como para secar el pescado, y á veces para buscar refugio en la bien segura rada de dicha isla contra las tempestades y los hielos del océano.

Es fértil en dichas y desdichas la historia de este pequeño archipiélago. Hemos dicho que Terranova fué descubierta y nombrada por Verrazani que se detuvo allí cuando volvia de tomar posesion del Canadá. Esto ocurrió en tiempo de Francisco I en 1522. Y despues de la muerte de este gran navegante que fué, como el capitán Cook, matado por los salvajes, Jacobo Cartier, breton de San Malo, vino á fijarse en Terranova con una colonia francesa, y visitó á San Pedro y Miquelon. Comenzó á practicarse la pesca del bacalao en grande escala, y llegó á florecer sobre todo en tiempo de Enrique IV y de Luis XIV que animaron á los armadores franceses con edictos, con primas y una generosa proteccion. Pero en el apogeo del último de estos reyes, era demasiado rica en colonias la Francia, para que esos islotes despertasen la atencion del gobierno ó del pueblo. Tenia el Canadá, la Luisiana, la Acadia (Nueva Escocia), Terranova; qué le importaba pues San Pedro? Los ingleses por el tratado de Utrecht, en 1713 tomaron posesion de la Acadia y Terranova. En 1763 el tratado de Paris privó á la Francia del Canadá, sin género de compensacion; al mismo tiempo que se vendió la Luisiana al rey de España, no quedando, pues, á aquella potencia en toda la América septentrional mas que San Pedro y Miquelon. Muchos habitantes de Terranova y de la Acadia fueron á refugiarse en estas islas, huyendo de la dominacion inglesa; pero cuando se apoderaron de ellas los ingleses en 1778, y estos destruyeron sus establecimientos, se volvieron á Francia los que quisieron, y se sabe que el número de los emigrados no bajó de 1,200. La paz devolvió á Francia la isla de San Pedro, tornando á ella muchos de los antiguos colonos. En 1793 ocurrió nueva captura y nueva emigracion; pues que la Francia que entónces conquistaba la Europa, no podia ser mas desgraciada en la mar. En fin, á la restauracion, se le devolvió el archipiélago, y una expedicion trajo á él los deportados del siglo anterior que aun vivian en Francia. Esta poblacion desgraciada, lanzada de un hemisferio á otro por tantas revoluciones sucesivas, volvió á fijarse en esas rocas salvajes para continuar en ellas su lucha incansante contra los rigores de la miseria, del invierno y de la intemperie.

La isla de San Pedro que tiene cuatro leguas de circunferencia, es inculta y montañosa. La de Miquelon, separada de la anterior por algunas millas de mar solamente, tiene quince leguas de circuito, es fértil en pastos, está cubierta de bosques y posee muchas haciendas bien cultivadas; provee á las necesidades de su vecina; pero en San Pedro reside el gobierno, ventaja que mercede por la extensa rada y el hermoso puerto con que la dotó naturaleza. Los franceses poseen ademas la isla de Langlade, que es mas grande que San Pedro y otros cuatro islotes secundarios donde se envia el ganado á pastar. San Pedro encierra una villa linda con su cura de almas, su notario, su consejo municipal, su brigada de gendarmes, en suma, una miniatura de la Francia, á 1,500 leguas de distancia. La poblacion, que hoy dia, se eleva á unas 2,000 almas, se ocupa exclusivamente de la pesca, ocupacion que solo dura seis meses. Pero durante el Estío concurren á su puertecito los navegantes de todas las naciones y entónces la villa toma un aspecto muy animado. Los marinos, fatigados de su larga morada léjos de tierra, se desquitán con danzas, cantos y libaciones interminables, que por algunos meses, interrumpen la quietud de la pacífica poblacion.

Existen en España 102 hospicios ó casas de huérfanos y desamparados, y el movimiento de sus acogidos durante los años de 1859 á 1864 ha sido por término medio el siguiente:

Existencia en fin de 1858, 22,399; existencia en fin de 1864, 25,136; entrados en los establecimientos, 9,995. Del número total de existentes y entrados salieron por término medio 7,585 y murieron 1,954, siendo la proporcion entre los muertos y el total de los hospicianos de 6,06. Los gastos originados en estos establecimientos por término medio en cada año, son 19,565,988 rs.; esto es, 594,41 por acogido. El personal importa 15,370,281. Por término medio desde 1859 á 1864, 940.

El resumen de los individuos asistidos en los establecimientos de beneficencia existentes, asciende á 131,957 varones y 95,355 hembras; total, 227,312. Los gastos ascienden á 62,085,861 rs.; esto es, 284,77 por acogido.

Ldo. José A. Quintero,

NOTARIO PUBLICO,

30 calle de Camp,

NUEVA ORLEANS.

ROPA INTERIOR DE VERANO

PARA

Señoras y Caballeros.

SE HALLARÁ SIEMPRE DE VENTA,

A precios bajos,

EN EL ALMACEN DE

UNION ADAMS,

No. 637 Broadway.

NEW YORK.

CHICKERING & SONS

PIANOS

De Pierna de Calzon, de Mesa y Verticales.



Sesenta y cinco premios de primera clase, medallas de oro y plata han obtenido nuestros pianos, siempre que se han presentado en competencia en las principales ferias de este país, y una medalla en la Exposición Universal de Londres adonde los mejores constructores de Europa mandaron sus pianos.

La superioridad de estos pianos lo prueba abundantemente el sin número de cartas y testimonios los mas satisfactorios que llegan diariamente a nuestras manos de los principales fabricantes de pianos, y los primeros pianistas de Europa entre los cuales mencionaremos: Mr. H. & T. Broadwood, de la Sociedad Broadwood & Sons, de Londres.

Mr. C. D. Collard, firm of Collard & Collar, London.
 Mlle. A. Goddard, Carl Reinecke,
 Ohas. Halle, W. Kuhe,
 Jules Benedict, S. A. Chappel,
 James M. Wehli, ene Farvarger,
 G. A. Osborne, Lindsay Sloper,
 M. W. Balfe, Sydney Smith,
 L. Moscheles, Brinles Richards,
 Alfred Jaell, Giulio Rigondi,
 J. L. Hatton, Y. Von Arnold,
 Louis Plaidy, y muchos otros.

PIANOS DE PIERNA DE CALZON, DE MESA Y VERTICALES CON PUENTE COMPLETO, TRES UNISONOS Y DEMAS MEJORAS MODERNAS.

Cada instrumento hecho por nosotros está completamente garantizado.

ALMACEN:

No. 652 BROADWAY, Nueva York.

WASHINGTON St., No. 246 Boston.

Tienen agentes autorizados en todas las principales ciudades de la Union.

MATERIALES FOTOGRAFICOS.

ESTEREOSCOPOS.

VISTAS Y ALBUMS FOTOGRAFICOS.

El Establecimiento MAS GRANDE EN SU LINEA en todo el Mundo.

E. & H. T. ANTHONY & CO.,
 501 Broadway,
 NUEVA YORK.

COLECCION DE RELACIONES Y DOCUMENTOS RAROS Y ORIGINALES

RELATIVOS AL Descubrimiento y a la Conquista de America SACADOS PRINCIPALMENTE DE LOS ARCHIVOS ESPAÑOLES.

Publicados en su Texto Original

CON TRADUCCIONES, NOTAS ACLARATORIAS, MAPAS Y RESEÑAS BIOGRAFICAS,

POR E. G. SQUIER, M.A. F.S.A.,

Miembro de la Sociedad de Anticuarios de Francia; de la Real Sociedad de Anticuarios de Dinamarca; del Instituto Arqueológico de la Gran Bretaña; de la Sociedad Etnológica Americana, etc., etc.

El No. 1, con traduccion en ingles y un mapa, está ya de venta, impreso 4o menor, en tipo antiguo y en papel excelente; y contiene:
 Carta dirigida al Rey de España por el Dr. Don Diego de Palacio, Oidor de la Real Audiencia de Guatemala, año 1576.

Se ha impreso ahora por la primera vez en su texto original y la acompaña una traduccion inglesa. Contiene la mas antigua relacion de las Ruinas de Copan. Las visitó Palacio quien las encontró despues del Descubrimiento, casi en su condicion actual. Sus observaciones sobre los indios, su idioma, sus usos y costumbres son muy detalladas y exactas.

El número consta de 130 páginas. Precio. mandado por el correo ó por otro conducto \$5.

El No. 2, Monógrafos de autores que han escrito sobre las lenguas de la América Central y recogido Vocabularios ó Compuesto libros en los dialectos nativos de ese país.

Este número consta de 70 páginas. Precio \$3. Los que deseen suscribirse pueden acudir a la oficina de LA ILUSTRACION AMERICANA.

537 Pearl Street, Nueva York.

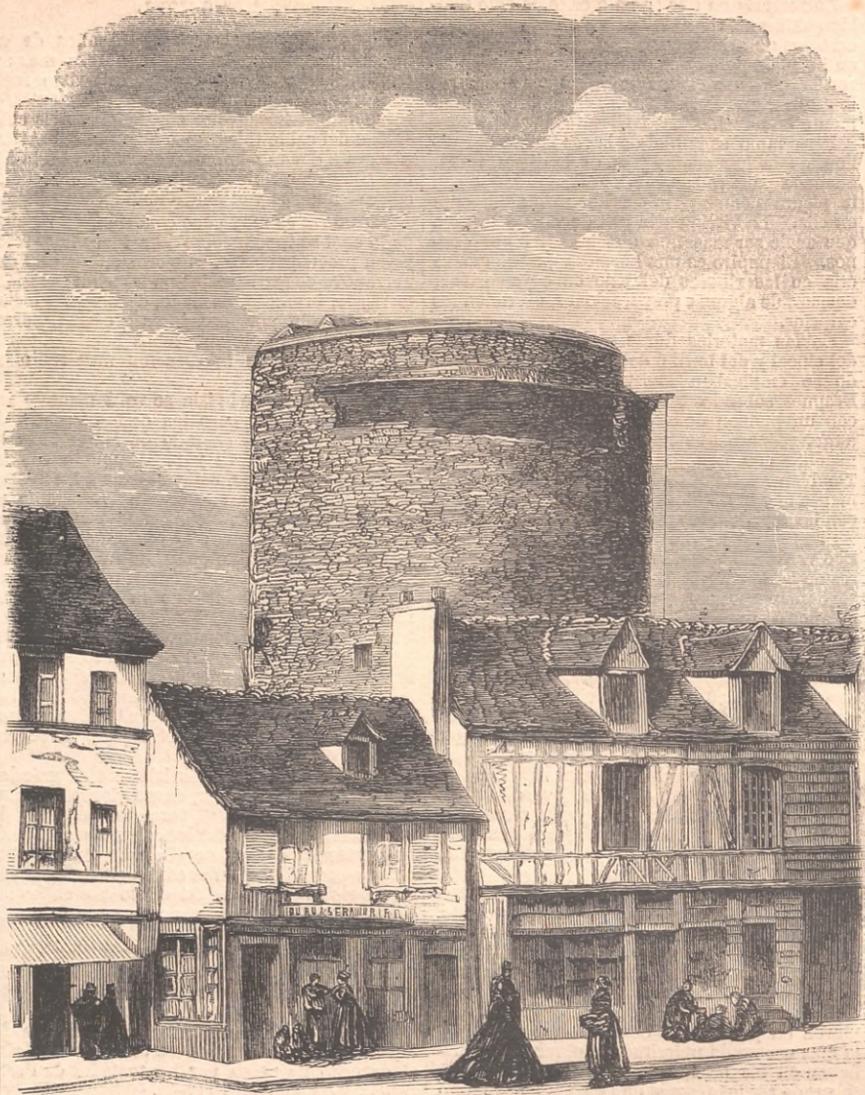
REAL LOTERIA DE LA HABANA.

SORTEO DE 9 DE OCTUBRE DE 1866.

No. 12,315	premiado en	\$100,000
No. 30,979	"	50,000
No. 16,138	"	25,000
No. 12,175	"	10,000
No. 16,472	"	5,000
No. 17,373	"	5,000

Estos son los mayores premios. Los premios se pagan en oro. Se dan informes. Se pagan los premios mas altos por las onzas de oro ó moneda de plata.

TAYLOR & Co., Banqueros, 16 Wall St. N. Y.



TORRE DONDE ESTUVO PRESA JUANA DE ARCO.—PÁG. 148.

PARA CURAR

Las Enfermedades del ESTOMAGO Y LOS RIÑONES, EL REUMATISMO, LA HIDROPESIA, LA GOTA, LA PIEDRA, y todos los desarreglos que proceden de los excesos é imprudencias,

Usese el Extracto de Bucku DE SMOLANDERO,

Que venden B. F. STEPHENS, O'Reilly No. 42, Habana, y todos los boticarios en general; BURLEIGH & ROGERS, Boston, Mass., Agentes Generales por el propietario, E. de los U. E.

MAQUINAS DE COSER DE GROVER Y BAKER

495 BROADWAY, N. Y.

Son las que han obtenido el premio mayor por La Elasticidad y Fortaleza de su Puntada.

NOTICIA!

MAQUINAS DE COSER DE

EMPIRE LOGK STICH,

LAS ULTIMAS MEJORAS CON PRIVILEGIO.



No tienen igual en el trabajo, en la facilidad de manejarse, en su fortaleza, en su sencillez, en el poco ruido que hacen y en la belleza de su construcción. A los Agentes que compren para exportar se les hace una gran rebaja.

Dirijirse á EMPIRE SEWING MACHINE Co.

616 Broadway, New York.

NO MAS SARPULLIDO. SE ACABO LA SARNA.

¡ Unguento de Wheaton

Los cura en 48 horas.

Tambien cura Tiña, Ulceras, Sabañones y todas las Erupciones cutáneas.—Precio 50 centavos. Se vende en todas las Boticas.

A las personas que remitan 60 centavos á WEEKS & POTTER, únicos Agentes, 170 Washington St., Boston, se les enviara una cajita por el correo, á cualquier parte de los Estados Unidos.



LECCION DE UN GALLO.—PÁG. 149.

LA MAQUINA DE LAVAR Y EXPRIMIDOR LA UNION



Obtuvo la primera medalla en las Exposiciones de Europa y América.—Garantizada.—Lava perfectamente sin necesidad de remojar, restregar, machacar ó hervir. Los exprimidores se adaptan á toda clase de tinajas, y es lo mejor que se conoce. Se usan en los hoteles, conventos y en las casas particulares.

J WARD & Co.,
 23 Cortland Street, Nueva York.

ESCUELA DE SEÑORITAS,

Dirigida por Madama C. MEARS,

Situada en la Avenida de Madison, No. 224, ciudad de NUEVA YORK.

Se enseña inglés, francés y español y se admiten pupilas y medio pupilas. Las clases principian desde el 2 de setiembre y continúan abiertas hasta el 1 de julio.

El que desee informes sobre esta Academia, puede dirigirse á los señores

IZNAGA DEL VALLE y CA.

En esta ciudad.

METROPOLITAN HOTEL

NUEVA YORK,

S. LELAND & CA.

Propietarios.

E. STEIGER,

Agente de Periodicos Americanos y Europeos, Importador y Librero, Publicador e Impresor,
 17 & 19 North William Street,
 NUEVA YORK.

Surtido de Libros Alemanes de todas clases. Publicaciones baratas y Libros de Escuela.

AGENCIA ESPECIAL PARA LA

Coleccion de Autores Espanoles. Publicada por BROCKHAUS en LEIPZIG.

AGENCIA GENERAL DEL

"Weser Zeitung," "Koelnisch Zeitung" y otros Periódicos Alemanes.

Catálogos gratis.

PALMER & Co

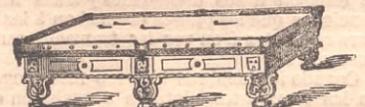
FABRICANTES DE

TINTA DE IMPRIMIR.

327 Pearl Street, Edificio de Harper, NUEVA YORK.

Tintas de imprimir de todas clases de la mas superior calidad. Tienen constantemente en su establecimiento un buen surtido, para llenar con prontitud las órdenes á precios muy bajos.

Mesas de Billar Americanas de primer orden.



Y COMBINACION DE COJINES.

Aprobadas y adoptadas por el Congreso de los aficionados al billar. Son las mejores y únicas en su clase que se manufacturan en el país. Todo lo concerniente á artículos de billar, como son tacos, bolas, etc., se hallarán de venta en el almacén de los señores

PHELAN & COLLENDER,

Nos. 63, 65, 67 y 69 calle de Crosby, Nueva York.

COMPANIA AMERICANA DE

BILLETES DE BANCO

OFICINA PRINCIPAL,

No. 142 BROADWAY.

Esquina a Liberty Street, NUEVA YORK.

SUCURSALES EN

Boston, Filadelfia, Cincinnati, Nueva Orleans y Montreal.

Graba Billetes de Banco, Bonos de Corporaciones y Gobiernos, Libramientos, Certificados, Sellos de Correo y Renta,

Y toda clase de Vales y Documentos.

Todos en el estilo mas fino y elegante y con los requisitos para evitar la falsificación.

JNO. E. GAVIT, Presidente.

A. G. GOODALL, Vice-Presidente.

NEZIAH WRIGHT, Tesorero.

C. L. VANZANDT, Secretario.

E. A. VASQUEZ,

CORTADOR

De los Señores BROOKS Bros.,

Sastres,

464 Broadway, New York

DEGRAAF Y TAYLOR,

87 y 89 Bowery, Nueva York.

Poseen aun un grande y variado surtido de muebles de sala y comedor, lo mismo que camas de todas clases. Es el establecimiento que mas puede satisfacer las necesidades del mercado en los Estados Unidos. Venden por mayor y menor á precios ínfimos.